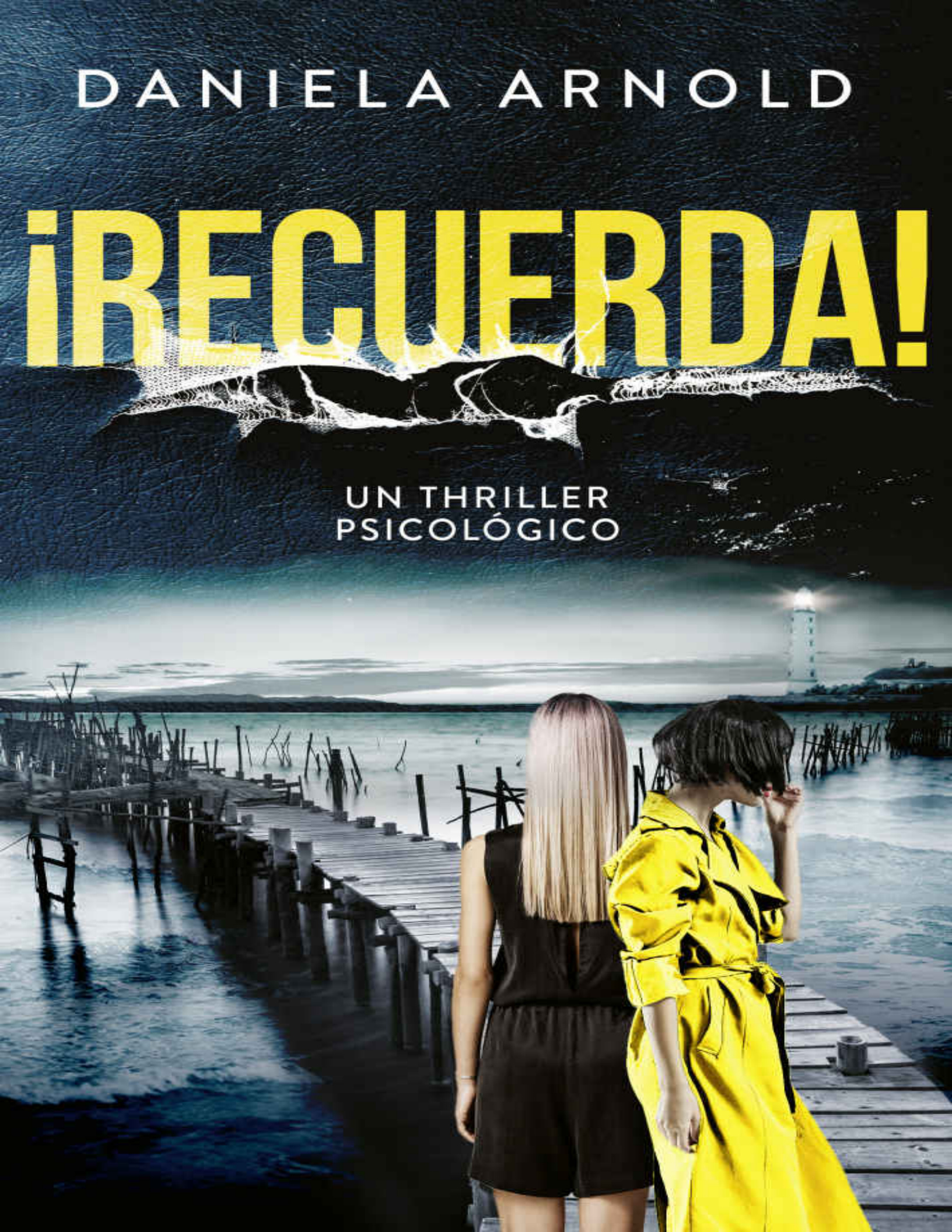
DANIELA ARNOLD

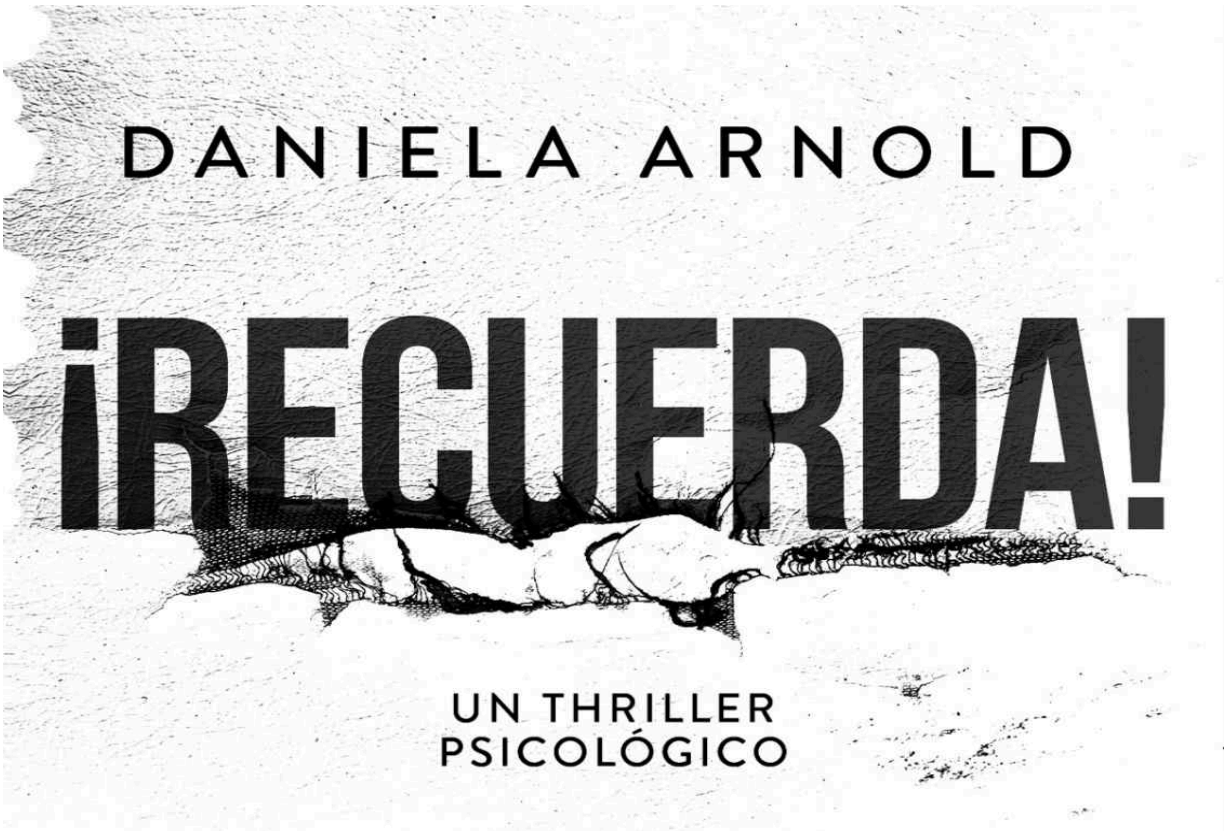
¡RECUERDA!

UN THRILLER
PSICOLÓGICO



DANIELA ARNOLD

¡RECUERDA!



UN THRILLER
PSICOLÓGICO

© 2024 Daniela Arnold

86179 Augsburgo, Almenrauschstr. 6a

www.daniela-arnold.com

Diseño de portada: Kristin Pang

Collage con temas de Shutterstock.com:

2415733705 (Pasarela) MARENZO, 2301959455 (Cuero rasgado)

stock.adobe.com: 459646516 (Mujer izquierda) Igor Kravtsov, 279185949 (Mujer derecha), SHOTPRIME STUDIO, 232844450 (Mar), Valentin Valkov, 60129917 (Faro) Sea Wave

Revisión y corrección de texto: Inca Vogt, Ilka Bredemeier, Eva Trillo

Traductora: Eva Trillo Caramés

Composición tipográfica/Diseño interior: Inca Vogt

Motivos sacados de Depositphoto: (Casa) 430006066, (Faro) 10529992, (Mujer) 115479102

La obra y todos sus contenidos están protegidos por derechos de autor. Se reservan todos los derechos. Queda prohibida cualquier forma de reproducción total y parcial (impresión, fotocopia o cualquier otro procedimiento), así como el almacenaje, el procesamiento, la reproducción y la distribución mediante sistemas electrónicos de cualquier tipo sin el consentimiento expreso y por escrito de la autora. Se reservan todos los derechos de traducción.

A pesar de una revisión y corrección exhaustivas, pudo haberse pasado por alto algún error. Es por ello por lo que la autora agradece cualquier sugerencia al respecto. Queda excluida toda responsabilidad y se reservan todos los derechos.

Se excluye cualquier responsabilidad, todos los derechos reservados. Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o muertas es mera coincidencia y no ha sido intencionada.

ÍNDICE

Sobre La Autora
Sobre el Libro
Sin título

Prólogo
1. Sylt/Kampen
2. Noruega/Reine
3. Sylt/Kampen
4. Noruega/Reine
5. Sylt/Kampen
6. Noruega/Reine
7. Sylt/Westerland
8. Noruega/Reine
9. Sylt/Westerland
10. Noruega/Lofoten
11. Sylt/Westerland
12. Noruega/Reine
13. Sylt/Westerland
14. Noruega/Reine
15. Sylt/Westerland
16. Noruega/Reine
17. Sylt/Westerland
18. Noruega/Reine
19. Sylt/Westerland
20. Sylt/Westerland
21. Sylt
22. Sylt
23. Sylt/Tinnum
24. Sylt/Tinnum

Epílogo

Agradecimientos

SOBRE LA AUTORA

La escritora de *thrillers* Daniela Arnold nació en 1974 y vive con su familia en la hermosa región de Baviera. Daniela Arnold estudió periodismo y trabajó durante mucho tiempo como escritora *free lance* para numerosas revistas de prestigio.

Es la autora de *Lügenkind* y *Scherbenbrut*, dos números 1 en las listas *Kindle* y *Bild*.

Con su *thriller El silencio de los pecadores* llegó a ser finalista en los *Kindle Storyteller Award* de 2020.

¡Recuerda! es el *thriller* número 49 de esta autora de superventas.

SOBRE EL LIBRO

Una niña desaparecida.
Un marido desvanecido desde hace años.
Una mujer desesperada que no se detendrá ante nada para recuperar la vida que le robaron.

Hannah regresa a casa tras haber pasado tres días fuera por trabajo. Le hace ilusión volver a ver a su marido y a su hija pequeña. La pesadilla arranca cuando le abre la puerta un extraño que asegura no haberla visto nunca ni conocer a su familia.

Llaman a la policía, pero los agentes en vez de apoyarla dicen que Hannah desapareció sin dejar rastro cinco años atrás y que, además, está bajo sospecha de haber asesinado de manera brutal a su marido.

Hannah tiene que tomar una decisión: ¿Prefiere ser una ciudadana respetuosa con la ley, cooperar en la investigación en curso o debe tomar el destino en sus propias manos para salvar la vida de su hija pequeña? Pero, sin nadie a quien poder pedirle ayuda, ¿cómo va a descubrir lo realmente ocurrido y averiguar por qué no recuerda nada de los últimos años?

PARA MI MARIDO

¡PARA TIM!

PRÓLOGO

—¡No corras tanto! —Beata alzó indignada las cejas—. ¿No has visto la señal? Marca a 80 y tú vas lanzado a 120 km/h… —Se calló, preguntándose qué le estaría pasando a Georg. Si era la paciencia personificada. Ahora parecía atosigado, tenso—. ¡Por favor, háblame! ¿Qué te pasa, cariño?

Tardó en reaccionar, parecía estar lidiando consigo mismo. Finalmente cuadró los hombros, le echó una rápida mirada de reojo antes de volver a centrarse en la carretera sin levantar el pie del acelerador.

—Prométeme que no te vas a poner histérica cuando te lo diga. Y pase lo que pase, ¡no te des la vuelta!

A Beata se le aceleró el corazón.

—Me estás asustando, Georg. ¿Qué está pasando?

—Creo que nos están siguiendo. Llevamos un coche pegado a nosotros. ¡Ni se te ocurra darte la vuelta!

Beata se puso rígida. Miró fijamente a su marido.

—¿De dónde sacas eso?

Georg tragó, con los ojos clavados en la carretera.

—Un SUV oscuro. Lo llevamos detrás desde que hemos arrancado. Por eso he acelerado, para ver si seguía pegado a nosotros.

—¿Y?

Georg asintió con la cabeza.

—Puede que sea la policía…

—El coche es azul oscuro o negro. Además, la policía no va de paseo por ahí con un coche tan pretencioso.

—Si van camuflados, sí —objetó Beata, relajándose al instante—. Será mejor que aminores antes de que te paren y te retiren el carné.

—Esa no es la policía, cariño, créeme. Ese coche me da muy mala espina.

Beata cogió aire, tuvo que controlarse para no darse la vuelta y mirar.

—Pero ¿quién si no iba a perseguirnos? ¡Eso no tiene ningún sentido!

Georg volvió a tragar, le echó una breve mirada sombría.

—Si lo supiera… El caso es que llevamos un coche pegado haga lo que haga yo. Si freno, frena; si acelero, el hijo de puta acelera.

—¿Quieres que llame a la policía? —preguntó ella, preocupada de nuevo—. Eso es coacción, ¿o no?

Georg miró tenso hacia delante, obstinadamente mudo.

—¡Cariño! —rogó ella—. ¡Di algo! ¿Quieres que llame?

—Voy a intentar otra cosa más —gruñó y aceleró hasta alcanzar los 150 km/h, mantuvo la velocidad durante un rato, luego frenó de repente y se metió en la salida de la autopista dando un volantazo hacia la derecha y derrapando.

Cuando el coche dejó de dar bandazos, volvió a acelerar, al final de la pista giró a la izquierda y siguió a toda velocidad.

Durante un rato en el coche reinó el silencio más absoluto, luego Georg soltó una maldición y dejó que el coche adquiriera poco a poco una velocidad normal.

—Creo que me he librado de él.

—¡Gracias a Dios! —soltó ella, se recostó y volvió a respirar con más tranquilidad.

A diferencia de Georg. Este se aferró con más fuerza al volante y volvió a acelerar.

—¿Lo tenemos otra vez detrás? —preguntó ella, consciente de la voz aguda que acababa de emplear.

—No estoy seguro. De momento solo veo unos faros a lo lejos. Ni idea si es el SUV. Lo mejor será mantener la calma hasta estar seguros de si es él o no.

Ella contuvo la respiración, omitió que los nervios se estaban haciendo notar en la vejiga, se concentró con todas sus fuerzas en luchar contra las ganas de orinar. Sabía que era por el nerviosismo, pero no pudo controlarlo. Si la situación no se resolvía pronto, iba a protagonizar un incidente vergonzoso. Apretó los puños y juntó los muslos con fuerza.

Por el espejo retrovisor vio que los haces de luz se iban acercando, tanto que en poco tiempo inundaron de claridad el interior de su coche. Luego el otro coche giró a la izquierda y los adelantó a gran velocidad.

—¿Era ese? —soltó, miró a su marido, intentó descifrar su rostro.

—Creo que no —respondió él—. Ese nos ha adelantado y ha seguido su rumbo. Si fuera él, lo seguiríamos teniendo pegado al culo, como antes.

Beata asintió, pero no del todo convencida.

—¿Qué habrá querido de nosotros? —preguntó—. ¿Quién haría algo así? Acosar a alguien en carretera es muy peligroso. ¡Esa es la razón de que haya tantos accidentes!

—Habrá sido un gilipollas, sin más —dijo Georg—. Alguien a quien le divierte este tipo de cosas: crear confusión y meterles el miedo en el cuerpo a los conductores pacíficos.

—A esa gente habría que retirarles el carné —murmuró Beata, se arrellanó en el asiento.

—Ya dará con la horma de su zapato, cariño, el karma y esas cosas… —La voz de Georg sonó mucho más relajada, lo que también reconfortó a Beata. La presión sobre la vejiga fue a menos.

—¡MIERDA!

Beata abrió los ojos de golpe, vio a Georg, quien, con los ojos muy abiertos, tiraba desesperadamente del volante a la vez que pisaba el freno a fondo.

No le dio tiempo de preguntarle qué estaba pasando. Recibió un tirón tan fuerte del cinturón de seguridad que la dejó sin respiración.

En cuestión de milésimas de segundo, el coche empezó a dar bandazos, a girar varias veces sobre su propio eje. Creyó salir disparada del asiento. Todo le daba vueltas, todo estaba del revés, se mareó y le entraron ganas de vomitar.

Un golpe fuerte sacudió el interior del coche. Luego un estruendo.

Beata fue consciente de algo caliente en la cara, luego el coche recibió otra sacudida más.

De repente, silencio.

Sepulcral.

Notó cómo la sangre le estaba subiendo a la cabeza y comprendió que el coche había dado varias vueltas de campana. Que estaba sentada boca abajo en su asiento y que el *airbag* estaba presionándole la cara.

Notó el sabor de la sangre en la boca.

No sintió ni dolor ni miedo.

Al borde de la inconsciencia, se dio cuenta de que estaba en estado de *shock*.

Miró hacia el lado, hacia su marido, que colgaba inerte del cinturón. La cabeza estaba en un ángulo antinatural con respecto al resto del cuerpo.

Se ha partido el cuello, registró de manera demasiado fáctica. Verlo así no desencadenó nada en su interior. Estaba como sedada, separada de su cuerpo, no consiguió ni moverse ni gritar, mucho menos liberarse.

No supo cuánto tiempo permaneció así, simplemente mirando a la nada, sin pensar en nada.

Sin embargo, algo la arrancó de su letargo.

Un ruido. Pasos…

Centímetro a centímetro giró la cabeza hacia el otro lado, tratando de distinguir algo a través de los añicos del parabrisas. De repente vio unos rayos luminosos. Al principio, pequeños, luego más grandes.

No sabía si tardaron minutos o segundos en desaparecer. Tan solo de manera vaga fue consciente de que alguien estaba manipulando la puerta del conductor, que emitió un gruñido de satisfacción y que luego rodeó el coche para venir a su lado.

Se obligó a sí misma a respirar de manera más superficial, cerró los ojos, esperó a que la sombra se acercara más y más. Notó cómo

alguien la sacudía agarrándola del brazo, luego oyó, como de lejos, una risa maliciosa y un intercambio susurrado de palabras.

Algo como:

¿Seguro que la han palmado?

Luego, por fin, se acabó todo…

UNO

SYLT/KAMPEN

— ¿Necesita ayuda?

Hannah le dirigió una mirada asustada a la desconocida que la estaba observando preocupada. A punto de darle las gracias y denegar la ayuda, cambió de parecer.

—No encuentro mi coche —explicó—. Y eso que estoy convencida de que el otro día lo dejé aparcado aquí. —Como para dar validez a sus palabras, giró sobre sí misma, extendió los brazos —. Lo dejé en este preciso aparcamiento.

—Puede que se haya confundido —sugirió la mujer—. Hay varios aparcamientos como este alrededor de la estación de tren.

Hannah sacudió la cabeza con vehemencia.

—Estoy segurísima de que fue aquí. —Calló, se miró a sí misma y luego a la desconocida—. ¡Mi bolso! —exclamó—. También ha desaparecido. ¡Si hace un rato lo tenía!

La mujer alzó las cejas, miró alrededor sin saber qué hacer. Luego volvió a mirarla a ella.

—Lo mejor será llamar a la policía.

Hannah negó con la cabeza.

—Si yo solo quiero irme a mi casa, ¿lo entiende?

—¿Y dónde vive usted? Tal vez pueda acercarla.

—Mi marido —murmuró Hannah, en vez de contestar a lo preguntado—. Puede recogerme él.

—¿Tiene usted un móvil?

Hannah se tensó, negó con la cabeza titubeante.

—Lo llevaba en el bolso.

—Tal vez no sería tan mala idea pedirle a la policía que se acerque. Parece usted…

Aquella mujer servicial y compasiva la miró incómoda, tratando de dar con las palabras más adecuadas.

Hannah se miró y se asustó al ver que llevaba el pantalón roto a la altura de las rodillas y que estaba muy sucio. Al igual que la camiseta. Las manos y los brazos indicaban una caída. Sucia, llena de arañazos. Ahora comprendió por qué la mujer la miraba de aquella manera tan extraña. Parecía la víctima de un atraco…. O una vagabunda histérica.

Si ella fuera la otra, no llamaría a la policía sino a los tipos de las batas blancas. Cuadró los hombros con decisión.

—¿Sería tan amable de pedirme un taxi?

—¿Un taxi? ¿Está segura? Creo que sería mejor llamar a urgencias o ir directamente. Lo digo por su aspecto. ¿Le ha pasado algo?

Hannah negó sin decir palabra.

—Creo que estoy bien. Solo quiero irme a mi casa, y cuanto antes, mejor.

—¿Dónde vive?

—En Kampen —contestó Hannah y al mismo tiempo se percató de cómo la mujer abría mucho los ojos. *No me cree*, pensó Hannah. *Debe de pensar que me he fugado de un manicomio…*

—¿Quiere que la lleve? —se ofreció la mujer titubeante, cosa que a Hannah no le sonó para nada a una invitación. Partiría de la base de que Hannah rechazaría el ofrecimiento. Por eso repitió:

—Me basta con que llame a un taxi, por favor.

La mujer asintió sin decir nada, sacó el móvil, introdujo un número, dijo un par de palabras a las que Hannah no prestó la menor atención. Con la cabeza ya estaba en otro sitio.

No entendía qué estaba pasando.

Había aparcado su Mercedes justo aquí. Y hasta hacía unos instantes también llevaba el bolso consigo, al igual que el equipaje.

Pero entonces, ¿por qué no estaba?

¿Por qué había desaparecido su coche?

¿Es que la habían asaltado?

Volvió a mirarse, tragó. ¿Le habían robado el bolso junto con el coche?

Por mucho que se esforzó, no logró recordar las últimas horas o minutos.

Desesperada, cerró los ojos, repasó lo último que recordaba. El momento en el que se había despedido de Rubén, para luego abrazar una vez más a su hija pequeña, que no tenía ni un año. Luego había arrancado, había aparcado el coche aquí mismo y había cogido el tren para ir al continente.

Pero entonces ¿por qué no recordaba haberse subido al tren ni cómo había ido el viaje por trabajo?

—Ya ha llegado su taxi. —La voz de la mujer desconocida penetró en su cerebro.

Se lo agradeció con un gesto de la cabeza, sin decir ni una palabra más se dirigió apresurada al taxi.

—Que le vaya muy bien —le gritó la mujer desde atrás, pero Hannah no estaba en condiciones de responder, ni siquiera reaccionó. Todo aquello resultaba surrealista y la tenía muy asustada. En su cabeza todo le daba vueltas.

Se dejó caer en el asiento trasero del taxi, le indicó la dirección al taxista, se arrellanó en el asiento cuando el coche se puso por fin en marcha. Se pasó el trayecto mirando por la ventanilla, pero las imágenes que desfilaban a toda velocidad delante de ella le resultaron desconocidas.

¿Por qué?

Aquello era Sylt, su hogar, su *paraíso*, como solía llamar a su isla del alma.

Pero al pasar junto a las señales con los nombres de los diferentes pueblos, no sintió nada. Faltaba aquella sensación de familiaridad y de calidez en su interior. De hecho, era todo lo contrario. Cuanto más se acercaba a Krampen, más ganas le entraban de dar la vuelta, de salir corriendo, de meterse en un coche cualquiera que la llevara lejos de allí.

Llena de frustración cerró los ojos.

¿Qué demonios le estaba pasando?

Cuando el taxista se detuvo miró desconcertada a su alrededor.

—¿Por qué paramos?

El hombre la miró a través del retrovisor, como sopesando si le estaba tomando el pelo o no.

—¡Quería usted venir aquí! —le soltó con tono insolente el conductor—. Esta es la dirección que me ha dado.

Hannah abrió mucho los ojos, miró fijamente la villa a su izquierda, tragó. ¿Habría ordenado Rubén que pintaran la fachada?

¿Y por qué había un tobogán enorme y unas barras de mono en el jardín de la entrada?

Zoe aún era un bebé. Faltaba media eternidad hasta que pudiera usar esta monstruosidad.

Notó un nudo en el estómago, miró al taxista.

—Espere un momento. Voy a llamar a mi marido para que me traiga el dinero.

El hombro alzó las cejas malhumorado.

—Pero el taxímetro sigue en marcha.

Hannah asintió con la cabeza, se apeó, notó los músculos tensándose a medida que se acercaba a su casa. Una vez en el portal, lo abrió, entró en la propiedad. Se fijó que donde solían estar sus rosales, ahora solo había una aburrida superficie de hierba.

Un césped cortado milimétricamente…

La rabia se fue apoderando de ella.

Pero ¿qué se había creído Rubén llevando a cabo unos cambios tan drásticos durante su breve ausencia? ¿Acaso no pudo habérselo comentado antes? Vale, la fachada amarilla resultaba cordial. Pero aun así, le hubiera gustado poder intervenir en la elección de colores.

Y luego esa monstruosidad de tobogán. Si era demasiado peligroso para la peque. Jamás hubiera dado su consentimiento para algo así a su edad… pero lo peor de todo era sin duda que Rubén hubiera arrancado así sin más sus rosales.

¿Por qué había hecho algo así?

Si sabía de sobra lo mucho que le importaban las plantas.

Inspiró hondo, fue directa hacia la puerta de casa, timbró una vez, golpeó con el puño contra la puerta…

¡Un momento!

¿Qué había pasado con la puerta?

¿Acaso también la había cambiado?

Eso ya era pasarse.

No le había mencionado ni uno solo de todos aquellos cambios. Cogió aire, de repente tuvo la sensación de que la garganta se le estaba cerrando.

Al oír pasos en el interior, se armó para espetarle a Rubén todo lo que tenía en la cabeza, inspiró hondo y con avidez cuando la garganta pareció volver a estar despejada.

Se abrió la puerta.

Hannah se sobresaltó.

Estaba cara a cara con un desconocido.

Se tambaleó al dar otro paso hacia atrás. Se quedó mirando al tío que tenía delante, sacudió la cabeza sin entender nada, tuvo que controlarse para no perder los estribos.

—¿Quién es usted? —soltó por fin muy alterada. Que su voz sonara chillona e histérica le estaba bien empleado a aquel tipo.

Se lo quedó mirando sin poder dar crédito con qué descaro y campechanía estaba allí parado en la puerta. Alzó las manos llevada por la desesperación para acto seguido bajarlas de nuevo.

—¿¡Qué demonios hace en mi casa!?

DOS

NORUEGA/REINE

— Hey, cari, tengo que salir pitando…

Notó algo rasposo en la mejilla que fue bajando poco a poco en dirección a su pecho. Al notar su mano en la barriga, soltó una risita.

—Tienes que afeitarte urgentemente.

Él alzó los ojos, sonrió adormilado.

—Ya lo haré luego. Me he quedado dormido. Seguro que ya hay turistas haciendo cola. Quieren ir todos al Reinebringen y a partir del mediodía el tiempo va a estar inestable.

Elara le rodeó el cuello con sus brazos, lo atrajo hacia ella.

—¿Me prometes que vas a tener cuidado?

—Si siempre lo tengo. —La besó en la boca, se soltó y la alejó de sí lo que le daban los brazos—. ¿Qué planes tienes para hoy?

—Nada especial. Primero voy a llevar a Liva al cole. Luego iré a hacer la compra. ¿Algún encargo para la cena?

Él negó con la cabeza y sonrió. Luego, de repente, se puso muy serio.

—¿Todo bien? ¿Ninguna pesadilla anoche?

Ella negó.

—La última fue hace más de tres semanas. No te preocupes, ¿vale?

Él asintió, aunque su mirada seguía reflejando preocupación.

—Venga, largo —dijo Elara riéndose, se incorporó, cogió la almohada y se la lanzó.

Él la atrapó riéndose también y se la devolvió.

—Un solo día sin afeitar y ya me echas de casa.

—Idiota —dijo metiéndose con él—. Date prisa. No los hagas esperar más.

—Nos vemos a la noche. —Le guiñó un ojo y salió del dormitorio para arreglarse y vestirse rápidamente en el cuarto de baño.

Ella se volvió a acurrucar y se adormiló hasta oír a Fin salir de casa y poco después arrancar el coche. Pero siguió necesitando un momento más para despertar del todo. Aunque no lo había admitido ante Fin, había dormido mal.

Pero daba igual, tenía que despertar a Liva y llevarla al colegio. Con un movimiento decidido apartó las mantas y se levantó. De camino al cuarto de baño, dio unos golpecitos en la puerta de su hija y la abrió. Al ver el cuerpo delgado de su hija de casi nueve años bajo las mantas, el corazón le dio un vuelco. Durante mucho tiempo había creído que la felicidad ya no estaría jamás a su alcance.

Pero entonces había aparecido Fin en su vida.

Era casi seis años menor que ella, pero eso ya lo había superado hacía tiempo. Con Fin no había complicaciones, era un hombre entusiasta, un aventurero de los pies a la cabeza, de ahí que su profesión de guía turístico y de montaña encajara tan bien con él. Pero lo que más le gustaba a Elara de él era lo mucho que se esforzaba con Liva.

No se notaba para nada que no era su padre biológico. Se había encariñado con la niña desde el primer momento. Para los demás eran la familia perfecta, sin embargo, a Fin le faltaba algo para que su familia fuera todavía un poco más perfecta.

Le había pedido ya cuatro veces matrimonio y en cada una de las veces había encontrado una excusa. No estaba dispuesta a cumplirle ese deseo. Todavía no…

Suspiró y admitió que más de uno ya se hubiera largado, harto y frustrado con la situación. Pero Fin no era así. Para él era un desafío que estaba dispuesto a afrontar, encantado además. Aunque ella no tenía muy claro si lo que lo incitaba era la cacería en sí o su certeza de que ella acabaría aceptando.

Él conocía su pasado – al menos la parte que le había contado – y entendía su problema a la hora de confiar en la gente y que no se

permitiera el lujo de sentir nada por nadie.

Se habían conocido hacía casi dos años, pero al principio no había nada que indicara que jamás acabarían juntos. Fin le había parecido un *hípster* de manual, pero había insistido tanto, invitándola una y otra vez, que un día accedió por fin. La había llevado de senderismo hasta el Reinebringen y luego habían tenido un par de citas hasta que por fin también despertó interés en ella.

Antes de eso había vivido una temporada en Oslo con Liva, pero allí no habían llegado a sentirse nunca felices del todo. La vida en una gran ciudad las agobiaba a ambas. Demasiada gente, demasiado ruido, demasiado tráfico.

Todo aquello caía como una avalancha sobre ella y la inundaba la preocupación constante de que a Liva pudiera pasarle algo.

Y eso que todo había empezado de manera muy esperanzadora. Había disfrutado del anonimato que brindaba una ciudad grande, de la sensación de fundirse con la multitud y, de ese modo, casi convertirse en invisible. Con el paso del tiempo fue descubriendo el lado oscuro de este tipo de vida y había entendido que a la larga le costaba lidiar con la superficialidad de los urbanitas. Con el paso del tiempo había deseado cada vez más formar de nuevo parte de una comunidad.

A partir de ese momento había empezado a plantearse dejar atrás Oslo y la vida en una urbe. De modo que un día hizo las maletas y se mudó con Liva aquí, a un pueblo llamado Reine auf den Lofoten. El sitio más bonito sobre la faz de la tierra, como muy pronto descubriría.

Pensar en sus inicios la hizo sonreír. Los inicios en los que había podido descubrir todo eso. Había sido como volver a nacer y la certeza de saber que había hecho lo correcto la hizo suspirar de felicidad.

De puntillas fue hacia la cama de Liva, se sentó con cuidado en el borde del colchón para no asustarla. Acarició la espalda de su hija todavía dormida.

—A levantarse, dormilona —le susurró con cariño, esperó pacientemente a que Liva se hubo estirado, abierto los ojos de azul acero y la hubo mirado con cara de pocos amigos.

—¿Ya es taaan tarde?

Elara asintió y sonrió malévola.

—¡Lo es! ¡Venga, arriba! Que vas a llegar tarde al colegio.

Tras haber dejado a Liva en el colegio y haber hecho la compra para el día siguiente, Elara pensó qué hacer para distraerse un poco.

Había tenido sus razones para mentirle a Fin cuando este le había preguntado por las pesadillas. No quería que estuviera constantemente preocupado por su carga del pasado.

Bastaba con que lo pasara mal ella.

Aunque su consideración no había sido del todo desinteresada porque ella también se beneficiaba de las contagiosas ganas de vivir de Fin. Disfrutaba de cada minuto que pasaba a su lado.

Se aferraba a ello y por eso recordó con cierto remordimiento que le había hecho cargar al alegre Fin con sus viejas historias. Los recuerdos de su matrimonio, la violencia a la que había estado expuesta y finalmente la horrible separación que había acabado contándole también, eran como una sombra que se extendía ahora sobre ambos. Había visto reflejado en el rostro de Fin que todo aquello le había destrozado el alma.

Traer a la memoria aquello, una y otra vez, no les sentaba bien.

¡Era el pasado!

Fin no era para nada como su ex. No tenía ninguna vena violenta, no era capaz de matar una mosca, ni siquiera un mosquito molesto. Elara se había planteado en más de una ocasión si había sido justo haber hecho cargar con sus propios problemas a un hombre tan maravilloso como él. Pero al final siempre había triunfado su propio egoísmo.

Aunque le costara admitirlo, había aprendido a amar a Fin y no quería imaginárselo en brazos de otra mujer. Así que había ahuyentado los pensamientos sombríos y había decidido vivir el momento.

Al menos hasta que todo volviera a derrumbarse.

Esta idea la asustaba. Al mismo tiempo estaba convencida de que solo era cuestión de tiempo.

Sus sueños recurrentes eran como malos presagios en los que un desconocido la perseguía y ella no era capaz de escapar de él.

Sueños en los que caía al vacío desde una altura muy grande.

Elara sabía muy bien lo que querían decirle.

La soga que llevaba al cuello se iba apretando poco a poco, pero inevitablemente, eso sí…

Más tardar, cuando estaba a punto de ahogarse, recurría a lo que había hecho durante años: huir y volver a empezar de nuevo en otro sitio. Siempre con la esperanza desesperada de que esta vez todo saldría bien.

Que esto no era más que una ilusión y una quimera lo obviaba. Y por eso su pasado seguía eclipsando su vida con Fin. Desde luego: estaba enamorada, puede incluso que fuera feliz, pero sabía que era algo pasajero, algo efímero. Y llegados a este punto, se daba de bruces con la realidad, una y otra vez.

No había garantías de futuro, y mucho menos de un futuro feliz. Solo existía el momento.

Elara suspiró.

Nada volvería nunca más a estar del todo bien.

No para ella.

TRES

SYLT/KAMPEN

El hombre se la quedó mirando asustado.

—¿Cómo dice? ¡Esta es mi casa! Vivo aquí.

Hannah cogió aire, se apartó de él.

—¿Qué pretende? ¿Quién es usted? —Era plenamente consciente de que sonaba como una histérica, pero le dio igual. ¿Qué pintaba aquel extraño en su casa?

—Tranquilícese. ¿No será que se ha equivocado usted de puerta?

—¡Déjelo ya! —Se quedó mirando al hombre sin poder dar crédito—. ¡Si algo tengo claro es que no me equivoco! Esta es mi casa, en la que llevo más de seis años viviendo con mi marido Rubén y mi hija pequeña Zoe.

Se sobresaltó cuando, detrás del hombre, apareció un niño de unos cuatro años. Rizos rubios, ojos azules. Llevaba un velero diminuto en sus manos regordetas. Al verla, se ocultó tras las piernas del hombre, pero espiando entre ellas, incrédulo, como si le costara creer que ella estuviera allí.

—Este es mi hijo, Tim —le explicó el hombre mientras la miraba con un movimiento de cabeza casi imperceptible, como queriendo decirle algo.

Y entonces lo entendió…

¡Estaba asustando al niño!

Su vena maternal reaccionó al instante.

—¡Hola, peque! —lo saludó—. No tienes por qué tenerme miedo. Soy Hannah y vivo aquí. Solo quiero ver a mi marido y a mi hija. Mi

hija Zoe aún es muy pequeña, un bebé, ¿entiendes?

El niño miraba incrédulo tanto a ella como a su padre, con una mueca en la cara, como a punto de llorar.

Hannah apartó los ojos del niño y miró al hombre, tratando de mantener la calma aunque en su interior estuviera hirviendo.

—Por favor —le pidió al hombre—. Sea lo que sea lo que esté haciendo usted, déjelo estar. Vaya y tráigame a mi marido. Sé que a Rubén le gusta gastar bromas, pero hoy no está el horno para bollos. No estoy de humor ¿entiende?. Me han robado el coche en la estación de tren y mi bolso y mi móvil. Lo único que quiero es entrar en mi casa, meterme bajo la ducha y luego abrazar a mi hija. Y si para entonces le he perdonado a mi marido esta broma pesada, también lo abrazaré a él.

Se preparó, fue hacia el hombre para apartarlo y entrar, ¡en su maldita casa!

Pero no llegó a tanto.

El hombre empujó con cuidado al niño para colocarlo detrás de él, dio un paso decidido hacia ella, le bloqueó la entrada.

—Si no se larga ahora mismo —la increpó con voz dura—, llamo a la policía. ¿Me ha oído?

Hannah se quedó de piedra, perpleja.

Si se trataba efectivamente de una broma de su marido, entonces este tío estaba interpretando muy bien su papel. De los ojos del hombre saltaban chispas iracundas, tenía las venas del cuello hinchadas, lo que confería a toda aquella pantomima algo intimidante. Además, tenía los puños cerrados como si fuera a golpearla de un momento a otro.

Y entonces lo entendió.

¡Aquello no era ninguna broma!

Completamente absurdo.

Se le cortó la respiración.

¡Este tío de mierda se está creyendo en serio lo que dice!

Lo miró, sopesando las opciones.

¡Podría tratarse de un loco fugado de un manicomio! Pero ¿cómo podría estar alguien así con un niño?

¿Habría secuestrado al pequeño?

¿Y por qué había escogido precisamente su casa?

Trató de recordar quién había habitado la casa antes que ella.

¿No había sido un matrimonio joven? ¿Una pareja que se había separado?

¿Sería por eso por lo que la parte masculina había perdido la cabeza, había matado a su ex y secuestrado a su hijo para luego instalarse aquí?

Su fantasía e imaginación se volvieron cada vez más confusas hasta llegar al meollo de la cuestión: si esto era el caso, ¿dónde estaban Zoe y Rubén?

¿Qué debía hacer ella? ¿Cómo reaccionar?

Se le escapó un jadeo desesperado.

—Por favor —rogó con voz entrecortada—. Déjeme ir con mi familia.

El hombre frunció el ceño. Luego su expresión cambió. La ira desenfrenada y la predisposición a hacer uso de la violencia de hacía un momento cedieron el paso a una lástima pura y dura.

¡Se está imaginando de ti lo mismo que tú de él!

Esa voz de su interior desencadenó algo en ella. Desesperación. Impotencia. Una pérdida de control absoluta.

Rompió a llorar de manera desenfrenada.

—Por favor, por favor, por favor —farfulló y de repente se encontró echada a los pies del hombre. Ni siquiera se había dado cuenta de que le habían fallado las piernas.

—¡Oiga, señora! El taxímetro ya lo tenemos a más de ochenta euros. ¿Qué pasa? ¿Me paga o qué? —se oyó una voz ruda procedente de la calle.

¡El taxista!

¿Y a este qué le pasaba?

Hannah no fue capaz de incorporarse ni de girarse hacia él.

—¿No ha pagado? —quiso saber el hombre que decía vivir en su casa.

—La tipa ya me dio mala espina desde el principio —improperó el taxista señalando con el dedo a Hannah—. Una indigente. Ya me parecía a mí que una así no podía vivir en una casa como esta.

Hannah se sobresaltó al notar una mano en el hombro.

—Será mejor que le pague al caballero.

Ella no reaccionó al consejo, tan solo sacudió la cabeza, las lágrimas le impedían ver mientras que el taxista ahora apelaba de manera brusca al hombre.

—¿Va y no me dice hasta el final del trayecto que no lleva pasta? Que ya me lo pagará su marido. Así que, ¿qué pasa? —Hizo un gesto pecuniario con el pulgar y el dedo índice.

Durante un rato reinó silencio y oscuridad alrededor de Hannah, que trataba de calmarse sin abrir los ojos.

Creyendo que el taxista ya se había ido, notó una corriente de aire sobre ella.

—Esto debería de llegar —oyó decir al padre del niño—. Quédese con el cambio.

Consiguió por fin alzar los ojos, ver cómo el taxista aceptaba el billete verde que le tendía el hombre y se largaba.

Miró sorprendida al hombre.

—¿Ha pagado mi taxi?

—Sí, lo he hecho. No quería líos con ese hombre. Ya me devolverá usted el dinero… cuando pueda.

A Hannah aquello le sonó a que ni el propio hombre creía que recuperaría alguna vez sus cien euros.

Hannah tragó y se lo quedó mirando.

—Cree que estoy pirada, ¿verdad? Una pobre loca… —Soltó una risa histérica—. ¡Pues nada de eso! Soy Hannah Schwarz, ¡joder! Y vivo aquí. De verdad.

La mirada del hombre se volvió sombría, luego pareció cambiar algo en su rostro. Abrió la boca.

—¡Repita eso!

—¿El qué?

—¿Quién acaba de decir que es usted?

—Me llamo Hannah Schwarz.

El hombre se apartó, pero sin apartar los ojos de ella en ningún momento a la vez que sacudía lentamente la cabeza.

—¿Qué? —gritó Hannah—. ¿Por qué se ha callado y por qué me trata como si fuera una pirada?

Cuando el hombre hubo retrocedido tanto que chocó con la espalda contra la pared, inspiró hondo.

—La familia que vivía aquí antes que nosotros —emitió con voz temblorosa— se llamaba Schwarz, pero… —Se interrumpió, esquivó su mirada.

—Pero ¿qué dice? —preguntó Hannah con voz neutra—. ¿La familia que vivía aquí antes que usted? ¿Vivía? Seguimos viviendo aquí, ¿no lo entiende? Mi marido, mi hija, yo – los tres. ¡Esta es nuestra casa!

El hombre la miró conmocionado, negó con la cabeza sin poder dar crédito.

—Eso no puede ser. Esto no tiene ningún sentido.

Hannah se mareó al reconocer en los ojos de aquel hombre una profunda lástima. Lástima, pero no pánico.

—¿Qué le ha pasado a mi familia? —preguntó y se oyó a sí misma emplear una voz que era más bien un graznido desesperado.

—No lo sé con exactitud —admitió por fin—. Hay varias historias espeluznantes circulando por ahí. Pero casi todas acaban de la misma manera: con que ustedes tres están muertos.

CUATRO

NORUEGA/REINE

—Mamá, ¿qué te pasa?

Elara, que miraba nerviosa el reloj, prestando apenas atención a lo que había a su alrededor, se giró asustada. Al ver a Liva, respiró aliviada.

—Aquí estás, por fin. No me había enterado de que ya habías salido. —La abrazó cariñosamente, le dio un beso en la frente. Pero como solía ocurrir a menudo últimamente, la niña se opuso a aquella manifestación pública de amor.

Se soltó molesta.

—Mamá, deja, que me avergüenzas delante de mis amigas. Si no haces más que besuquearme, van a pensar que soy un bebé.

—Lo siento, preciosa —respondió Elara sonriendo—. Pero para mí sigues siendo mi bebé, y lo serás para siempre.

—¡Genial! —protestó Liva poniendo los ojos en blanco. Luego pasó a su lado con la cabeza baja en dirección al coche.

Elara la siguió, resistiendo el impulso de pasarle la mano por el pelo. Accionó el cierre de la puerta y la mandó para el asiento de atrás.

—Aunque ya seas tan grande como para avergonzarte de que te bese en público, tienes que seguir sentándote atrás, mi pequeña diva.

—Vale, vale —refunfuñó Liva, entró, se sentó en el asiento infantil y tiró del cinturón de seguridad.

Una vez que Elara hubo oído el clic, se sentó tras el volante y, por el retrovisor, observó pensativa a su hija. En apenas tres semanas celebraría su noveno cumpleaños, aunque últimamente se comportaba ya como una niña en la pubertad.

Ser precoz lo llamaban y a Elara le sangraba el corazón tan solo de pensarlo. Parecía ayer mismo cuando lo único que quería Liva era que la cogieran en brazos y la achucharan. Y ahora daba la impresión de que cada día el tiempo transcurría con más rapidez. Liva se estaba haciendo cada vez más mayor y no había nada que ella pudiera hacer para impedirlo.

Cuando se lo comentaba a Fin, este siempre sonreía empatizando con ella.

A él también le parecía que su hija putativa se estaba haciendo mayor demasiado de prisa. Pero aparentemente, los hombres asimilaban mejor que los hijos empezaran a volar y a descubrir el mundo por su cuenta.

—¿Puedes arrancar de una vez? —le llegó desde atrás.

Elara respiró hondo y a punto de darle al arranque vio de reojo en el espejo retrovisor aquel coche. Ya se había fijado antes en él porque no lo había visto nunca por aquí. Era un SUV con una matrícula rara.

Seguramente un coche de alquiler.

Pero ¿qué pintaba un coche de alquiler delante del colegio de Liva?

Era algo anormal y le había estado dando vueltas. Era el único colegio en un perímetro de cuarenta kilómetros y la gente dependía del coche, al igual que los escolares. Los padres los traían y volvían a recoger.

Pero los coches de los demás los conocía y todos llevaban matrícula local. Así que ¿qué hacía ese coche aquí?

¿Sería realmente un coche de alquiler?

Sí, era la única explicación razonable, se tranquilizó. Seguro que alguien tenía el coche en el taller. Si le pasara a ella, tampoco le quedaría otra que alquilar uno para poder hacer los trayectos diarios.

—¡Mamá! ¿Arrancas de una vez? —insistió Liva.

—Sí, claro —contestó Elara y miró por encima del hombro para ver si reconocía a la persona detrás del otro volante.

Pero estaba demasiado lejos.

Deja ya de ver fantasmas en todas partes, se dijo, le dio a la llave del contacto y, tras otro vistazo por encima del hombro, salió del aparcamiento y se incorporó a la carretera. No fue hasta que estuvo segura de que el coche desconocido no la perseguía que se relajó.

—¿Qué te apetece que hagamos? —le preguntó a Liva, buscándola por el retrovisor.

—He quedado con Suvi —dijo Liva—. Puedo, ¿verdad?

Elara asintió con la cabeza, aunque estaba decepcionada. Se había hecho la ilusión de pasar la tarde con su hija. Pero esta parecía tener otros planes, una vez más.

—Entonces prepararé algo rápido para comer y te llevo —propuso.

Su hija asintió, haciendo por primera vez un amago de sonrisa.

—¿Puedes hacer espaguetis con mantequilla y queso? —preguntó volviendo a ser de repente la niña pequeña de siempre que, si por ella fuera, comería todos los días su plato favorito.

—¡A la orden! —dijo Elara sonriendo y le guiñó un ojo a través del retrovisor.

Después de comer y haber llevado a Liva a la casa de su amiga, Elara decidió salir a correr.

Iba siendo hora de ponerse en forma. Unos meses atrás, a causa de una infección vírica, había pasado varias semanas sin fuerzas y decaída, pero creía haber recuperado su antigua resiliencia.

Se puso las zapatillas de correr, esas de las que no era capaz de desprenderse a pesar de lo destrozadas que estaban. Pero eran cómodas y ya estaban perfectamente moldeadas. Ató los cordones sonriendo y recordó la cantidad de kilómetros que habían recorrido juntas. Antes de enfermar había salido casi todos los días, hiciera el

día que hiciera, y con su lista de reproducción preferida en los auriculares. Ahora hizo lo mismo: conectó los auriculares al móvil, empezó a trotar en el pasillo de casa y salió.

Una vez fuera, se sintió mejor a cada zancada que daba.

Durante un rato mantuvo un ritmo regular antes de aumentar la velocidad y por fin dar todo de sí.

Sigue. Sigue.

Era una sensación maravillosa.

Cuando notó que estaba empapada de sudor, emprendió el regreso a casa.

En la recta final, en la pausa entre dos canciones, percibió un zumbido monótono. Molesta miró por encima del hombro y titubeó. Pero si ese era el coche que había visto delante del colegio de Liva…

¿Es que la había seguido?

Que la siguiera a su misma velocidad le resultó escalofriante.

¿Qué pretendía?

En su interior estalló el caos.

Sin pensárselo mucho, emprendió un esprint.

En vez de mantenerse en la carretera, atajó por los jardines de los vecinos, saltó por encima de vallas y setos hasta llegar a su propio jardín. Jadeando entró por la puerta de atrás y atrancó puertas y ventanas.

Medianamente aliviada, se dejó caer en su sillón favorito para calmar los nervios que tenía a flor de piel.

Segundos después se levantó de golpe, en pánico.

¡Liva!

¡Estaba en casa de Suvi!

Y con el maravilloso tiempo otoñal que hacía seguro que no estarían metidas en casa, sino que estarían jugando fuera.

Fuera – donde en cualquier momento le podría pasar cualquier cosa a Liva.

Sin cambiarse de ropa ni pensar mucho, Elara corrió al pasillo, arrancó la llave del gancho del que colgaba, salió precipitada hacia fuera. Buscando con mirada frenética el coche, cerró la puerta de casa con llave y corrió hacia él.

Ni rastro del coche desconocido.

Pero eso no significaba nada.

Se sentó al volante, se puso el cinturón y arrancó. Al ver la hora en el reloj del salpicadero, suspiró. A su hija no le haría ninguna gracia que la fuera a recoger ya. Casi dos horas antes de lo planeado.

¡Daba igual! El caso era ver a las dos amigas jugando indemnes.

La madre de Suvi no era para nada tan alarmista como ella. La amiga de su hija era libre de estar fuera sin supervisión, incluso de ir a la playa sola. A ella le costaba mucho más ser tan permisiva, cosa que tenía que ver en gran parte con su pasado.

Por supuesto que le hubiera gustado concederle más libertad a su niñita, pero sus miedos se lo impedían. Lo único que quería era proteger a su hija.

Al llegar a la casa de los padres de Suvi, saltó del coche, pasó de cerrarlo, llegó en dos saltos a la entrada a la propiedad y timbró.

—¿Quién es? —preguntó Helena, la madre de Suvi, a través del interfono.

—¡Elara! ¿Está Liva?

—Las niñas han salido —respondió Helena.

—¿Han dicho a dónde iban? —preguntó Elara demasiado alterada.

Helena reaccionó al instante.

—¿Va todo bien? —preguntó.

—Sí, claro —mintió Elara—. Es solo que me olvidé de que hoy teníamos una cita.

—Pues llámala. Porque tiene móvil, ¿no?

Elara hizo una mueca, irritada.

—Sí, pero no se lo dejo llevar al colegio ni a jugar. Le tengo limitado el horario de pantallas.

El interfono emitió una risa.

—Vale. Ya llamo yo a Suvi.

A estas alturas, Elara se sentía ridícula. Regalarle un móvil a Liva, pero al mismo tiempo prohibirle sacarlo a la calle, donde podría estar siempre localizada, había sido una idea de bombero. ¿Cómo no había pensado en esto?

—Ya vienen de camino —la informó Helena—. Entra y tómate un café conmigo.

—Gracias, pero hoy no —rechazó Elara, un poco demasiado de prisa. Ojalá, Helena no se lo tomara a mal.

De vez en cuando disfrutaba con los ratos que pasaba con las madres de las amigas de Liva, charlar con ellas, pero hoy no estaba de humor para eso.

Regresó despacio al coche, se apoyó contra él, esperó. Al ver poco después a su hija con Suvi de remolque, respiró aliviada. Saludó a las niñas con la mano.

—Pero ¿tú qué haces aquí ya? —se quejó Liva—. Me prometiste que podía quedarme hasta las seis.

—Lo sé, cariño. Perdona. Pero hoy no puede ser.

—La mamá de Suvi ha dicho algo de una cita. No sé nada de ninguna cita. —Liva cruzó los brazos delante del pecho, un gesto de tozudez.

—Porque no te lo he mencionado —dijo Elara—. Mañana podéis volver a quedar. En nuestra casa, si os parece —sugirió.

Pero Liva negó con la cabeza.

—No pienso irme hasta que sean las seis, ¿entendido?

Elara era muy consciente de lo que estaba intentando su hija: demostrarle a su amiga con esta especie de juego de poder que no iba a aceptar órdenes de la pesada de su madre. En condiciones normales, Elara hubiera sonreído y lo hubiera pasado por alto, pero hoy no estaba el horno para bollos, ni para tolerar el comportamiento pueril de su hija.

Se acuclilló delante de ella, la miró muy seria.

—Vas a meterte ahora mismo en el coche, señorita.

—¡No quiero! —protestó Liva.

—Me da igual. Para dentro, ¡ya! —Acentuó la orden señalando el coche con el dedo índice—. Y otra cosa más: ni se te ocurra volver a hablarme como alguien que te estuviera tocando las narices. Soy tu madre y, por lo tanto, ¡quien tiene la última palabra!

—¿Y a vosotras qué mosca os ha picado? —preguntó Fin mientras estaban sentados en el sofá viendo una película tardía.

Elara lo miró molesta.

—¿Qué va a ser? Liva ha vuelto a tener uno de sus ataques pre-adolescente y le he dejado claro que eso no está bien.

Fin se inclinó hacia delante, cogió el mando de la tele, pulsó el botón de silencio y la miró.

—La versión que me contó ella varía un poco. Dijo que la habías puesto horriblemente en ridículo delante de su amiga.

Elara suspiró.

—La fui a recoger y se comportó como si estuviera arruinándole la vida.

—Liva dice que llegaste dos horas antes de lo acordado y que habías mencionado una cita olvidada, pero que os vinisteis directas para casa y que no se mencionó nada de ninguna cita. Que la habías mandado a su habitación y que poco después te oyó llorar en el dormitorio. Cariño, ¿qué fue lo que pasó de verdad?

Las palabras de Fin la estremecieron, gimió por dentro, pero no le contestó.

Que Liva la oyera llorar, la hizo sentirse muy mal. Hacía meses desde la última vez que su hija la había pillado llorando. Por aquel entonces había sido porque, por culpa del miedo a las pesadillas, llevaba varios días sin dormir y al final había colapsado a causa del cansancio.

A Fin y a su hija les había dicho que tenían que ser los efectos de aquel virus tan agresivo. Pero ahora no había virus al que poder echarle la culpa y disipar la desconfianza de Fin.

—Cariño, ¿qué pasa de verdad? —volvió a intentarlo él.

—El tiempo pasa tan rápido —respondió ella sin profundizar demasiado—. Es como si mi niñita se me estuviera escurriendo de las manos.

—Venga, habla conmigo —la animó Fin—. ¿Qué ha pasado? ¿Hubo algún desencadenante?

—Bah, lo de siempre. Es solo que hoy me di cuenta de golpe, cuando fui a recoger a Liva al colegio y la abracé.

—¿Y?

—Pues que me apartó de ella porque la estaba avergonzando. Y eso que yo solo estaba ilusionada por pasar una tarde agradable con mi pequeña. Sin embargo, ella ya tenía sus propios planes.

—Quedar con su amiga, ¿no?

—Sí. Me sentí rechazada. Liva es la única hija que tengo y me da miedo lo rápido que está haciéndose mayor y que empiece a cortar definitivamente el cordón umbilical.

Detuvo su verborrea, observó a Fin.

¿Se habría creído este cuento?

Él también la observó, finalmente esbozó una sonrisa.

—Dentro de nada será una adolescente. Es normal y no tiene nada que ver con que ya no te quiera. Si nosotros éramos iguales.

Elara guardó silencio, dejó que la abrazara, se odió por mentirle y por convertir a su hija en protagonista de sus mentiras.

Que una parte minúscula efectivamente coincidía con sus sentimientos, no mejoró la cosa. Acurrucada contra Fin, cerró los ojos, inspiró su aroma acerbo y se esforzó por no llorar.

Cuando al cabo de un rato la apartó de él para mirarla, deseó que no leyera en su rostro lo que realmente le pasaba por la cabeza.

Pero, como siempre, Fin tan solo sonrió, le guiñó un ojo.

—En cuanto a lo de que nuestra peque se esté haciendo mayor, me temo que no voy a poder detener el tiempo. Pero tengo una idea mejor… —Se interrumpió para soltar una risita—. ¿Qué te parece si nosotros… o sea, tú y yo… si repostamos?

Elara abrió los ojos como platos.

—¿A qué te refieres? —preguntó aunque sabía muy bien qué estaba insinuando Fin.

Él le dedicó una sonrisa pícara.

—¡Un bebé, cariño! No hay nada que desee más que un hermanito o una hermanita para Liva.

CINCO

SYLT/KAMPEN

Hannah se quedó mirando fijamente al desconocido. ¿Había entendido bien? ¿Se trataría una broma de muy mal gusto? Una sensación de irrealidad de apoderó de ella, junto con un zumbido en los oídos. Además, se sintió de golpe tan mal que creyó que vomitaría allí mismo. Se mareó…

El hombre despareció de repente, no habían transcurrido ni diez segundos cuando regresó con un vaso de agua helada, le pegó el vaso húmedo a los labios. Ella intentó apartar la cabeza, pero él no dejó de insistir.

—Por favor —dijo con suavidad—. Tiene usted que beber algo o va a desmayarse. Está usted blanca como la cera.

Hannah lo miró por encima del borde del vaso, tomó un trago muy pequeño. No soportaba tanta cercanía, no de aquel extraño. No después de lo que acababa de desvelarle.

Tenía que digerir aquello primero.

Lo cogió del brazo con toda su fuerza y lo apartó de ella. Poco a poco consiguió volver a pensar con claridad y consiguió preguntar:

—¿Qué acaba de decirme? ¿Qué historias espeluznantes acerca de mi familia y de mí son las que supuestamente van contando por ahí? —Su voz sonó dura y glacial, pero ¿cómo si no iba a reaccionar ante una afirmación de tamaña índole?

Se armó de valor, miró al hombre a los ojos, esperó.

Sin embargo, él no parecía ser capaz de sostenerle la mirada, miró el vaso que sostenía en la mano.

—Ojalá no hubiese dicho nada. Por favor, perdóneme.

Hannah sacudió enérgicamente la cabeza.

—¡Ahora no recule! ¡Repítalo! ¡Para poder estar segura de que he oído lo que he oído!

Él alzó la mirada.

—No conozco los detalles. El nombre de Hannah Schwarz lo conozco de haberlo visto en el periódico local. Y tengo ojos y oídos, ¿me entiende? La gente de la isla habla.

—¿De qué hablan?

—Especulan sobre lo que le pasó a la familia de Hannah. Unos dicen que ella…

—¿Qué? —lo interrumpió Hannah.

— Bueno, pues dicen que Hannah mató a su marido y que se largó con la hija. Otros creen que alguien… —Se interrumpió y le dedicó una mirada sombría.

—¿Que alguien qué? ¡Hable de una vez!

—Yo personalmente nunca me he parado a pensarlo, ¿sabe? Hace poco que vivo en la isla. Compré la casa hace algo más de un año y lo único que quiero es que mi hijo y yo…

—¿Un año?

Hannah se quedó mirando al hombre con ojos como platos, rompió a sudar. Hasta hacía nada había tenido una pizca de esperanza de que todo aquello no fuera más que una pesadilla o tal vez una jodida broma. Pero en base a las palabras del hombre parecía haber algo de verdad en todo aquello.

Ese desconocido no mentía.

Decía la verdad aunque ella no supiera qué hacer con ella, no entendiera qué significaba.

La desesperación se fue apoderando de su ser. Amenazaba con abrirse camino hacia fuera en forma de grito. Empezó a temblar de manera incontrolada, luego se acuclilló a los pies del hombre, emitió un lloriqueo desesperado.

El hombre se arrodilló a su lado, le buscó el pulso en la carótida, luego presionó su muñeca.

Finalmente la observó fijamente.

—¿Papi?

El pequeño había vuelto, con voz lacrimosa.

—¿No entras? Tengo hambre.

—Te he dicho que te quedaras en tu habitación —lo regañó el hombre.

Incluso en el estado en el que estaba, Hannah comprendió que quería mantener al niño alejado de ella.

Debía de seguir creyendo que era peligrosa.

Hannah cerró los ojos, oyó como a través de una niebla espesa el intercambio de palabras emitido en voz baja entre padre e hijo. Luego un grito furioso en el que se mezcló algo más. Una sirena acercándose.

Quedó como petrificada, luego se incorporó, se secó las lágrimas.

El hombre pareció respirar aliviado, como si hubiera estado a la expectativa.

—¿Ha llamado usted a la policía? —soltó ella—. ¿Por qué lo ha hecho? ¿Es que sigue sin creerme?

Él le devolvió la mirada, se encogió de hombros.

—Póngase en mi situación. Imagínese que llega alguien llamando a su puerta soltando una historia tan insólita sobre sí mismo… —Se detuvo, la miró interrogante.

Ella se rindió, cerró los ojos, esperó a que el sonido de la sirena de la policía aumentara de volumen. Oyó el rechinar de las ruedas en el asfalto.

Habían venido para llevársela.

Se abrieron puertas, se volvieron a cerrar. Se acercaron pasos.

Murmullos.

—Disculpe. —La voz de una mujer. Hannah notó que la agente se esforzaba por sonar amable y comprensiva, pero a sus oídos la voz sonó fría y distante.

Abrió los ojos lentamente, vio a la joven delante de ella, luego a los dos compañeros policía al lado de la mujer.

Se habían quedado al pie de las escaleras y habían alzado los ojos hacia ella.

—¿Sería tan amable de decirme su nombre? —preguntó uno de los hombres, mirándola expectante.

Ella asintió con la cabeza.

—Desde luego. Es lo que llevo intentando hacer todo este tiempo. Soy Hannah Schwarz y esta… —extendió los brazos, hizo girar las manos—, esta es mi casa, mi propiedad. Pero este caballero que los ha llamado dice que es suya. Supuestamente desde hace más de un año, cosa que es imposible.

—¿Y por qué?

—Porque no hace mucho que he comprado esta misma casa y la finca y la he pagado.

Los policías se la quedaron mirando un rato, hasta que uno carraspeó incómodo.

—Voy a proponerle algo, ¿vale?

Hannah asintió, se incorporó tambaleante, bajó los peldaños con cuidado, se concentró en el intento de no caer hacia delante.

Cuando se hubo colocado delante de los agentes, se esforzó por sonreír.

—Sé lo que va a proponerme. —Cogió aire—. Voy a ahorrarle el esfuerzo y a acompañarlos voluntariamente.

Se giró hacia el hombre que seguía en la puerta de la casa.

—¿En serio creyó que iba a hacerles daño a usted o a su hijo? ¿Tengo pinta de estar loca? —Alzó las manos, indefensa, las dejó caer al instante al darse cuenta de la impresión que le tuvieron que haber causado al hombre sus lloriqueos y gritos. Por supuesto que la tomaba por loca.

De repente recordó algo.

—¿Todavía conservan el elevador de servicio, el que sube desde la planta baja a la primera planta? —le preguntó al hombre.

Él asintió titubeante.

Ella suspiró.

—El corazón que está en la base lo grabé yo en la madera. Poco después de que Rubén se viniera a vivir conmigo. Él estaba enfermo, pasó un par de días en cama sin poder apenas levantarse, mucho menos bajar, pero sí era capaz de llegar hasta el elevador. Le grabé el corazón y lo cubrí con un plato de sopa, ¿sabe? ¿Cómo iba a saber eso si yo no fuera Hannah Schwarz?

SEIS

NORUEGA/REINE

Los últimos días habían transcurrido sin ningún incidente. Liva la había perdonado, lo cual seguramente se debía a que Fin había hablado con ella. Su hija y su compañero de vida parecían desde entonces haber pactado una especie de acuerdo silencioso.

Cada vez que se reunían para comer, se dedicaban sonrisas confabuladoras, se guiñaban un ojo o hacían comentarios crípticos.

Le llevó un tiempo reconocer lo que albergaba este comportamiento. Fin probablemente le había contado que habían hablado de tener un bebé. Aunque su hija se esforzaba por parecer lo más adulta posible, el tema hermanita o hermanito la hacía mutar de nuevo a bebé. Hacía mucho que Liva soñaba con tener un hermano. Ahora que Fin le había planteado la posibilidad de que podría hacerse real, estaba entusiasmada con la idea.

Pero había un pequeño inconveniente.

Ella no tenía en mente volver a quedar embarazada y tener otro bebé. No por Fin ni por Liva, sus razones eran otras y no podía explicárselas a ellos.

Tener un bebé con Fin la ataría de por vida a aquel sitio. En el peor de los casos no sería fácil largarse a escondidas con Liva.

Un bebé significaba una responsabilidad. No solo hacia la criatura, sino también hacia el padre. Y Fin lo sabía. Aun rechazando sus propuestas de matrimonio, un bebé en común los soldaría para siempre.

Bueno, al menos durante mucho tiempo.

Ella no podía permitir eso, no podía correr ese riesgo.

Pero ¿cómo explicarle a Fin que no estaba dispuesta a tener más hijos? Ni con él ni con ningún otro hombre. Lo único que quería era que Liva estuviera a salvo y pudiera llevar una vida razonablemente tranquila.

Quizás hubiese sido mejor haberle dicho la verdad a Fin. Contarle lo del coche que la había perseguido.

¿Y entonces qué?

Fin hubiese insistido en acudir a la policía, algo que para ella era impensable.

Su objetivo primordial siempre había sido evitar llamar la atención sobre Liva y sobre ella misma. Con presencia oficial a su alrededor conseguiría todo lo contrario.

Suspiró, miró pensativa la taza de café.

¿Y si había malinterpretado lo del coche?

Al fin y al cabo no había vuelto a aparecer.

Puede que solo fueran unos turistas que se habían perdido y que la habían seguido para preguntarle por el camino.

¡Tengo que controlarme!

Y fue lo que hizo al oír a Fin y a Liva bajar por las escaleras.

Los dos venían riéndose, radiantes de felicidad entraron en la cocina.

—Hey, preciosa, ¡si ya has preparado el desayuno! —dijo Fin de buen humor y le dio un beso cariñoso en la frente—. ¿Has dormido bien?

—Como un bebé —mintió Elara devolviéndole la sonrisa. En realidad, a lo largo de las dos últimas noches había dormido como mucho dos horas por noche.

—¿Qué planes tienes para hoy? —preguntó Fin.

—Hacer la compra —contestó ella fingiendo estar animada—. La nevera está prácticamente vacía y me apetece pasarme el fin de semana campando a mis anchas en la cocina. Quiero hacer un pastel y probar unas cuantas recetas nuevas que he encontrado en internet.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó él.

Elara sonrió y negó con la cabeza.

—No hace falta. Sé que odias recorrer los pasillos del súper. Deja, ya me encargo yo.

—¿Segura?

—Por supuesto, digo yo que sabré hacer la compra yo solita. En serio, déjalo de mi cuenta. ¿Qué te parece si mientras tanto tú y Liva hacéis algo juntos?

Fin asintió, miró sonriente a la niña.

—Suena bien. ¿Qué, Liva? ¿Te apetece una excursión en bici?

Liva abrió encantada los ojos.

—¡Sí! —gritó y propuso acto seguido unas cuantas de sus rutas favoritas—. ¿Podemos irnos ya?

Elara sonrió aliviada. Liva tenía mucho en común con Fin y, al igual que él, era un culo inquieto. Hubiese podido pasar tranquilamente por su hija biológica.

—Pues no se hable más —dijo Elara—. Yo voy a comprar, luego experimentaré en la cocina y os voy a preparar unos bocados riquísimos para la noche. Y vosotros, ¡procurad llegar famélicos a casa!

Tras haber guardado un sinfín de bolsas en el maletero del coche, constató risueña que había hecho la compra como para una familia numerosa. Para elaborar todo y evitar que se estropeara nada, tendría, efectivamente, que pasar el fin de semana metida en la cocina.

¿Y quién iba a comerse todo aquello?

¿Por qué no invito a unos cuantos amigos a casa?

Sin pensárselo más, cogió el móvil, buscó en los contactos y envió las invitaciones. Luego cerró el maletero y se sentó al volante.

Aún no se había puesto el cinturón cuando le llegaron las primeras reacciones al móvil. Henry y Tommy, una pareja gay y los mejores amigos de Fin, aceptaron encantados. Faltaban por confirmar Jon y Unni, la compañera de trabajo de Fin y su marido.

Satisfecha con la solución, a Elara le hacía ilusión que llegara la hora. Una buena comida, bebidas y conversación amena. Lo necesitaba con urgencia para recuperar cuanto antes la normalidad.

Sonriente y llena de expectativas arrancó el coche, sintonizó su programa de música favorito, subió el volumen y arrancó.

Al coger la salida hacia la carretera secundaria, se fijó en un coche que se acercaba a gran velocidad.

—Imbécil —murmuró y aminoró. Que la adelantara si consideraba que iba muy lenta.

Pero el conductor no hizo amagos de pasar a su lado. Siguió enfocado recto hacia ella, frenó fuerte, aminoró, quedó atrás.

—Pero ¿qué hace? —murmuró ella y observó el coche a través del espejo retrovisor. Era un coche blanco, con líneas elegantes, seguramente un BMW. Un SUV negro como el del otro día, no desde luego.

Respiró hondo, volvió a concentrarse en la carretera, hasta que el rugido de un motor la alarmó de nuevo.

Una mirada al retrovisor testimonió que tenía otra vez al bólido blanco pegado a su culo y que la estaba acosando con ráfagas de luces.

Pero ¿por qué no la adelantaría sin más aquel idiota?

Suspiró, bajó la ventanilla, sacó el brazo para indicarle por señas que lo dejaba pasar.

El conductor no reaccionó.

Volvió a aminorar, quedó algo retrasado.

Empezó a tener un mal presentimiento.

Por un instante se planteó llamar a Fin y pedirle consejo, pero luego desechó la idea. Seguiría e ignoraría a este imbécil.

Elara se sobresaltó en su asiento al volver a repetirse la jugada. El conductor aceleraba hacia ella, frenaba a pocos centímetros de distancia.

—¡Gilipollas de mierda! —gritó Elara furiosa.

Aunque era poco probable que el conductor la oyera, el grito la alivió.

Si vuelve a pegárseme, me fijo en la matrícula, decidió. Tragó nerviosa y trató de concentrarse en la carretera, pero los ojos se

desviaban una y otra vez hacia el retrovisor y al coche que llevaba detrás.

—¡Venga, imbécil! —murmuró y pisó el freno para irritar al otro con las luces de sus frenos. Una jugarreta que solía alarmar a cualquier impaciente.

Pero no pasó nada.

El coche siguió tranquilamente detrás de ella.

Mira, quién dijo que no se puede.

Elara se recostó satisfecha contra el respaldo del asiento, inspiró hondo.

Luego bocinazos.

Miró a través del retrovisor, pero no vio nada.

El coche blanco había desaparecido.

Quedó atenta, preparada a que volviera a aparecer de un momento a otro, se tranquilizó muy poco a poco.

De repente, vio por el rabillo del ojo algo claro. Gritó al ver el coche pegado a ella. por un momento quedó petrificada al bajarse la ventanilla y ver el perfil del otro conductor.

Por unos segundos el corazón dejó de latirle, luego se le desbocó.

¡Imposible! fue lo que le pasó por la cabeza antes de entrar en pánico. *¡No puede ser!*

Todo le daba vueltas.

¿Qué hacer?

¿Detenerse?

¿Acelerar?

Inspiró, notó cómo se le encogía el pecho por culpa del miedo.

Seguir, decidió. Agarró el volante con manos sudorosas y temblando y con tanta fuerza que los nudillos sobresalieron blancos.

Permanecieron en paralelo durante unos cuantos segundos, luego vino un camión en sentido contrario.

El coche blanco pitó unas cuantas veces, luego la adelantó –rozándola casi – y salió disparado.

Elara tardó un rato en asimilar que había desaparecido y con él, el peligro. Sin embargo, la tensión le pasó factura: las manos le

temblaban, el corazón estaba desbocado. Se acercó al arcén, puso los cuatro intermitentes, rompió a llorar.

Apenas una media hora después había sacado las últimas bolsas del maletero. Se sentó en la cocina, a pesar de la hora, se sirvió una copa de vino.

Mientras la iba bebiendo, repasó mentalmente los acontecimientos de las últimas horas.

Dos coches diferentes. Un SUV y un cupé.

Uno, un coche de alquiler cuyo conductor no había llegado a ver.

A diferencia del conductor del bólido blanco.

Por un breve momento había visto el perfil del conductor, creído haberlo reconocido. Pero ¿aquello era real?

Elara suspiró. Se había asustado, entrado casi en pánico. ¿Le habrían jugado los nervios una mala pasada? Aquel parecido, ¿no serían más que imaginaciones suyas?

Pero ¿por qué iba a hacerle un desconocido algo tan miserable? ¿Acosarla en carretera, provocarla hasta el punto de correr el riesgo de causar un accidente?

Solo existía una única persona con motivos como para acosarla de tal manera, de querer verla muerta incluso.

Pero era completamente imposible que esa persona la hubiera encontrado.

¿O estaba equivocada?

¿No habría tenido suficiente cuidado?

Liva…

Cerró los ojos, suspiró.

A pesar de tenerlo prohibido, ¿habría publicado su hija fotos suyas en internet?

Habían conversado en más de una ocasión largo y tendido sobre los peligros que albergaba internet. Le había regalado el móvil a su hija con una sola condición: cumplir las reglas básicas que le había inculcado. Y seguían en pie: nada de colgar fotos en internet, nada

de contactar con desconocidos, nada de redes sociales, excepto WhatsApp.

Elara sopesó si llamar a Fin, pedirle que volvieran a casa. Pero luego desechó la idea.

Ya trataría luego el tema con Liva, así como quien no quiere la cosa, y trataría de sonsacarla sin levantar sospechas.

¡Eso haría, sí!

Decidida a no dejarse intimidar, Elara empezó a guardar las últimas cosas. Tener la mente ocupada era lo mejor para distraerse y volver a pensar con claridad.

—Pero ¡qué bien huele! —gritó Fin y entró en la cocina para mirar por encima del hombro y ver qué estaba haciendo.

Ella se giró hacia él y se asustó al percatarse del caos que había montado.

El pastel estaba en el horno, en la cocina se estaba haciendo a fuego lento una sopa de pescado, la masa para el pan de ajo estaba preparada, pero la cocina parecía haber caído en manos de unos salvajes. Fuentes apiladas. Tres tablas de cocina repartidas porque no le había apetecido limpiar una para luego seguir usándola. La encimera llena de harina y ella misma parecía haberse rebozado en ella.

No le costó imaginarse la impresión que esto le causaba a Fin.

Sin embargo, él estaba radiante.

—Me he enterado de que esta noche hay fiesta.

Ella abrió mucho los ojos.

—¡Joder! Lo había olvidado por completo.

Fin se rio, la besó.

—Ve a darte una ducha. Ya me encargo yo de… de esto. —Miró a su alrededor, fingió una mueca de horror.

Ella se encogió de hombros, lo miró asustada.

—Estaba tan entretenida cocinando que el tiempo se me ha pasado volando.

—No te preocupes —la tranquilizó Fin—. Los invitados llegan dentro de media hora. Si te das algo de prisa, lo consigues. Además, estoy yo.

Ella asintió, se liberó del abrazo y se encaminó hacia el cuarto de baño. Al pasar delante de la habitación de Liva, llamó a la puerta.

—Entra —oyó la voz clara de su hija.

Accionó la manilla, metió la cabeza.

—¿Lo has pasado bien hoy?

Liva asintió.

Elara se acercó, se sentó en la cama, a su lado, le echó un vistazo al libro que tenía en la mano.

—¿Qué lees?

Liva frunció el ceño.

—Nada, mamá. Es mi diario, el que me regalaste por Navidad.

Elara asintió.

—Tienes razón y es privado, no es asunto mío, pero quería comentarte algo… —Se armó mentalmente para la conversación que tenía que afrontar.

Liva cerró el libro y puso una mano encima como queriendo proteger el contenido antes de alzar la mirada.

—¿Recuerdas las normas para meterte en internet?

—Sí. —Liva asintió despacio.

—¿Las has cumplido?

Su hija ladeó la cabeza, la miró expectante.

—Liva, por favor, dime la verdad, ¿sí?

La niña tragó, bajó la mirada avergonzada.

¡Oh, no!

A Elara se le revolvió el estómago.

—¿Qué has hecho exactamente?

—He abierto una cuenta en TicToc —dijo Liva con una voz apenas audible.

—Pero si lo habíamos hablado: nada de plataformas, nada de imágenes.

—Pero todas mis amigas tienen cuenta y hablan de los vídeos divertidos que hay. ¿Por qué me prohíbes todo lo que es divertido, mamá? ¡Tengo casi nueve años, ya no soy una jodida bebé!

—¿No ibas a ducharte? —les llegó desde la puerta. Fin alzó los ojos—. ¿Qué está pasando? —preguntó y entró en la habitación.

—Mamá está cabreada porque estoy en TicToc —se quejó Liva.

—Pensaba que había quedado claro —la regañó Elara y estrechó la mano en un gesto de exigencia—. Tu móvil. ¡Ahora mismo!

Liva abrió la boca, luego negó con la cabeza.

—¡Que te den!

—¿Cómo? —disparó Elara—¿Qué acabas de decir?

—¡Es mi móvil y no pienso dártelo! ¿Cómo voy a contactar con mis amigas y quedar con ellas?

Elara cogió aire.

—¡Lo hubieras pensado antes de romper las reglas!

Liva rompió a llorar, saltó de la cama, corrió hacia el escritorio. Luego le lanzó el móvil al pecho de su madre.

—¡Te odio! —gritó, salió corriendo de la habitación y se encerró en el cuarto de baño.

Fin se la quedó mirando pensativo, sacudió la cabeza.

—Creo que lo de la ducha se ha cancelado. —Luego se dirigió a Elara—. ¿Era necesario, cariño? A ver, ¿qué tiene de malo TicToc?

—No lo entiendes —logró articular Elara.

—Pues explícamelo —dijo Fin con voz suave, se sentó a su lado y le cogió la mano que iba intranquila de un lado para otro.

Elara cogió aire. Luego decidió que la cosa ya no podría ir a peor, así que empezó a narrar los hechos.

Durante un rato, Fin tan solo se la quedó mirando, luego se levantó despacio, fue hacia la ventana, parecía indeciso.

Al cabo de unos minutos se giró hacia ella.

—¿Estás segura de conocer al conductor?

—No al cien por cien. Todo transcurrió muy rápido y yo estaba en pánico. Es posible que no sea para tanto en ninguno de los dos casos. Puede que por culpa de los nervios haya visto algo que en realidad no estaba allí.

—Podría ser. Pero del mismo modo bien podría ser que no te equivoques y que tu marido te haya encontrado.

Elara tragó y trató de sostenerle la mirada a Fin.

—Pero eran dos coches diferentes… ¿Por qué iba a tomarse tantas molestias para confundirme? Sí, está cabreadísimo conmigo, seguramente loco de rabia…

—¿Pero? —preguntó Fin atento.

—Este ir y venir… no es su estilo. No encaja con él.

—Aun así, cariño. Llamemos a la policía. Más vale ir sobre seguro.

Ella palideció, negó con la cabeza.

—Nada de policía, ¿me oyes? Vamos a esperar, a ver qué pasa, ya decidiremos dentro de un par de días.

—¿Te estoy entendiendo bien? ¿No quieres que la policía se ocupe del asunto? —preguntó él, aparentemente confuso.

Ella inspiró, miró a Fin con ojos suplicantes.

—Sé que estás preocupado y que solo quieres lo mejor para nosotras. Pero, por favor, mi amor, de momento déjalo estar. Por nuestra peque, ¿vale? —Sabía que estaba siendo injusta y que apelar a su amor de padrastro era caer muy bajo, pero ¿acaso tenía otra alternativa?

—¿Estás completamente segura?

—Sí —contestó ella con decisión—. No quiero que Liva se asuste, ¿vale? Porque en ese caso, todos mis esfuerzos, habrán sido en vano.

SIETE

SYLT/WESTERLAND

Trata de parecer lo más normal posible. ¡Ni se te ocurra actuar como una histérica!

La voz en su cabeza repetía estas palabras como si fueran un mantra, hasta que, por fin, se detuvo el vehículo policial. Fue lo que le permitió a Hannah superar el trayecto durante el cual los agentes no habían hecho más que girarse hacia ella para ver cómo estaba. Seguramente para asegurarse de que no fuera a atacar al compañero que iba sentado a su lado.

Así al menos fue como interpretó ella aquellas miradas. Y eso que Hannah ya bastante tenía con lidiar consigo misma. Miró casi todo el tiempo por la ventanilla, concentrada en respirar con calma. Los dedos temblorosos los había escondido entre los muslos y fingido ser la calma personificada. Era consciente de que eso tampoco resultaba muy creíble dada la situación en la que la habían encontrado los agentes.

Pero ¿cómo si no iba a reaccionar? Su historia era a todas luces insólita.

Al llegar a jefatura, uno de los agentes le abrió la puerta y esperó a que se hubo apeado.

Luego los otros tres la escoltaron – ella en el medio – al interior del edificio y, una vez dentro, al ascensor.

Hannah notó los ojos de la mujer clavados en ella y le sonrió, con la esperanza de dar con un poco de complicidad femenina. Al abrirse las puertas del ascensor, salieron, recorrieron un pasillo oscuro hasta

que uno de los agentes abrió una puerta a la izquierda y le pidió que entrara.

—Siéntese, por favor —le indicó y señaló una de las sillas que había en la estancia.

Hannah hizo lo que le pidieron, miró al hombre.

—¿Y ahora? ¿Qué van a hacer para averiguar lo que le ha pasado a mi familia? El hombre en mi casa dijo que… —Se interrumpió, se quedó mirando la mesa que tenía delante.

—Vamos a ocuparnos ahora mismo de usted —le prometió el hombre—. Pero concédales unos minutos a mis compañeros, por favor. —Se calló, indeciso—. ¿Le apetece un café o un té? Tiene usted aspecto de necesitar urgentemente algo de beber.

Hannah negó con la cabeza.

—Lo que necesito son respuestas. ¡Nada más! Quiero saber qué está pasando, quiero saber dónde están mi marido y mi hija y quiero saber por qué hay un extraño viviendo en mi casa.

El hombre asintió y suspiró.

—Discúlpeme un momento.

Salió, la dejó sola. Tan solo pudo oír un murmullo apagado de voces. Seguramente prefería hablar por teléfono fuera en el pasillo porque le resultaba incómodo esperar con ella a solas el regreso de los compañeros.

Como si ella fuera un monstruo.

Suspiró, trató de organizar sus pensamientos. Cosa que obviamente no consiguió. En su cabeza reinaba el caos absoluto.

Había tantas posibilidades…

Podía ser que, efectivamente, hubiera tenido un accidente, que hubiera sufrido una lesión cerebral por culpa de la cual lo confundía todo.

¿Se habían mudado y ahora no lo recordaba?

¿Se habían separado ella y Rubén y ahora su subconsciente lo negaba?

¿Y por qué no estaba con Zoe?

Todo aquello no tenía ningún sentido. Pero lo que había dicho el hombre que ocupaba su casa, menos.

¿Rubén y Zoe muertos?

Hannah soltó una risa que se transformó en un llanto de desesperación.

Llamaron a la puerta, esta se abrió y un agente uniformado que no reconoció entró en la sala. Lo seguía una mujer vestida de civil y cara de gran preocupación.

—Soy el inspector jefe Matthias Waldmann y esta es Jenna Gärtner —se presentó el agente—. La señora Gärtner es nuestra psiquiatra.

Hannah se obligó a sacar las manos de entre los muslos, les tendió a ambos la derecha.

Matthias Waldmann y Jenna Gärtner tomaron asiento frente a ella y la miraron atentos.

—Por favor, vuelva a contarnos todo desde el principio —le pidió Waldmann—. Quién es usted, qué recuerda y por qué se presentó en la casa de la familia Sommer y armó tanto alboroto.

Hannah cogió una bocanada de aire.

—¡Esa es mi casa, maldita sea! La compré hace unos años y después se vino Rubén, mi marido, a vivir también a ella. Tuvimos a nuestra hija Zoe y todo iba bien. Me ausenté tan solo tres días por trabajo, he vuelto hoy, quería irme a mi casa. Pero no encontré mi coche en el *parking*. Lo busqué como loca y nada. Entonces me di cuenta de que alguien me había robado el bolso y el equipaje. Así que me encontré sin cartera, sin móvil. Quien me haya llevado los bolsos, está ahora en mi coche rodando por ahí tan campante. Y por si eso fuera poco, me encuentro con extraños viviendo en mi casa.

Jenna Gärtner la miró muy seria.

—¿No se da cuenta usted misma de lo raro que suenan sus explicaciones? ¿Tres días de viaje de negocios, un atraco y luego, de repente alguien viviendo en su casa? A mí eso todo me suena muy rebuscado. ¿Usted qué opina?

Hannah se quedó mirando fijamente a la psiquiatra, notó que le empezaban a temblar los dedos, que se le cerraba la garganta.

—Pero es que fue así —insistió.

—¿Y su nombre? ¿Quién es usted? —le preguntó la psiquiatra.

—Como ya he repetido un montón de veces, soy Hannah Schwarz.

Waldmann negó levemente con la cabeza, un gesto que enfureció a Hannah.

A punto de decirle algo al agente, se abrió la puerta y otro policía más entró en la habitación. Llevaba varios archivadores, los dejó en la mesa frente a sus compañeros, luego la miró a ella. Al cruzarse sus miradas, ella vio que los ojos de él se abrieron mucho.

Me conoce, se le pasó por la cabeza.

—Hannah —soltó él, completamente confundido, apartó los ojos de ella para mirar a sus compañeros y luego otra vez a ella.

—¿Conoce a esta mujer? —preguntó Jenna.

Él asintió.

—Es Hannah Schwarz. Está un poco más delgada, ha cambiado de peinado y de color de pelo, pero sin lugar a duda: esta es Hannah.

—¿De qué nos conocemos? —preguntó Hannah excitada.

—Por Rubén —explicó él—. Tu marido y yo trabajamos juntos hace mucho tiempo. Antes de que os conocierais. Rubén estaba convencido de que iban a ascenderlo, pero al final no fue lo que pasó. Le dieron el puesto por el que él llevaba tanto tiempo peleando a una compañera, lo que le sentó fatal a Rubén. Así que nos dejó, consiguió empleo en el sector privado. De guardaespaldas para ser más exactos. El resto me imagino que ya lo sabes.

Hannah asintió.

—Nos conocimos así. Yo por aquel entonces tenía un acosador y estaba muy asustada. Aquel hombre me perseguía a todas partes, incluso a mis actuaciones en otras ciudades. Pero la policía no podía hacer nada mientras que no se me acercara de manera inapropiada. De algún modo di con esta empresa de seguridad que ofrecía protección personal y conocí a Rubén. Él se hizo cargo de mi caso y consiguió que aquel loco me dejara en paz.

El policía recién llegado asintió, miró a su compañero, luego a la psiquiatra.

—Estoy completamente seguro de que esta mujer es Hannah Schwarz. —Al mirarla de nuevo, ya no estaba nervioso, sino que la miró con compasión y también con un poco de desconfianza. Luego

hizo un gesto de asentimiento hacia su compañero y se fue sin articular ni una palabra más.

Durante un instante, reinó el silencio, luego fue el agente quien lo rompió.

—Ahora que hemos aclarado su identidad, surge otra cuestión: ¿dónde demonios ha estado todo este tiempo?

—¿Qué tiempo? —Hannah sacudió confundida la cabeza—. Se lo acabo de decir. Estuve de viaje, por trabajo. Mi orquesta tenía una actuación en Múnich. Soy saxofonista y de vez en cuando también toco el violín. Mi padre es cantante de ópera y un pianista muy famoso. Estoy segura de que ha oído hablar de él. Vive con mi madre en Usedom porque no les gusta el ajetreo de aquí. Desde que tuvo el infarto está más delicado y ha colgado los hábitos. Ahora lo único que quiere es llevar una vida tranquila junto a mi madre. Y esa es la razón de por qué no lo he llamado, ¿entiende? No quiero que se altere ni que se preocupe por mí.

Waldmann se la quedó mirando, luego cogió una carpeta, la hojeó. Luego cogió otra, también la estudió con detenimiento. Al alzar los ojos, la miró con recelo.

—Tengo una única pregunta para usted, Hannah. ¿Me permite?

Ella asintió, se recostó.

—¿En qué año estamos?

—Pero ¿a qué viene esa pregunta? Esto es una estupidez.

—Hannah, por favor —intervino Jenna Gärtner—. Conteste a la pregunta de mi compañero.

Hannah tragó, asintió resignada.

—Hoy es el 27 de junio del 2014. ¿Contentos?

El agente y la psiquiatra intercambiaron miradas, se hicieron un gesto de asentimiento.

—¿Qué pasa? —preguntó Hannah, con un tono de voz un poco agudo de más. El comportamiento de los policías estaba empezando a asustarla.

—Tenemos que llevarla cuanto antes al hospital. —Jenna Gärtner la miró muy seria—. Sospecho que ha sufrido una lesión en la cabeza, Hannah. No hay otra explicación.

—Pero ¿explicación para qué? —gritó Hannah desesperada.

El inspector jefe Waldmann la miró indeciso, como planteándose si encasillarla de peligrosa o si sentir lástima por ella.

—Lo que está diciendo —explicó acentuando cada una de las palabras, como si estuviera hablando con una loca—, no tiene ningún sentido. Hannah Schwarz, o sea, usted, desapareció hace cinco años sin dejar rastro, al igual que su marido Rubén y su hija Zoe. Eso fue en septiembre del 2018, ¡hace hoy exactamente cinco años!

OCHO

NORUEGA/REINE

—¿Por qué no me acompañas, cariño? —Fin la atrajo suavemente hacia él.

—Me encantaría, pero no puedo dejar a Liva sola.

—No tienes por qué. He hablado con los padres de Suvi. No les importa en absoluto que Liva pase dos días con ellos. Y a las chicas les molaría.

Elara se soltó del abrazo, lo miró consternada.

—¿Les has pedido a los padres de Suvi que cuiden de mi hija sin habérmelo consultado antes?

Fin frunció el ceño.

—¿Qué tiene de malo? Necesitas un respiro. Lo sabes. Y Liva se las puede arreglar muy bien sin ti durante un par de días. Si le dices que puede pasar la noche con su mejor amiga va a ponerse muy contenta.

Elara estudió el rostro de Fin. Entonces, por fin, lo entendió.

—¡No me crees! Crees que me estoy volviendo loca y que no son más que imaginaciones mías…

—¿Qué imaginaciones? —preguntó Fin.

—Pues lo del coche, por ejemplo, el que me siguió, el imbécil del bólido blanco. Y antes de eso, el SUV. Crees que me lo estoy imaginando.

Fin carraspeó incómodo.

—Te creo, cariño, en serio, pero creo que no te fías de ti misma, o mejor dicho, de tu propio juicio.

—¿De dónde sacas eso?

—Si realmente te parecieran tan peligrosas esas dos situaciones, incluso ahora, varios días después, no estarías tan en contra de llamar a la policía.

—Tengo mis razones.

—Sí, que no quieres llamar la atención sobre vosotras y que no quieres preocupar a Liva. Pero, a ver, en serio, si te asustase de verdad la posibilidad de que tu ex os hubiera encontrado, aceptarías y pedirías ayuda. Así que concluyo que tienes tus dudas.

Elara apartó la mirada, bajó la cabeza. No podía recriminarle a Fin que pensara de esa manera. Al igual que entendía sus razonamientos. Al fin y al cabo, no conocía toda la verdad.

Suspiró, se obligó a exhibir una expresión neutral.

—Tienes razón —admitió—. Estos últimos días no ha habido ningún incidente más y he estado pensando. Puede que efectivamente solo fuera un turista al volante del SUV y que el conductor del coche blanco no fuera más que un gilipollas que pensaba que yo iba demasiado lenta. Es posible que el parecido con mi ex no hayan sido más que imaginaciones mías.

Fin asintió, le cogió la mano.

—¿Lo ves?

—Espera, hay algo más. Que no quiera involucrar a la policía no tiene nada que ver con que no esté segura.

—¿Entonces?

—En el pasado acudí a menudo a la policía, en busca de ayuda, pero siempre en vano. Por eso ya no confío en ellos. Lo único que hacen es levantar mucho polvo y empeorarlo todo. No, no quiero volver a pasar por eso.

Fin asintió serio.

—Puede que fuera así en Oslo, pero en los agentes de aquí, en estos puedes confiar, créeme.

Elara tragó. Luego cuadró los hombros.

—Irme ahora contigo, olvidarlo todo durante un par de días, suena muy tentador, pero no dejaría de ser una huida. Y estoy harta de huir, ¿lo entiendes? Quiero afrontar mis problemas, tratar de hacerles frente. Tal vez debería buscar ayuda profesional. Alguien

con quien hablar de vez en cuando sobre lo acontecido. No solo estas últimas semanas, sino a lo largo de los últimos años. Nunca dejé del todo atrás la historia con mi ex. Nunca acudí a terapia. Nunca digerí de verdad nuestra separación. Y antes de que tú y yo tratemos el tema hijos, quiero finiquitar mi pasado. Ya sabes, borrón y cuenta nueva.

Fin abrió mucho los ojos, la miró radiante.

—¿En serio te lo has planteado?

—Claro que sí. Si te quiero.

La atrajo hacia él, la abrazó con fuerza, le dio un beso en la frente, luego la apartó sin soltarla, la estudió pensativo.

—¿Así que vas a buscarte una terapeuta durante mi ausencia?

—Prometido.

—¿Y si vuelve a surgir una situación como la del otro día?

—¿Quieres decir que si de verdad hay alguien que me la tiene jurada?

Fin asintió.

—En ese caso haré todo lo que esté en mis manos por protegernos a Liva y a mí.

—¿Llamarás a la policía?

Elara asintió aunque se había referido a otra cosa. Pero esta era la única manera de conseguir que Fin dejara de insistir en lo de acompañarlo.

—Vale —murmuró él, la acercó, la besó.

—¿Cuándo tienes que irte? —preguntó ella sonriendo.

—¿Esa pregunta tiene segundas intenciones?

Ella se encogió de hombros, miró hacia atrás.

—Liva está en el cole, tenemos la casa para nosotros solos.

Él esbozó una sonrisa pícara.

—En ese caso… —La cogió de la mano, la arrastró detrás de sí hasta la primera planta, que era donde se encontraba su dormitorio.

Elara estaba sentada a la encimera de la cocina, tomando una taza de café y reflexionando sobre su decisión de quedarse. Unos cuantos días alejadas del entorno familiar seguramente que le hubieran sentado bien tanto a Liva como a ella. Además, le encantaba estar con Fin, aun cuando se trataba de una excursión reservada y él tuviera que trabajar.

¡No!, se dijo decidida. Tenía que hacerlo, asegurar que sus sospechas no se mantenían en pie, que su pasado en forma de ex no la había alcanzado aún. Y si sí, en breve tendría que tomar una decisión que cambiaría sus vidas.

Acabó el café, miró el reloj. Tocaba recoger a Liva al colegio.

De camino al colegio, Elara pensó con qué mimar un poco a Liva. Tal vez una velada con peli, *pizza* y galletas recién horneadas, pero para ello tendrían que pasarse antes por el súper.

Una vez en el colegio, vio a su hija en medio de un grupito de niñas y dio un bocinazo para llamar su atención.

Liva se giró hacia ella, colgó la mochila al hombro y vino corriendo con cara de pocos amigos.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó Elara después de que Liva se hubo sentado y abrochado el cinturón sin decir ni una sola palabra.

—¿Por qué no te has ido con Fin?

—¿Quieres librarte de mí? —Elara trató de suavizar con un comentario jocoso la dura acusación.

Pero Liva siguió de morros.

—Siempre lo estropeas todo —se quejó—. Con lo bien planeado que lo tenía todo. Suvi me dijo que Fin había llamado a su mamá y que le había preguntado si podía quedarme con ellos un par de días.

Elara suspiró para sus adentros. Había albergado la esperanza de que Helena no contara nada. Así se hubiera evitado esta discusión con Liva.

—Pensaba que estaría bien que tú y yo pasáramos algo de tiempo juntas, para variar. Solas tú y yo.

Liva hizo una mueca.

—Hubiese preferido quedarme con Suvi. Íbamos a hacer una fiesta de pijamas.

—Pero si mañana hay cole —respondió Elara mirando por el retrovisor—. No es que quiera ser una aguafiestas, pero una fiesta así es más bien algo para el fin de semana, ¿no te parece?

Liva la miró con malos ojos, luego giró la cara hacia el otro lado, con expresión tozuda.

Genial, pensó Elara. ¡Eso en cuanto a velada relajada!

Suspiró y admitió mentalmente que su decisión de rechazar la invitación de Fin la había tomado pensando en ella misma y no en Liva. Si seguía así, pondría a su hija cada vez más en su contra.

—¿Quieres quedarte esta noche con Suvi? —preguntó dejándose llevar por una inspiración espontánea.

Liva giró la cabeza, le sostuvo la mirada y asintió desconfiada con la cabeza.

Elara hizo de tripas corazón.

—Está bien. Nos vamos a casa, preparas la mochila con un par de cosas y luego te llevo. ¿Vale?

—¿En serio? —preguntó Liva completamente estupefacta.

—Sí, en serio —repitió ella sonriendo—. ¿A que no soy una aguafiestas tan horrible?

Liva le lanzó un beso por el retrovisor.

—Pero solo esta noche, ¿entendido? Mañana duermes en casa, así podré disfrutar de ti al menos un día.

Apenas hubo apagado el motor, ya estaba Liva saltando del coche.

—¡No olvides tu cepillo de dientes! —le gritó Elara y fue a coger la mochila del colegio del maletero. Luego la siguió apresurada y abrió la puerta de casa. Liva pasó a su lado corriendo, pero ella quedó allí parada.

Tuvo la sensación de estar siendo vigilada. Resultaba difícil de explicar, pero aquel sexto sentido ya la había ayudado en más de

una ocasión a no pasar por alto algo importante.

¿Había cerrado el coche con llave?

Se dio la vuelta hacia el coche, pulsó el botón del cierre centralizado y vio los faros iluminarse por un breve momento. Luego hizo un barrido visual y lo vio…

El hombre estaba de pie a unos veinte metros del sendero que llevaba a su casa. Estaba apoyado relajadamente contra un coche blanco, fumando. Sus miradas se cruzaron.

De golpe le entraron arcadas.

Por una milésima de segundo creyó haber perdido el control de sus extremidades.

¿Qué hacer?

¿Meterse corriendo en casa, atrancar las puertas o hacerle frente? Fue la rabia la que salió vencedora.

Emitiendo un grito de furia corrió hacia él.

Casi a su altura, él le dedicó una sonrisa amable.

Ella se detuvo de golpe, reconoció que era mucho más joven que el hombre en el coche del otro día.

Aun así le espetó:

—¿Qué hace aquí?

El hombre sonrió como si estuviera pasándoselo en grande.

—Soy mensajero y vengo a entregar algo.

—¿Cómo dice? ¿A quién? —preguntó una Elara desconfiada—. Aparte de nosotros no vive nadie más aquí. La gente de la casa de al lado solo viene algún que otro fin de semana en todo el año.

Lo mismo pasa con la casa de atrás. Los dueños solo vienen en las vacaciones y algún fin de semana suelto.

El hombre se encogió de hombros.

—Pues entonces supongo que el mensaje debe de ser para usted.

—¿Cómo dice?

—¿No está al tanto?

Elara negó con la cabeza.

—¿Mamá? ¿Qué pasa? —gritó Liva de repente desde atrás—. ¿Has sido tú la del grito?

Se giró de golpe hacia su hija.

—Métete ahora mismo en casa, ¿entendido? ¡Ya!

Aquel tono de voz duro hizo que Liva se sobresaltase.

—Pero ¿qué pasa?

—Nada, cariño —consiguió emitir Elara con una voz más suave—. Y ahora haz lo que te digo. ¡Métete ahora mismo en casa!

Al ver que su hija se metía dentro, aunque con gesto enfurruñado, Elara se dirigió de nuevo al hombre.

—Y ahora usted. ¿Quién lo ha contratado?

—Un cliente masculino. Llamó por teléfono y me dijo que me acercase esta tarde por aquí y que esperase hasta que viera a una mujer venir hacia mí y me preguntara que qué estoy haciendo aquí.

Elara lo miró sin dar crédito.

—¿Y después?

—Después he de decirle que ya queda poco para que se acabe… ni idea de lo que significa. —El joven se rascó detrás de la oreja, parecía bastante incómodo—. ¿Para usted tiene algún sentido?

Elara negó con la cabeza.

—El hombre del teléfono, ¿ya lo había visto antes en persona?

El mensajero negó mudo.

—Lo dicho, el encargo entró por teléfono. Al principio ni quise aceptarlo. Me resultó raro, todo. Pero luego me dijo cuánto iba a pagarme y me mandó la pasta por transferencia exprés. Y claro, acepté.

A Elara le costó tragar.

—Así que el mensaje es que pronto habrá acabado.

El mensajero asintió.

—¿Y qué hubiera pasado si no me hubiera acercado y hubiera llamado a la policía?

—Eso también se lo pregunté yo al tío del teléfono, pero estaba convencidísimo de que usted no llamaría a la poli. Dijo que le tiene usted demasiado cangue a la pasma.

—¿Y si no me hubiese acercado y me hubiese metido en casa sin más?

—Mi encargo era quedarme aquí de pie y esperar. En el peor de los casos, hasta la noche. El cliente dijo que la conoce bastante bien y que tarde o temprano se hartaría. Pero aunque no viniera junto a

mí y no pudiera transmitirle el mensaje, bastaba con que me quedara aquí, para recordarle a usted que hay alguien ahí fuera que piensa en usted.

Elara emitió un jadeo, miró al joven.

—¿Cuánto ha dicho que le pagó?

—No creo que eso sea asunto suyo.

—¿Más de diez mil coronas? —Elara fue consciente de que el pánico iba a menos y que la rabia estaba tomando el mando.

El mensajero esbozó una sonrisa malvada.

—Fueron incluso doce mil coronas. Eso es lo que gano en dos semanas, con suerte.

—¿Y declararía esto mismo ante la policía?

—Ya estoy harto. Hice lo que se me dijo que hiciera. Ahora actúe usted como le dé la gana. Yo me piro…

El hombre tiró la colilla, abrió la puerta del piloto, se sentó al volante y arrancó el coche.

—Por cierto, una cosa más. —Se inclinó por encima de la ventanilla abierta—. En caso de que alguien venga preguntando, voy a negarlo todo. Yo nunca he estado aquí ni la conozco.

NUEVE

SYLT/WESTERLAND

Al abrir los ojos vio un rostro con los rasgos borrosos al principio, al igual que el entorno. Tan solo reconoció que ya no estaba en la habitación de jefatura.

—Muy bien. ¡Ha vuelto! —explicó el hombre con voz suave—. Se desmayó usted. Yo soy Jens Schäfer, médico de urgencias. Se encuentra usted en una ambulancia camino al hospital. Los agentes que la estuvieron interrogando temen que haya sufrido usted un traumatismo craneal.

A Hannah le daba todo vueltas. Sintió que la invadían las náuseas.

Luchó desesperadamente por recordar cómo había podido acabar así, pero no era capaz ni de mantener los ojos abiertos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó arrastrando las palabras.

—A nuestra llegada acababa usted de recuperar la conciencia y empezó a dar golpes a diestro y siniestro. Nos hemos visto obligados a inyectarle un calmante. Si nota que tiene un poco de sueño, seguro que es por eso.

Hannah trató de asentir con la cabeza.

—Es como si me hubieran rellenado la cabeza con algodón.

El médico sonrió.

—Eso se le pasará enseguida. En el hospital van a examinarla a fondo, lo cual podría llevarles un par de horas. Pero después sabremos al menos qué le pasa y podremos ir directamente a por ello y encargarnos de que se encuentre mejor.

Hannah cerró frustrada los ojos, sin embargo, en vez de encontrar paz y descanso, recordó fragmentos de la conversación…

…Desapareció hace cinco años sin dejar rastro, al igual que su marido Rubén y su hija Zoe. Eso fue en septiembre del 2018, ¡hace hoy exactamente cinco años!

¿Cinco años?

Su cabeza trabajaba a toda máquina. ¿Qué significaba eso?

Si había desaparecido hacía cinco años, o sea, en el año 2018, ahora estaban en el 2023…

Jadeó, oyó un pitido mecánico y agudo, notó la mano del médico aun antes de abrir los ojos.

—Tranquilícese, señora Schwarz. Se le están disparando las pulsaciones. No me gustaría nada tener que inyectarle otra dosis. Respire con calma, concéntrese solo en su respiración.

Ella lo intentó, pero estaba demasiado nerviosa. Las lágrimas inundaron sus ojos.

—Esto es una pesadilla —balbuceó.

—Tranquila, respire —volvió a decirle la voz tranquilizadora. Se dejó llevar por el sueño que la hizo olvidar todo a su alrededor.

Hannah fue consciente de que le habían extraído sangre y de que la habían examinado en busca de lesiones externas y fracturas. Luego le habían hecho una resonancia magnética, tras lo cual había intentado contestar a un sinfín de preguntas.

Todo ello había transcurrido envuelto en una espesa capa de niebla.

Hasta llegar a aquella pregunta que le había hecho la agente y que le había metido el miedo en el cuerpo.

¿Cómo era posible que hubiera olvidado años enteros de su vida?

Tiritando de frío tiró de la manta que la cubría hasta la punta de la nariz. El frío se debía al estado de *shock* o a los efectos secundarios del medicamento, le había explicado el médico.

—¿Señora Schwarz?

Giró la cabeza hacia la enfermera que le había hablado.

—Ahora voy a llevarla a su habitación.

—¿Tengo que quedar internada en el hospital?

La enfermera asintió.

—Dentro de un rato vendrá el médico y le explicará todo.

—¿Estoy enferma? —preguntó Hannah—. ¿Tengo un tumor cerebral? ¿Qué me pasa?

—A mí no me está permitido hablar de los diagnósticos —explicó la enfermera—. El médico la atenderá pronto.

Hannah soltó frustrada un taco, cerró los ojos resignada cuando la enfermera soltó los frenos de la camilla y la llevó por el pasillo hasta el ascensor.

—Tiene usted suerte —le explicó la enfermera al meter la camilla en la habitación—. Le ha tocado una habitación para usted solita.

Hannah abrió los ojos, miró a su alrededor.

—¿Suerte? Mi familia está sabe Dios dónde y yo seguramente esté loca de atar o desahuciada, ¿y usted me dice que tengo suerte? ¿¡Solo por tener una habitación de hospital para mí sola!?

La joven se ruborizó, se mordió los labios como tratando de controlarse. Sin decir ni una palabra más, posicionó la cama, accionó los frenos y salió huyendo de la habitación.

Hannah se maldijo por aquella explosión emocional. Al fin y al cabo, no era culpa de la enfermera que ella se encontrara en este estado. La chica solo había querido ayudar y animarla.

Alguien llamó a la puerta, se giró hacia ella.

Entró una mujer de mediana edad, seguida de un joven, ambos con bata blanca y saludándola con un gesto amable.

—Buenas tardes, señora Schwarz. Este es mi colega el doctor Michaelis. Yo soy la doctora Krug. Hemos traído los resultados de sus

análisis y nos gustaría comentarlos con usted. ¿Se encuentra con fuerzas para una breve conversación?

Hannah asintió. El nerviosismo hizo que todo su cuerpo se contrajera.

—He oído que teme usted tener un tumor.

Hannah asintió tímidamente.

—¿Es así?

—En cuanto a eso, puede quedar tranquila —contestó la Dra. Krug—. Físicamente está usted completamente sana. Nada de tumores ni de traumatismo craneal ni lesiones internas.

Hannah respiró aliviada, miró a la médica.

—Gracias —murmuró—. Pero entonces ¿por qué tengo un lapsus de memoria que abarca varios años? No recuerdo nada de lo ocurrido después del 2014.

—Eso vamos a descubrirlo —respondió el Dr. Michaelis—. ¿Qué es lo que recuerda?

—¿Recordar? Difícil de decir. Solo puedo contarle lo que consigo explicar en base a lo que he ido descubriendo.

La Dra. Krug la animó con un gesto de la cabeza, el médico más joven alzó por un breve momento los ojos del *iPad* que sostenía en la mano.

—Hable libremente. Cualquier información que nos comunique nos ayudará, tanto a nosotros como a usted, a arrojar algo de luz sobre el asunto.

—Vale. Si he hecho bien los cálculos, ahora tengo treinta y nueve años, pero no me siento así. Es como si todavía tuviera treinta. —Se interrumpió, cogió aire—. Tampoco entiendo por qué no recuerdo nada de los años transcurridos en este intervalo. Debería saber dónde se encuentra mi familia, dónde está mi hija… —Hannah se calló, notó que algo en su interior se rompía—. Mi hija… Zoe… ya no es un bebé… ¿Qué edad tiene ahora? ¿Nueve?

La Dra. Krug asintió, se acercó a ella, le apretó suavemente el brazo.

—Tómese su tiempo. No se presione. Solo conseguirá empeorarlo todo. Lo que usted sufre, es decir, esta gran laguna mental, es lo que llamamos amnesia postraumática o también amnesia disociativa.

—¿Y eso qué significa exactamente? ¿Por qué tengo yo esa enfermedad?

—Enfermedad no es la palabra correcta —le explicó la médica sonriendo—. Se trata de un trastorno transitorio del cerebro, desencadenado por un trauma, es decir, un *shock* masivo que seguramente haya sufrido.

—¿Un *shock*? No lo pillo. ¿A qué se refiere?

La médica la miró con empatía.

—Los agentes nos contaron que estaba usted confusa y que se encontraba en un estado de desolación cuando la recogieron. Llevaba usted la ropa sucia y usted también lo estaba. Parece que le ha ocurrido algo que usted tampoco recuerda, pero que es el causante de su estado actual. Ahora tenemos que tratar de recuperar estos recuerdos, ¿entiende?

—¿Y cómo?

—Pues eso ya se verá. Lo importante es que nos ayude.

—¿Y cómo?

—Tendrá usted que colaborar de manera activa porque, si no, dadas las circunstancias, podría llevarnos varios años conseguir que vuelva usted a ser la misma de siempre.

Hannah miró estupefacta a la médica.

—¿Ha dicho años?

La Dra. Krug hizo una mueca.

—Los casos como el suyo son muy poco comunes y cada caso es un caso aparte y ha de tratarse y valorarse de manera individual y personalizada. Ahora solo cabe esperar lo mejor y probar diferentes enfoques. A veces resulta útil la hipnosis, en otras ocasiones, una terapia conversacional intensiva y en otros, al cabo de un tiempo, los recuerdos vuelven por sí solos. Lo importante ahora es mantener la calma y, sobre todo, no exigirse demasiado. Esto mismo se lo he explicado también a los agentes.

—¿La policía está aquí?

La médica asintió.

—No se preocupe. Voy a decirles que se vayan y me voy a encargar de que no vuelvan hasta que se encuentre usted mejor.

Hannah sacudió la cabeza con tanta fuerza que hizo crujir el cuello.

—¡Quiero hablar con la policía! ¡Ahora mismo!

—Es una mala idea —la avisó el Dr. Michaelis.

Hannah se incorporó, miró alterada a los dos médicos.

—¡Eso aún lo decido yo! ¿O acaso estoy retenida como prisionera?

—Por supuesto que no. Por favor, tranquilícese —trató de convencerla la Dra. Krug—. Solo queremos protegerla y cuidarla.

—¡Eso no será necesario! —decidió Hannah—. ¿O va a decirme que, si se tratara de su familia, permanecería usted tan tranquila, sin mover ni un solo dedo, en vez de averiguar lo que les pudo haber pasado?

La Dra. Krug titubeó, miró interrogante a su compañero, el cual le hizo un gesto de asentimiento. Luego asintió ella suspirando.

—Está bien —accedió, aunque no parecía muy contenta—. Voy a dejar pasar a uno de los agentes, ¿de acuerdo? Pero solo unos minutos. Luego tendrá que descansar sí o sí.

Hannah se sobresaltó al oír las voces alteradas que llegaban desde el pasillo. Al cabo de un solo segundo se abrió la puerta. Entró una mujer que pasó precipitadamente junto a los médicos.

La mujer estaba muy alterada y temblaba de rabia. Aun así, lo único que sintió Hannah fue alivio al verla.

—¡Miriam! —soltó—. ¡Por fin una cara conocida!

No pudo decir más. Jenna Gärtner, la agente, apartó a la persona furiosa y trató de sujetarla del brazo.

—¿Conoce a esta mujer? —quiso saber la Dra. Krug.

Hannah asintió, con lágrimas de alivio en los ojos.

—Esta es Miriam, la madre de Rubén. ¿Entiende? Es mi suegra.

Miriam soltó una carcajada histérica, que sonó más bien a chillido.

—¡Y una mierda, maldita hija de puta! —Se soltó de la policía, corrió hacia la cama de Hannah, empezó a darle puñetazos—. ¡Dilo, loca! ¿Qué les has hecho, puta, a mi niño y a mi nieta?

Hannah, que trataba de protegerse la cara y la cabeza con los brazos, miraba confusa a la mujer furibunda.

Mientras tanto, Jenna Gärtner intentaba alejar y controlar a la suegra, pero no fue hasta que acudió Matthias Waldmann en su ayuda, que consiguieron apartarla y sacarla a rastras de la habitación.

—¿Está bien? —preguntó el Dr. Michaelis preocupado mientras que la Dra. Krug intentaba recostar con suavidad a Hannah.

Hannah asintió con la cabeza, todavía muy confusa, cuando se volvió a abrir la puerta y regresó la agente.

—Lo siento muchísimo —se disculpó—. Su suegra nos apartó hecha una furia. No pudimos reaccionar a tiempo y detenerla.

Hannah, que seguía sin entender lo que acababa de pasar, tragó sin poder dar crédito.

—¿A qué se refería? ¿Qué se supone que les he hecho a Rubén y a mi bebé? ¿Dónde está Rubén? ¿Dónde está Zoe? ¿Les ha pasado algo?

Jenna Gärtner resopló, luego cogió una de las sillas que había debajo de una mesa junto a la ventana, se sentó intercambiando miradas tácitas con los médicos, que las dejaron solas.

—Resulta difícil de explicar —comenzó—. Por aquel entonces yo todavía no estaba en este equipo. Lo que sé lo he sacado del expediente y las actas. Según nuestros datos, su marido Rubén desapareció. Y de eso hace cinco años, al igual que usted. Solo que, de repente, usted volvió a aparecer, hoy mismo.

Hannah se quedó mirando con la boca abierta a Jenna, sin saber al principio qué decir.

—¿Qué significa eso exactamente? Nadie puede desaparecer sin más. —De repente recordó lo que le había dicho el extraño que estaba en su casa. Miró con ojos húmedos a Jenna—. Me está ocultando algo, ¿verdad? Hay más, ¿tengo razón?

Jenna pareció reflexionar.

—Está bien. Voy a contarle todo lo que he descubierto. Cuando desaparecieron usted, su marido y la hija que tenían en común, mis compañeros estuvieron durante mucho tiempo buscándolos. Durante semanas, más bien meses, lo intentaron todo. De verdad.

—¿Y? —Hannah esperó con la tensión reflejada en el rostro—. Digo yo que darían con alguna pista, algo.

—Y tanto —admitió la agente—. Al principio encontraron su coche. No aquí en Sylt, sino en el sur de Alemania. Habían quitado las matrículas, seguramente para evitar dar con el propietario. Se encontró una gran cantidad de sangre humana en el maletero. Para cuando tuvo lugar el hallazgo, la sangre ya estaba seca, aun así se pudo analizar. La sangre coincidía con la de su marido. En el interior del coche se encontró cabello de usted y de su hija pequeña, además de fibras dérmicas y escamas. O sea, mis compañeros sabían que se trataba de su coche.

—¿Dónde lo encontraron exactamente?

—Estaba en las instalaciones de una fábrica abandonada. Mis compañeros partieron de la base de que, al menos a su marido, le había pasado algo y pusieron en marcha un gran dispositivo de búsqueda. Se buscó no solo el cadáver de su marido, sino también el suyo y el de la niña. Sin resultados. Mis compañeros hablaron con las personas de su entorno más cercano, obteniendo las primeras pistas.

—¿Pistas? ¿Sobre qué?

—Pues que el matrimonio estaba en crisis. Que su marido se había vuelto violento, que la tenía oprimida y controlada y que la maltrataba. Contaban que usted tenía pensado abandonarlo. Finalmente, mis compañeros descubrieron que llevaba usted retirando de su cuenta corriente dinero cada mes desde hacía dos años. Dinero que no apareció por ningún lado. Los compañeros al cargo de la investigación supusieron que lo había transferido usted a una cuenta en el extranjero, lo cual confirmaba la hipótesis de que planeaba usted dejar a su marido.

Hannah sacudió la cabeza sin poder dar crédito.

—¿No lo recuerda? —preguntó la policía.

—No, nada de todo eso.

—Los compañeros siguieron investigando y a los tres meses de su desaparición dieron con otra pista que señalaba a una fuga planificada… —Jenna se interrumpió, cogió aire—. En esta ocasión la pista era un accidente. Según un testigo, usted creía que su marido estaba involucrado.

—¿Qué accidente? —Hannah negó con la cabeza—. No estoy al tanto.

Jenna la estudió, como para asegurarse de que realmente no lo recordaba.

—El accidente de sus padres, Hannah.

Hannah sacudió la cabeza perpleja.

—¿Eso tampoco lo recuerda?

Hannah se quedó sin aliento y de repente la inundó un frío helador.

—¿Mis padres? —preguntó con la voz entrecortada—. ¿Tuvieron un accidente?

Jenna asintió apenada.

—Ocurrió dos años antes de su desaparición. Su padre falleció en el acto y su madre lleva desde entonces en una residencia en estado vegetativo. Usted la hizo trasladar de Usedom a una residencia en Sylt.

Hannah se tapó la cara con la mano, notó la llegada de las lágrimas.

—¿Tiene alguna idea o recuerda qué pudo hacerla creer entonces que su marido Rubén tuviera algo que ver con el accidente de sus padres?

Hannah miró a la mujer a través de una cortina de lágrimas, sacudió la cabeza.

—No, no hay nada y para mí tampoco tiene sentido todo esto. Rubén quería a mis padres y ellos lo querían a él. ¿Por qué iba a querer hacerles daño? ¡Quienquiera que le contara eso a sus compañeros mintió!

Jenna suspiró.

—No es así de fácil, Hannah.

Hannah se incorporó en la cama.

—¿Qué significa eso?

—El testigo declaró que usted misma había comentado esta sospecha.

—Pero ¿qué testigo era ese? Es más, ¿es de fiar?

—Según mi criterio, sí. Es alguien de fuera. ¿Por qué iba una persona no involucrada inventarse una mentira, Hannah? Además,

existe otra relación temporal añadida. El accidente de sus padres ocurrió dos años antes de su desaparición y poco después empezaron las retiradas de dinero que he mencionado antes. Eso concuerda con el testimonio de la testigo.

—Un momento, ¿la testigo? ¿Una mujer?

Jenna asintió.

—Sí, pero eso no viene al caso. Sin embargo, sí que confirma las sospechas de usted de que su marido tuviera algo que ver con el accidente de sus padres.

Hannah sacudió la cabeza, se tapó los oídos con las manos.

—¡Pare! —soltó ahogada—. ¡No quiero oír más!

Jenna apretó los labios, esperó sin decir nada.

Hannah se tranquilizó, trató de pensar con calma, repasó lo que acababa de descubrir. Sin fuerza en ellas, dejó caer las manos, las retorció, un gesto de desesperación.

—¿Qué pasa con mi casa? ¿Por qué hay un desconocido viviendo en ella? ¡Es mía! ¡La compré y pagué! Con mi dinero.

Jenna hizo una mueca.

—En cuanto a eso me temo que no puedo ayudarla, Hannah. Será mejor que le pregunte a su suegra o a algún conocido de la familia.

Hannah soltó una risa amarga.

—Usted misma ha visto cómo me atacó Miriam. Esa mujer no va a contarme nada. Me tiene por una loca que carga con la muerte de su hijo sobre la conciencia.

—¿Puede decirnos algo sobre dónde está Rubén? Aunque solo sea un pálpito. En muchas ocasiones el más mínimo detalle puede resultar muy útil.

Hannah miró a la agente.

—¿No cree que, si lo supiera, estaría con él? ¿Y con mi hija? Lo que les dije a los médicos es verdad. Solo recuerdo regresar de mi viaje y que de repente me encontré con un desconocido al querer meterme en mi casa. ¡No tengo ni idea de lo que pasa con Rubén o Zoe, maldita sea!

—Está bien —dijo Jenna conciliadora—. Puede que vuelva a recordarlo. Yo por mi parte le prometo que haré todo lo que esté en

mis manos para aclarar esto.

—¿Y yo mientras tanto? ¿Qué pasa conmigo?

—¿A qué se refiere?

—¿Me va a arrestar? Por lo que he entendido, soy sospechosa de haber matado a mi marido.

Jenna suspiró.

—El caso sigue abierto. Sí, es cierto, la investigación se enfocó en esa dirección. Estuvo usted en busca y captura a nivel nacional e internacional. Al no dar con usted, con ningún tipo de prueba ni con ningún cadáver, el caso se archivó. Ni yo misma sé qué va a pasar ahora. Pero de momento no va a haber ningún arresto.

Hannah estuvo atenta a su propia reacción, pero alivio de verdad no sintió.

—Quiero ver a mi madre —dijo—. Dado que no estoy arrestada, eso no debería de ser mayor problema.

Jenna la miró muy seria.

—Eso tendrá que consultarlo con los médicos que la atienden. No creo que la dejen irse en su estado.

—¿Y ahora?

—Me imagino que tendrá usted que quedarse en la isla. De todos modos, dado su estado de salud, es lo mejor. Y nosotros retomaremos la investigación e intentaremos averiguar dónde está su familia.

—¿Y usted qué cree? —preguntó Hannah con voz baja—. ¿Cree que soy una asesina?

Jenna la miró muy seria, pero no respondió.

—¿Y Zoe? ¿Cree que está muerta?

La agente le cogió la mano, se la apretó suavemente.

—Lo que crea o piense yo, no importa. Lo que importa es la verdad y esa la tendremos que buscar todos juntos, es decir, si usted quiere. ¿Va a colaborar con nosotros?

—Por supuesto que sí.

—¿Hay alguien a quien podamos llamar? ¿A algún familiar o a alguien de su círculo de amistades? Puede que hablar con sus conocidos le ayude a recordar.

Hannah miró a Jenna.

—Está Lotte. Lotte Weber, mi mejor amiga.

—¿Quiere que la llamemos nosotros o prefiere hacerlo usted?

—Si no tengo ni teléfono, además, no sé si sigue teniendo el mismo número. Al fin y al cabo, parece que han pasado unos cuantos años.

—Ya me ocupo yo —se ofreció Jenna—. Parece estar usted cansada. Me voy, ¿vale?

Hannah asintió, se dejó caer agotada en la almohada.

—Descanse y deje que los médicos la ayuden. Con un poco de suerte, dentro de poco todo esto se habrá acabado.

La despertó un ruidito. El chirrido de una puerta, pensó. Abrió los ojos, parpadeó confusa, sin saber en un principio dónde se encontraba. Al ver la sombra delante de su cama, abrió la boca para gritar.

La mano salió disparada hacia ella, le tapó la boca con fuerza.

—¡Silencio!

¡Una mano masculina! Al lado tenía a un hombre y no tenía ni idea de si era de los buenos o de los malos.

Desesperada empezó a dar patadas, sacó las manos de debajo de la manta, se defendió contra aquella garra.

—¡Deje de hacer bobadas! ¡He venido a ayudarla!

DIEZ

NORUEGA/LOFOTEN

Antes no le había importado lo más mínimo pasar la noche en vela, pero tanto desde que era madre como desde que se había hecho mayor, ya no contaba con aquella resistencia y aguante, necesitaba sus horas de sueño. Apartó las mantas, se levantó.

Menos mal que la habitación del hotel contaba con una máquina de café, así no estaba obligada a tener que esperar al desayuno. De camino al cuarto de baño encendió la Nespresso, se llevó el depósito de agua, lo llenó. Tras haberlo colocado de nuevo en la máquina y conectarla, volvió al cuarto de baño, se desnudó, se dio una ducha de agua helada, con la esperanza de levantarse los ánimos.

Al caerle el agua helada en la piel, emitió un pequeño grito, pero a los pocos segundos ya estaba disfrutando de aquellos pinchazos finos y del agua en la piel.

Tras el encuentro de ayer con el mensajero, había barajado por un momento la posibilidad de coger lo indispensable y largarse para siempre con Liva. Ya había sacado la maleta de debajo de la cama cuando se dio cuenta de que una fuga como la de Oslo a Reine ahora no funcionaría. No después de haber dejado entrar a Fin en sus vidas.

Fin no pararía hasta dar con ellas. ¿Cómo le explicaría luego lo ocurrido? ¿Cómo hacerle entender que no había tenido otra opción?

Con una certeza aterradora reconoció que había sido un error entablar una relación con Fin. Pero ya no se podía cambiar y ahora le tocaba lidiar con ello. Había permanecido sentada en la cama

durante lo que le pareció toda una eternidad, luchando consigo misma sin saber qué hacer.

Luego había venido Liva, con la mochila a rebosar en la mano para pasar la noche en casa de su amiga. Un solo vistazo a su hija había sido clave. Liva, a diferencia de antes, no dejaría que la arrancaran de su entorno familiar para empezar de cero en otro sitio. Estaba en una edad en la que cuestionaba todas las decisiones de la madre e insistía en participar en la toma de las mismas.

Al final se había controlado, había llevado a Liva a casa de Suvi y por el camino se había inventado una historia sobre el tío de la calle para no levantar sospechas y que no fuera a contárselo a Fin.

De vuelta en la casa vacía no había conseguido pasar la noche a solas en ella. Sin pensárselo dos veces había metido un par de prendas en una bolsa y reservado una habitación en un hotel donde nadie la reconocería.

Y allí estaba ahora.

Había pasado la noche en un entorno desconocido y tratado de aclarar las ideas y urdir un plan.

Liva regresaría esta tarde y hasta entonces tenía que estar listo todo lo que se había propuesto hacer para proteger a su familia sin tener que salir huyendo otra vez.

Pero ¿de quién tenía que proteger a su familia?

¿De su ex?

En sí eso era imposible, pero, aun así, no quedaba del todo descartado.

Pero ¿cómo había dado con ellas?

Quizás fuera efectivamente mejor pedir ayuda a la policía, aun a riesgo de echar por tierra su torre de mentiras. ¿Valía la pena la libertad si se vivía en un estado de miedo constante?

Dejó la decisión para más tarde, lo primero era descubrir quién estaba detrás de todo.

Tras la ducha se puso ropa limpia, se preparó un café, lo tomó de un solo trago, se sintió mejor al instante y la embargó un espíritu emprendedor.

Abrió el portátil, lo encendió, se metió en el buscador de Google y tecleó algo, pero no encontró ninguna pista que confirmara sus

sospechas. Al cabo de unos minutos y crispada, lo dejó, recogió sus cosas y se fue.

Cuando poco después estaba metiendo el coche en el sendero de entrada a su casa, tuvo un mal presentimiento que no pudo explicar. Todo parecía estar igual que siempre. Pero algo la estaba avisando y la hizo repasar mentalmente el extraño encuentro con el mensajero del otro día.

¿Cuál era el recado que había de transmitirle?

¿Que todo se acabaría dentro de poco?

¿Qué significaba eso exactamente?

¿Corrían peligro ella y Liva?

¿Pretendían extorsionarla?

Si ese era el caso, entonces tenía que haber alguien detrás de esa amenaza tan rara, alguien que la conocía bien. Que sabía que no tenía a nadie a quien pedir ayuda. Y solo cabía una única persona.

Abrió la puerta pensativa, entró y estuvo a punto de dar media vuelta al notar un olor que le era demasiado familiar.

Una mezcla de almizcle, sándalo y pimienta roja…

Un olor que la perseguía incluso en sus pesadillas.

Se obligó a avanzar, fue directa a la cocina, sacó un cuchillo del bloque. Cuchillo en mano inspeccionó primero la cocina.

Aquí todo parecía estar como siempre. Lo mismo que en el pasillo y en el cuarto de baño de la planta baja. Al entrar en el salón, paseó la mirada por la estancia y notó que alguien

había manipulado los marcos de fotos que había colocado en la estantería encima del televisor. Uno de los marcos estaba boca abajo, el otro, girado hacia la pared.

Dejó el cuchillo en la estantería, cogió el marco que estaba tirado, se controló para no soltar un grito al ver que la foto había desaparecido.

Con dedos temblorosos cogió el marco que estaba al revés.

Era una foto de Liva y Fin, aunque alguien había arrancado el trozo de la foto en el que se veía la cabeza de Fin.

Tragó, fue al sofá, se sentó.

Todo le daba vueltas.

Tengo que llamar a la policía, contárselo a Fin… ¡todo!

Sacó el móvil del bolso, introdujo el número de emergencias, levantó el dedo para darle al botón de llamada, pero no fue capaz.

Era como si su cuerpo se negara con todas sus fuerzas a escoger esta opción. Acabó borrando el número; en vez de eso, entró en internet para buscar un cerrajero y una empresa instaladora de alarmas de seguridad.

—¿Qué está haciendo ese hombre? —preguntó Liva tras apearse del coche de Helena y señalando al instalador que en esos momentos estaba ocupado con la cerradura de la puerta principal.

Desgraciadamente, el hombre no había conseguido acabar antes de la vuelta de Liva por lo que Elara había sido previsora y la había esperado en la calle para poder darle una explicación medianamente coherente y que no la asustara.

Pero Liva la estaba mirando con cara de mosqueo.

—Me ha pasado algo muy tonto —dijo—. He salido a correr y he perdido la llave de casa. Y antes de que la encuentre alguien y nos dé un susto de muerte, he mandado venir al cerrajero para que nos instale una cerradura nueva. ¡Más vale prevenir!

—¿En serio? —Liva frunció el ceño—. Pero si siempre escondes la llave en la chaqueta y luego cierras la cremallera.

Elara asintió.

—Se ve que en esta ocasión no estuve muy atenta y debió de escurrirse del bolsillo de la chaqueta. He vuelto a recorrer todo el trayecto, pero nada: no la he encontrado.

Liva la miró con la desconfianza reflejada en el rostro, miró al otro señor que estaba sobre una escalera junto a la puerta principal.

—¿Y ese quién es?

—Es de una empresa de seguridad. De paso aprovechamos e instalamos también una alarma —explicó, callándose que la urgencia le había costado un ojo de la cara.

Liva abrió la boca sorprendida.

—¿Para qué necesitamos una alarma?

—¿Te acuerdas del tipo raro de ayer? Dijo que estaba esperando a alguien, pero eso me sonó muy raro.

—Sí, me lo contaste.

—Pues me he enterado de que en el pueblo de al lado ha habido un montón de robos. Así que prefiero curarme en salud, una vez más. No vaya a ser que seamos los siguientes.

Liva asintió.

—¿Y la alarma se dispara cuando alguien intenta meterse en casa sin llave?

—Sí, ya te explicaré luego cómo funciona exactamente.

—Vale —aceptó Liva—. ¿Puedo ir a mi habitación?

—Claro. Ve. ¿Qué te apetece cenar?

—Helena hizo *pizza*. Estoy llena —respondió Liva.

—Pues esto ya está —dijo el instalador encargado de las cerraduras nuevas.

Se giró hacia él.

—¿Y está seguro de que aquí no va a poder entrar nadie?

—Completamente seguro. Quería usted el mejor sistema y el mejor sistema le he traído —contestó orgulloso el hombre señalando la hoja de la puerta—. Se trata de una cerradura de seguridad alta con varios pasadores. Forzar esto lleva su tiempo – y si algo no tienen los ladrones, es tiempo. Saben que tienen que ser rápidos si no quieren que los pillen.

Elara asintió.

—Eso tiene su lógica. ¿Y la puerta de atrás también está segura?

El hombre asintió.

—Si lo quiere usted *safe, safe*, solo le queda instalar puertas nuevas. Hoy en día casi todas tienen varios pasadores de acero gordo. Así sí que no entra nadie.

Elara asintió satisfecha, firmó la factura, le dio una buena propina al hombre.

—Por su rapidez —dijo y le dedicó una sonrisa de agradecimiento.

A continuación se dirigió al hombre que estaba encaramado a la escalera.

—¿Va todo bien?

El técnico asintió.

—Señora, yo hago las cosas bien. Cuando haya acabado, van a estar a salvo ahí dentro.

—¿Y qué pasa si hay un apagón?

—En ese caso el sistema salta a modo generador.

Elara respiró aliviada. Ahora al menos podría sentirse a salvo dentro de sus propias paredes. Por algo se empezaba.

Pero ¿cómo protegerse fuera de casa?

Era muy complicado conseguir un arma en Noruega, por no decir imposible. Aunque por otro lado tampoco sabía ni cómo manejarla ni cómo explicarle a Fin que tuviera una.

Así que la única alternativa era conseguir espray de pimienta o al menos una navaja.

—Fin está al teléfono. —La voz de Liva la sacó de su ensimismamiento. Liva le pasó el móvil.

Cogió el aparato y vio que era una videollamada, o sea, que tenía que poner cara de despreocupación.

—Por fin —le soltó malhumorado.

—Pues sí —replicó ella y pensó a qué se debía aquella cara larga de Fin.

—¿Se puede saber dónde estuviste anoche? —preguntó él.

—¿A qué te refieres? —esquivó ella.

—Henry y Tommy se pasaron ayer por la tarde por ahí, para hacerte compañía, pero no les abriste la puerta.

Elara tragó, pensó a toda velocidad qué decir, optó por contar la verdad.

—Pasé la noche en un hotel.

—¿Qué? —Fin se la quedó mirando perplejo—. ¿Y eso por qué?

—Liva pasó la noche en casa de Suvi, por eso salí a correr. Al volver, me di cuenta de que había perdido la llave de casa.

—Mierda —soltó Fin—. ¿La has recuperado?

Ella negó con la cabeza.

—Desanduve el trayecto al completo, pero no la encontré. Así que llamé al cerrajero, pero, como ya era tan tarde, el hombre solo me abrió la puerta y me dijo que hoy me instalarían una cerradura nueva. Metí un par de cosas en un bolso y me largué a un hotel, para ir sobre seguro.

Fin asintió, pareció reflexionar, pero al final no pudo contenerse.

—¿Esa reacción visceral no tendrá algo que ver con que ayer había un tío merodeando por delante de casa?

Elara suspiró.

—¿Te lo ha contado Liva?

Fin asintió sin decir nada.

—No tengo ni idea de qué estaba haciendo allí —dijo ella rápidamente—. Estaba allí de pie, sin más, mirando para la casa de los vecinos. Le pregunté que qué hacía y dijo que estaba esperando a alguien. No sé si era verdad o no, pero que yo sepa, los vecinos ahora mismo no están en la isla. Y como en el supermercado oí que en Svolvaer ha habido algunos robos de madrugada, quise ir sobre seguro, por lo que de paso he hecho instalar también un sistema de seguridad.

Fin suspiró. La excusa que le acababa de soltar no pareció convencerle.

—¿No me crees? —preguntó ella.

Él tragó con dificultad, evitó su mirada. Cuando volvió a mirarla, ella se fijó en las ojeras que evidenciaban una noche en blanco.

—Ya hablaremos a mi regreso —dijo él finalmente y sin decir ni una palabra más, colgó.

ONCE

SYLT/WESTERLAND

La mano sobre su boca seguía apretando.

—Cuando retire la mano —susurró una voz pegada a su oído—, ¿me promete que no gritará? Quiero ayudarla, en serio, pero, si se pone a chillar, podría meterme en un lío muy gordo.

Hannah cerró los ojos, finalmente asintió con la cabeza.

Por fin lo había recordado: estaba en el hospital.

La mano aflojó, luego se retiró.

Durante un rato el hombre permaneció en silencio, luego oyó un ruido: el hombre estaba arrastrando una silla para sentarse.

Cuando se hubo sentado junto a la cama, le pareció reconocerlo, pero no estaba segura. Se inclinó hacia el interruptor de la lamparilla de lectura que tenía en la cabecera, lo accionó.

No se había equivocado, era él.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó en voz baja.

—El corazón en el elevador de servicio —respondió él—, lo he visto y me he puesto a pensar.

Hannah cerró los ojos aliviada.

—Entonces, ¿me cree cuando digo que esa era mi casa?

Él asintió.

—¿A quién se la compró?

—Estaba a la venta en una agencia inmobiliaria. Yo no estaba al tanto de la historia de la casa. Si lo hubiera sabido, le aseguro que no la hubiera comprado.

—¿Sabe quién contrató a la inmobiliaria?

Negación.

—Da igual —dijo Hannah—. ¿A qué ha venido? ¿Y cómo ha dado conmigo?

El hombre esbozó una sonrisa.

—Sé sumar dos más dos. Usted parecía confundida, asustada, y se la llevó la policía. Era evidente que tarde o temprano la traerían al hospital para hacerle un examen completo.

—Tengo amnesia —explicó Hannah.

—Para ser exactos, amnesia postraumática —aclaró él.

—¿Cómo lo sabe?

Él sonrió divertido.

—Soy médico y trabajo aquí. No en esta planta, pero tengo acceso a los historiales de casi todos los pacientes. Me dijo cómo se llamaba por lo que el resto fue coser y cantar.

Hannah lo estudió y encontró algo en su mirada que le había pasado desapercibido antes: interés sincero y empatía.

—Repito, ¿qué está haciendo aquí?

Él carraspeó.

—Después de que se la hubo llevado la policía, volví a meterme en casa a inspeccionar el elevador. Al ver el corazón tallado que había mencionado, supe que estaba usted diciendo la verdad.

No conseguía quitarme de la cabeza todo lo que había contado. Parecía usted tan desesperada, tan desamparada… y entonces recordé algo. —Calló, de repente parecieron entrarle dudas.

—¿Qué recordó?

—Trabajo de internista aquí en el hospital. Una de mis pacientes es una señora mayor a la que he tratado de pulmonía en más de una ocasión. La mujer está en estado vegetativo y creo que usted la conoce.

Hannah tragó.

—Beata Schwarz —dijo con un suspiro de voz—. Mi madre.

—Sí, su madre. En el historial de su madre no encontré ningún testamento vital. Eso me resultó raro, ¿entiende? Una mujer en estado vegetativo, con cero esperanzas de que vuelva a despertar. Así que les pregunté a los compañeros que llevan más tiempo que yo aquí y me enteré de que era deseo expreso de la hija, costase lo

que costase, mantener con vida a esta paciente. Y me fijé en otro detalle más. Una anotación en el historial, hecha con rotulador rojo: prohibidas las visitas a excepción de las de la hija. Así que estaba atento a ver si la veía, pero nada…

—No venía nadie —añadió Hannah.

—Exacto. Y eso me tenía intranquilo. Fui a la residencia en la que está la paciente. Una enfermera me contó que allí se había impuesto la misma norma: nadie podía visitar a la señora Schwarz. Nadie excepto usted, solo que usted llevaba desaparecida más de cuatro años. Acudí al director de la residencia para preguntar si en estos casos no cabía la posibilidad de que un tribunal designara un tutor legal para la señora.

—¿Y?

—Nada. Después de que a usted la hubieran declarado desaparecida pero no muerta, no podía hacerse nada. Una enfermera me contó que había hablado muchas veces con usted y que siempre había sido muy amable con ella, hasta el día en el que impuso esa norma. La enfermera estaba convencida de que había tenido que pasar algo que la había hecho reaccionar de aquella manera porque estaba usted en estado de pánico. A las pocas semanas dejó usted de pasarse por allí. Había desaparecido.

—Por eso me miró estupefacto cuando le dije mi nombre.

—Sí. Así que, ¿qué fue lo que provocó esa medida tan drástica?

Hannah se incorporó.

—La agente de antes me ha contado algo muy parecido. Que una testigo había declarado que yo acusaba a mi marido de estar relacionado con el accidente de mis padres. Esa testigo tiene que ser la enfermera de la residencia. Después de haber impuesto yo esa norma, la mujer haría sus cábalas. O puede que le haya dicho yo algo, algo que no quiso revelarle a usted.

—Y todo eso, ¿considera usted que tiene algún sentido?

Hannah negó con la cabeza.

—No. Mi marido adoraba a mis padres y ellos a él. Me cuesta creer que pudiera hacerles daño.

—Y aun así, aparentemente no se fiaba de él. Porque si así fuera, lo habría incluido en el régimen de visitas, ¿o no?

Hannah asintió pensativa.

—Entre ustedes dos tuvo que ocurrir algo que no recuerda.

—Tengo una laguna de nueve años, pero eso ya lo sabe, ¿no?

Él asintió.

—No soy psiquiatra, pero no me cuesta imaginarme que tuvo que vivir una experiencia terrible capaz de desencadenar una amnesia tan integral.

Hannah notó que las palabras de aquel hombre habían despertado algo en ella, que su cuerpo reaccionaba como si hubiera tragado veneno. Gimiendo se agarró el tronco, apartó la manta.

—Tengo que vomitar. —Se levantó con dificultad, se tambaleó al intentar mantenerse en pie y en equilibrio.

—¿Quiere que la ayude a llegar al baño? —se ofreció él, levantándose a su vez.

—Gracias, ya puedo sola —respondió Hannah con más dureza que la intencionada, fue poco a poco e insegura al cuarto de baño. Tras haber cerrado la puerta con llave, rompió a llorar.

El hecho de que cualquier desconocido supiera más de su vida que ella misma, estaba acabando con ella. Se apoyó en el lavabo y se miró en el espejo.

Se asustó.

Sí, se reconoció, pero al mismo tiempo lo que vio le resultó irritantemente ajeno. ¿Cuánto tiempo llevaba sin mirarse en un espejo?

Parecía mayor, tenía incluso patas de gallo, arrugas finas en la frente y una arruga pronunciada en el entrecejo. Llevaba el pelo teñido de negro y cortado en media melena, en vez de pelirrojo y largo como antes.

Aquella imagen la desconcertó. ¿Cuándo había cambiado tanto? Si se hubiera visto de refilón, no se habría reconocido.

Y si ella misma no se reconocía, ¿cómo podía estar tan segura de conocer realmente a su marido? Sus recuerdos tan solo llegaban hasta el momento en el que Zoe todavía era un bebé. Hasta 2014.

¿Y si era cierto lo que decían la policía y la cuidadora de su madre? ¿Y si su marido había dejado ver su verdadero yo en los cuatro años siguientes?

Trató de visualizar el rostro de Rubén. Sus rasgos, sus ojos, su sonrisa. Trató de escuchar su interior. ¿Lo consideraba capaz de planear la muerte de dos personas? ¿De maltratarla, tal como había declarado una testigo ante la policía?

Sacudió la cabeza decididamente.

Pero de todos modos, ¿qué aseguraba eso? ¿Acaso podía fiarse de sí misma si sus recuerdos parecían estar congelados a causa de un *shock*?

Pero entonces, ¿en quién podía confiar? ¿En los médicos, en la policía?

No, tendría que arreglárselas ella sola y usar todo lo que había descubierto hasta ese momento para descubrir la verdad. Y para ello tenía que hablar con la gente que conocía de antes.

Pero lo primero de todo era ver a su madre.

Regresó a la habitación y miró pensativa al hombre que seguía sentado en la silla junto a la cama. Debía de haberse ausentado un momento porque había conseguido algo de comer y beber y le había colocado un blíster de pastillas en la almohada.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó él.

—¿Y usted qué cree? —le espetó ella—. ¿Y esas para qué son? —preguntó señalando las pastillas.

—Para dormir —explicó él—. A veces los sueños ayudan a volver a poner en marcha los recuerdos.

Ella las cogió, reflexionó, finalmente negó con la cabeza. Lo último que necesitaba ahora era dormir, todo lo contrario.

—Tengo que salir de aquí.

El médico la miró preocupado.

—Eso no es una buena idea. Acaba de vomitar hace nada. Está sin fuerzas —aclaró él con voz suave—. Aquí podrán ayudarla y…

—Sí, ya lo sé —lo interrumpió Hannah—. Hipnosis, terapia conversacional y toda esa mierda…

—Que le puede servir y ayudar a recordar —añadió él.

—No, no puedo quedarme tirada en cama. —Hannah lo miró suplicante—. Si realmente quiere ayudarme, entonces deje que me marche. Por favor. Tengo la sensación de que recuperaré mis

recuerdos de manera mucho más rápida si hago algo en vez de quedarme aquí a esperar y dejar que otros se ocupen de mí.

—No soy yo quien ha de decidir eso, Hannah. No es usted mi paciente. Y luego está el tema de la policía, que hará todo lo posible por descubrir qué fue lo que le ha pasado.

Hannah sacudió la cabeza, frustrada.

—Tengo que encontrar a mi hija, ¿lo entiende? Piense en su niño. ¿Acaso se quedaría usted aquí sin mover un dedo, confiando en otros mientras sabe Dios dónde está su hijo? Tengo que encontrar a Zoe, ¡y lo antes posible! ¡Mi hija lo es todo para mí!

—¿Y su marido no?

Ella suspiró.

—Sí, claro, él también, pero mi hija sigue siendo una niña indefensa. Tal vez esté en peligro.

—Estoy seguro de que el bienestar de su hija también es de suma prioridad para la policía.

—Es posible —aceptó Hannah—. Pero creen que estoy loca y que tengo algo que ver con su desaparición. En su momento ya creyeron que le había hecho algo a mi marido, y a día de hoy siguen creyéndolo.

—¿De verdad piensa eso? ¿Que nadie la cree?

—Solo fingen comprender mi situación. En realidad están a la espera de que me vaya de la lengua y reconozca que esto… —Hannah se calló, extendió los brazos—, es solo una farsa. Y mientras tanto, la persona que de verdad se esconde detrás de todo, anda suelta por ahí.

Su visitante soltó aire a la vez que suspiró.

—Creo que está usted equivocada. Piénselo bien antes de empeorarlo todo. ¡No actúe de manera imprudente! Reflexione antes, por favor.

Hannah se lo quedó mirando sin decir nada. Todo su ser se resistía a aceptar aquellas palabras exhortatorias. Cuando se levantó asintiendo y abandonó la habitación, ella se lo quedó mirando durante un buen rato, decepcionada.

¿En serio pensaba poder convencer a un desconocido de su inocencia?

Se fijó en las pastillas que aún tenía en la mano. Tal vez fueran la solución a todo…

Por un instante esta posibilidad le pareció muy tentadora, pero entonces vio la dulce carita de su bebé ante ella, dejó caer el blíster.

En ese mismo momento volvió a abrirse la puerta. Se sorprendió al volver al hombre. Había vuelto, llevaba una bolsa y una bata blanca.

—Esta es su ropa —dijo, le tendió la bolsa—. Me temo que sin lavar. Lo mejor será que consiga otra ropa lo antes posible para no llamar tanto la atención.

Hannah no supo qué decir.

—Es decisión suya —dijo él encogiéndose de hombros.

—¿En serio deja que me vaya?

—Esto no es una cárcel y, como ya he dicho, usted no es mi paciente. Le entrego su ropa y una bata blanca, pero, si me preguntan al respecto, diré que las robó. Sin embargo, le facilitará el salir de aquí sin llamar la atención y sin que nadie se lo impida. Eso sí, espere al cambio de turno de las enfermeras. Es a las cinco cuarenta y cinco. A esa hora no hay nadie en los pasillos. Póngase la bata por encima y no levante la cabeza, evite el contacto visual.

Hannah tragó.

—Gracias —soltó—. Por cierto, ¿cómo se llama?

El hombre sonrió, le tendió la mano.

—Llámeme Niklas.

Ella asintió, le apretó la mano. Permanecieron un rato mirándose. A continuación, Niklas sacó la cartera del bolsillo de los vaqueros, sacó un par de billetes y se los tendió.

—Para el comienzo.

Hannah lo miró conmovida, negó con la cabeza.

—No puedo aceptarlo. Ya pagó usted al taxista.

—Aquí tiene tres cientos euros que le van a hacer mucha falta, Hannah. Se los apunto, ¿vale? Y cuando lo haya solucionado todo, se pasa usted por casa y me paga lo que me debe.

Hannah se emocionó al ser consciente de lo que significaban aquellas palabras. Niklas no solo quería ayudarla, sino que también creía en su inocencia. Un extraño al que había amenazado y gritado

en su propia casa creía, a pesar de todo, que estaba diciendo la verdad.

Que volviera a llorar, ahora de emoción, le dio igual.

—No se imagina lo mucho que significa esto para mí. Gracias. Es usted muy amable, ¿se lo habían dicho ya?

—En alguna que otra ocasión, sí. —Niklas sonrió—. ¡Cuídese mucho!

Ella inspiró hondo.

—Volveremos a vernos. ¡Se lo prometo!

DOCE

NORUEGA/REINE

—¿Se puede saber qué os pasa a Fin y a ti? —preguntó Helena, dando un pequeño sorbo a su Aperol.

Elara la miró sin entender.

—¿A qué te refieres?

—¿Es que no habláis antes de tomar una decisión? ¿O qué fue lo que pasó cuando se fue a la ruta? Primero me pregunta si tu niña puede pasar la noche con nosotros para que tú puedas acompañarle y luego te echas atrás… No pongas esa cara. Me lo ha contado Liva.

—Que va. No fue nada. Surgió algo, nada más —eludió Elara.

—¿Seguro? Oye, que si pasa algo, puedes contármelo.

—¿El qué?

—¿Estáis bien de verdad? —insistió Helena.

—¿Por qué no íbamos a estarlo?

—Venga, Elara. Que nos conocemos. Y no pretendo inmiscuirme, pero algo pasa. Desde que ha vuelto Fin las cosas han cambiado. Antes parecíais adolescentes encoñados, siempre colgado el uno del otro, pero cuando os vi ayer en el colegio, estabais tan serios… —Helena se interrumpió, aparentemente para pensar sobre cómo seguir—. Le llamó la atención incluso a Suvi. Se ve que ella y tu hija estuvieron hablando de ello. Fin y Liva están preocupados por ti.

—Ni idea de a qué te refieres.

—Las niñas han comentado que ha habido robos en la zona. Eso me preocupó, obviamente, así que hablé con mi marido y le pedí

que indagara al respecto. Como conoce a tanta gente. Pero, aparte de ti, nadie parece saber nada de nada.

Elara suspiró.

—¡Ah, eso! Oí en el súper a un par de personas hablar sobre ello y seguramente que lo he exagerado, eso es todo. —Cogió su copa, tomó un trago, con la esperanza de haber zanjado el tema, pero Helena siguió mirándola dubitativa—. Tu hija escuchó anoche una conversación telefónica de Fin y se lo contó a Suvi.

Elara la miró con gesto de desagrado.

—Y también le faltó tiempo para contártelo, parece. ¿Y de qué se trata esta vez?

Helena se encogió de hombros, molesta.

—Pues sí. Fin estuvo hablando con un colega suyo sobre ti. Se ve que Fin teme que le estés ocultando algo. Quizá deberías hablar con él, Elara. No es bueno para una relación no hablar, no comentar los problemas. Liva adora a Fin, le partiría el alma perderlo.

Elara se quedó mirando a Helena, sacudió la cabeza.

—¿Acaso crees que tengo una aventura o algo por el estilo?

Helena abrió mucho los ojos, se rio.

—¡Claro que no! Y Fin tampoco lo cree.

—¿Entonces?

—Está preocupado por ti, cree que te están persiguiendo, que es por eso por lo que has hecho cambiar las cerraduras de casa y no porque supuestamente hayas perdido las llaves.

—¡He perdido mis llaves! ¡Es la verdad!

Helena la miró muy seria, ladeó la cabeza.

—¿En serio?

Elara suspiró.

—Claro, pero no es todo. Es complicado —fue su respuesta evasiva—. No estoy bien y creo que tiene que ver con mi pasado. Con mi ex, para ser más exactos. Era un maltratador y a veces, pues, vuelvo a evocarlo todo.

—Vaya, lo siento. ¿Fin lo sabe?

Elara asintió.

—Lo sabe todo de mi anterior matrimonio.

—Pero entonces, ¿por qué piensa que le estás ocultando algo?

Elara miró a su amiga, suspiró.

—Porque es lo que estoy haciendo, ¿entiendes? Le he contado todo sobre mi matrimonio, pero nada sobre cómo acabó.

Por fin sentada en su coche, Elara resopló. No le había costado mucho contarle una versión light de los hechos reales a Helena. Luego le había pedido a la amiga no contárselo ni a Fin ni a Liva, pero estaba convencida de que no conseguiría guardárselo por mucho tiempo. Fin haría todo lo posible por averiguar la verdad.

Al menos, de esta manera, había conseguido ganar algo de tiempo.

Y tenía que aprovecharlo.

Tenía que averiguar quién había entrado en su casa y de quién venía el mensaje que le había transmitido el mensajero.

En cuanto a los conductores que la habían perseguido estaba segura de que no era casualidad. No había visto al conductor del SUV, cierto, pero el tío del bólido blanco se parecía mucho a su marido.

Arrancó el coche, se dirigió a la carretera secundaria y siguió por ella. Luego subió el volumen de la radio para distraerse. Justo al volver a centrarse en la carretera y acelerar, se percató de un movimiento detrás de ella.

No fuera en la carretera.

Justo detrás de ella, en el asiento de atrás.

El corazón se le disparó de tal manera que le costó respirar. Tuvo que concentrarse para seguir agarrando el volante y no salir de la carretera.

—Sigue recto —dijo una voz oscura, luego vio a través del retrovisor a un hombre con un pasamontañas en la cabeza. En ese mismo instante le acercó un cuchillo a la garganta.

Ella chilló, el coche derrapó un poco, pero consiguió controlarlo de nuevo.

—¿Quién es usted? —preguntó, sorprendida por la firmeza de su voz. Era como si simplemente hubiera ocurrido aquello con lo que llevaba tiempo contando. Sintió un frío helador, centrada única y exclusivamente en descubrir por fin quién se ocultaba detrás de todo aquello.

Siguió mirando por el retrovisor, se fijó en la rendija por la que se veían los ojos.

Ese no era su marido.

Pero conocía esos ojos, los conocía muy bien.

Solo que no tenía ningún sentido que fuera precisamente él quien la hubiera encontrado.

—¿Qué quiere de mí? —balbuceó.

—Para ahí a la derecha.

Ella hizo lo que le ordenaron.

—¡Sal!

El cuchillo dejó de presionar su garganta.

Desabrochó el cinturón, se apeó, notó que estaba temblando de pies a cabeza. De reojo vio cómo el enmascarado apareció de inmediato a su lado.

—Desnúdate —le dijo con tono jocoso—. Llevo una eternidad esperando este momento.

Ella sacudió la cabeza, resopló.

—O haces lo que te digo o averiguo qué aspecto tienes por dentro. Tú decides.

En la cabeza de Elara reinaba el puro caos, pero su voz interior seguía funcionando.

¡Haz lo que te dice este cabrón!

Se quitó los zapatos, el pantalón y la camiseta, quedó en ropa interior en el arcén y miró desesperada alrededor en busca de ayuda.

Pero ¿por qué no pasaba algún maldito coche?

—La ropa interior también —dijo el hombre y se rio.

—Por favor —imploró ella—, no.

—Vale, tú decides —dijo él y se acercó con el cuchillo amenazadoramente en alto.

Elara desabrochó el sujetador, se sacó las bragas, quedó completamente desnuda ante el enmascarado, expuesta a una temperatura exterior de ocho grados.

—Precioso —dijo él con voz áspera, le quiso tocar el pecho. Elara se apartó de él cuando surgió una luz.

¡Por fin! Se acercaba un coche.

En cuestión de segundos el tío estuvo junto a ella, le empujó de espaldas contra el coche, se apretó contra ella para que pareciera que se trataba de un encuentro amoroso en el arcén.

El coche pasó disparado, sin hacer amagos de frenar.

La posible salvación se había esfumado.

Su atacante no hizo amago alguno de querer apartarse de ella. Parecía sentirse muy seguro.

Ella oyó un crujido.

Notó que le tapaban la cabeza con algo.

Una bolsa de plástico.

Registró demasiado tarde que se la cerraba con fuerza en la nuca.

Intentó en vano liberar al menos los brazos. Pero el cuerpo del hombre la presionaba contra el coche como un tornillo de banco.

En cuestión de segundos se quedó sin oxígeno y empezó a marearse. Al poco tiempo, sus piernas cedieron, lo mismo que el resto del cuerpo. Cogió una última bocanada de aire, notó cómo se tensaba el plástico alrededor de su boca, luego todo se volvió negro.

TRECE

SYLT/WESTERLAND

El trayecto que separaba el hospital de la estación de tren llevaba a pie, en condiciones normales, unos cuarenta minutos escasos, sin embargo, necesitó el doble de tiempo, detalle que se debió, en parte, a los tranquilizantes que su cuerpo aún no había eliminado del todo y en parte también al miedo a lo que la esperaba, lo que la hacía reducir el paso.

Pero ¿qué podría haberle pasado a su familia?

Cuando por fin vio las luces de la estación, respiró aliviada. Aquí era donde arrancaban sus recuerdos y precisamente aquí era donde esperaba encontrar otra pista.

Pero ¿por dónde empezar?

Miró a su alrededor al traspasar la entrada principal y adentrarse en el edificio. Se fijó en un guardia de seguridad.

Eso le dio una idea.

Aparte de empleados de seguridad seguramente también habría cámaras cuyas grabaciones se almacenarían en algún sitio. Se acercó al hombre uniformado.

—Disculpe, ¿podría decirme dónde encontrar la oficina de vigilancia de la estación?

—¿Ha perdido algo? ¿Puedo ayudarla yo?

Hannah tuvo que controlarse, no poner los ojos en blanco llevada por la impaciencia.

—Sí, es posible. Esto está todo controlado por cámaras de seguridad, ¿no? ¿Dónde se comprueban y valoran las grabaciones?

El segurata la miró irritado.

—¿Le ha pasado algo o es usted de la policía?

—Por favor, dígame a dónde tengo que dirigirme.

El hombre la estudió con cierta desconfianza.

—Es una zona restringida. ¿Por qué le interesan las grabaciones?

Ella suspiró.

—Llegué ayer por la tarde y alguien me robó el bolso y la maleta y poco después, el coche. Tan solo quiero ver si había alguien conmigo al bajarme.

El tío aquel la miró confundido.

—¿No lo recuerda?

Hannah negó con la cabeza.

El uniformado agarró la radio con la mano izquierda.

Hannah tardó demasiado en darse cuenta de que había cometido un error. Lo más probable era que la policía hubiera comprobado y confiscado las grabaciones para comprobar si había dicho la verdad. Seguramente le habían ordenado al segurata estar atento a cualquiera que pudiera parecer sospechoso. A ella…

Veloz como un rayo dio media vuelta, salió corriendo.

No se giró ni una sola vez, corrió y corrió hasta quedar sin aliento y que un punto en el costado la obligó a detenerse.

Jadeando se inclinó un momento hacia delante, hasta que aminoró el dolor, hasta que pudo respirar con cierta normalidad. No fue hasta entonces que miró a su alrededor.

Había, hacía mucho, dejado atrás el edificio de la estación, estaba sola, no la perseguía nadie.

Cansada se dejó caer en una franja de césped al lado de la acera, descansó por un breve instante. Al sentirse con fuerzas suficientes como para seguir, se dio cuenta de que no tenía ningún plan, ¿a dónde ir ahora?

Todo en su interior le gritaba que fuera a visitar a su madre a la residencia, pero ¿eso la haría avanzar? Su madre estaba en coma.

Se acordó de Lotte.

Pero ¿y si su amiga reaccionaba del mismo modo que lo había hecho su suegra? A lo cual había que añadir que Lotte vivía en el otro extremo de la isla.

Recordó el dinero que le había dado Niklas.

Podía costearse un taxi, llamar a Lotte, siempre y cuando el número de su teléfono fijo no hubiera cambiado a lo largo de todos aquellos años, y quedar con ella en terreno neutral.

Pero ¿y si Lotte no tenía intención alguna de ayudarla? ¿Y si informaba a la policía en vez de acudir ella en persona?

Pues, te escondes, obviamente, vigilas durante un rato y no te asomas hasta estar segura de que ha venido sola.

Entonces recordó que no tenía teléfono…

Daba igual, le haría señas a un taxi para que parara y le prometería una propina generosa al taxista si la dejaba usar un momento su móvil. En las películas eso siempre funcionaba. ¿Por qué iba a no funcionar con ella?

Alzó el brazo para parar un taxi que se estaba acercando despacio, con la esperanza de que no fuera el taxista del día anterior.

El coche se detuvo y para alivio de Hannah era una mujer la que iba sentada al volante.

Abrió la puerta del copiloto, se sentó, miró a la mujer.

—Vaya en dirección a List.

La taxista, una mujer de su misma edad, asintió con la cabeza.

—¿Puedo pedirle un favor? —preguntó Hannah tras unos diez minutos de viaje.

—¿De qué se trata? —Distinguió desconfianza en la voz de la mujer.

—He perdido el bolso, puede que me lo hayan robado… No se preocupe, tengo el dinero para el viaje en el bolsillo del pantalón, pero tenía el móvil en el bolso. ¿Le importaría prestarme un momento el suyo para hacer una llamada? Voy a pagársela, por supuesto, además de darle una propina generosa.

La taxista la estudió, parecía estar reflexionando.

—¿Llamada nacional o a dónde quiere llamar?

—Mi amiga vive en List. Quiero saber si está, para no hacer el viaje en balde.

—Entiendo —replicó la mujer, que abrió la guantera con la mano derecha y sacó un aparato que le entregó.

Hannah suspiró aliviada, cogió el móvil, le dio varias vueltas.

—¿Cómo funciona?

La mujer se rio.

—Es un iPhone. Pase el dedo por encima de la pantalla y luego pásemelo. Funciona con huella dactilar.

Hannah hizo lo que le mandaron, luego sonó una breve melodía.

—Ya puede usarlo —dijo la taxista sonriendo.

Hannah pulsó el botón de teléfono, luego introdujo el número del teléfono fijo de Lotte, que todavía recordaba. Al presionar el móvil contra la oreja, recordó que apenas eran las siete de la mañana y que Lotte era de las que dormían hasta tarde.

Lanzó una oración al cielo mientras esperaba. Cuando oyó un clic en la línea y una voz adormilada, su corazón dio un salto de alegría.

—¿Lotte? —exclamó, calló un momento, luego cogió aire—. Soy yo, Hannah.

Silencio al otro lado de la línea, luego un lloriqueo suave.

—¿Lotte? —preguntó para asegurarse, contuvo la respiración nuevamente.

Oyó una respiración agitada, luego mocos.

—Al principio no sabía si creerlo —dijo por fin su amiga—. La policía estuvo ayer aquí, querían averiguar si te habías puesto en contacto conmigo. Pensé, estos me están tomando el pelo…

—¿Qué? ¿Por qué iban a tomarte el pelo?

—Pues porque primero, te escabulles, desapareces sin dejar rastro, estás años sin dar señales de vida y luego… luego apareces, supuestamente, así como si nada.

Hannah tragó.

—¿Es verdad lo que dice la policía? —preguntó Lotte—. ¿No recuerdas nada? ¿Tienes algo parecido a una laguna mental?

—Se llama amnesia —explicó Hannah y sonrió aliviada al pensar que Lotte seguía siendo su amiga y que no la trataba con la misma dureza que Miriam.

—Pero di, ¿cómo es que te acuerdas de mí? —Ahora la voz de Lotte albergó cierta desconfianza.

—Me faltan los últimos nueve años —explicó Hannah—. Todo lo ocurrido antes de eso, lo sigo recordando perfectamente.

—Entonces ¿es verdad? ¿No estás fingiendo lo de no acordarte de nada? ¿De verdad que no queda nada?

Hannah cerró los ojos y no dijo nada.

—Te creo, preciosa —le aseguró Lotte—. Pero tengo la impresión de que no todos los policías que estuvieron aquí se han tragado tu historia.

—¿Qué han dicho?

—No hizo falta que dijeran nada. Lo saqué por las preguntas que me hicieron. Me hicieron las mismas preguntas que cuando te largaste.

Hannah cambió de tema:

—¿Podemos vernos?

—Claro, ven. Quédate en mi casa el tiempo que necesites.

—Eso no va a poder ser —señaló Hannah—. Me he fugado del hospital y lo primero que harán es ir a tu casa para dar conmigo.

—¿Te han detenido?

—Hasta ahora no —dijo Hannah en voz baja—. Pero supongo que lo harán pronto. Por eso necesito tu ayuda.

—¿Vas a decirme dónde estuviste?

—Ahora no —respondió Hannah, echándole un vistazo a la taxista, que estaba cada vez más atenta a la conversación—. Ya te lo explicaré todo cuando nos veamos.

—¿Dónde quieres que quedemos?

—¿Te acuerdas de aquel sitio en el que solíamos a salir a correr?

—Claro.

—Pues allí. Dentro de una hora.

Tras finalizar la llamada, volvió a dejar el móvil en la guantera, miró a la taxista, pero esta estaba concentrada en la carretera.

—Ha habido un pequeño cambio de planes —le comunicó Hannah—. Vaya por favor a Rantum y déjeme a la altura del *Sansibar*.

La mujer asintió, hizo girar el coche, pero no soltó ni una sola palabra.

Hannah suspiró y sacó tres billetes de cincuenta euros, se los mostró.

—No soy peligrosa, ¿vale? Este dinero es suyo. Un billete por el viaje, los otros dos por la llamada y para que mantenga la boca cerrada. ¿De acuerdo?

La taxista echó un vistazo al dinero, luego volvió a fijarse en la carretera. Tras dudar un poco, cogió los billetes, los metió entre los muslos, la miró de reojo.

—Si alguien llega y me pregunta: no la conozco. Pero hasta ahí. Si vuelve usted a necesitar un taxi, a mí mejor no me haga señas. ¡Porque no voy a permitir que entre en mi coche!

Escondida tras un rosal, Hannah permaneció veinticinco minutos exactos observando a Lotte. Ahora ya estaba segura de que había acudido sola. Se levantó del suelo, corrió hacia Lotte, que le estaba dando la espalda y no dejaba de mirar el reloj.

—Siento haberte hecho esperar —le dijo.

La amiga se giró como a cámara lenta, al verla rompió a llorar, luego la abrazó.

Permanecieron un rato así, abrazadas y llorando, luego Lotte la apartó de ella sin soltarla.

—Sabía que no estabas muerta —dijo en voz baja—. No puedo explicarlo, pero me lo decía el cuerpo.

Hannah tragó.

—¿Dónde estabas, joder? ¿Sabes lo preocupada que me tenías? ¡Casi me vuelvo loca!

Hannah bajó avergonzada la mirada.

—No sé dónde he estado, Lotte. ¡Es la verdad! No recuerdo nada del lapso de tiempo que he estado desaparecida. Me enteré ayer mismo de que la policía cree que planeé mi huida y que antes de eso maté a Rubén.

Lotte tragó.

—Después de tu desaparición hablaron de eso en todos los medios. La policía pidió la colaboración ciudadana para ayudarles a encontraros a Zoe y a ti. Lo presentaron de tal manera que parecías

una testigo muy importante. Pero a mí ya me daba mala espina que sospecharan de ti después de encontrar sangre de Rubén en tu coche.

Hannah miró a Lotte, a la expectativa.

—¿Tú también crees eso?

—¿A qué te refieres?

—¿Crees que he matado a Rubén?

Lotte negó con la cabeza, pero a Hannah no le pasó desapercibida la duda reflejada en sus ojos.

Suspiró para sus adentros al percatarse de que tampoco podía fiarse de Lotte al cien por cien.

—¿Qué tienes pensado hacer ahora? —quiso saber Lotte.

Hannah se encogió de hombros.

—Tengo que encontrar a Zoe y averiguar qué pasó de verdad con Rubén.

Los ojos de Lotte se llenaron de lágrimas.

—Creo que es cierto que está muerto, Hannah. Por lo que he oído, la sangre en tu maletero era un montón. Tenía que estar gravemente herido.

—Pero no a mis manos —dejó claro Hannah—. Amo a mi marido, jamás le haría daño. —Analizó el rostro de Lotte en busca de alguna reacción, pero en esta ocasión no dio con nada. Nada de dudas, nada de desconfianza, nada de miedo.

Inspiró aliviada para sus adentros.

—¿Cuándo has vuelto? —quiso saber Lotte.

—Ni idea —respondió—. Recuperé la conciencia ayer, en la estación de tren. Fui a casa, pero ahora vive en ella un hombre llamado Niklas y su familia. Armé tanto jaleo que el hombre llamó a la policía. Luego me llevaron al hospital. Eso es todo lo que sé.

Lotte se la quedó mirando boquiabierta.

—Qué pesadilla —dijo en voz baja, volvió a abrazarla. Tras un rato se desprendió de ella, la observó preocupada—. ¿Dónde vas a dormir? No puedes pasarte todo el día de un lado para otro, también tendrás que descansar de vez en cuando.

Indefensa se encogió de hombros.

—No puedo ir a ninguno de los sitios en los que la policía sospecharía que puedo estar. Lo mejor será coger una habitación en algún sitio, con la esperanza de que no den conmigo.

Lotte reflexionó un instante, luego le entregó la llave de su Toyota.

—¿En serio? —preguntó Hannah perpleja.

Lotte asintió.

—Trabajo casi siempre desde casa. No necesito el coche como quien dice. Puedo pedir que me traigan la compra a casa y en el peor de los casos, puedo llamar un taxi.

Hannah tragó, miró conmovida a la amiga.

—Eres un ángel, ¿lo sabías?

Lotte sonrió, luego sacó la cartera del bolso, cogió un par de billetes, se los entregó.

—Aquí tienes seis cientos euros para empezar. Antes de venir paré en el cajero automático porque supuse que necesitarías dinero.

Hannah se sonrojó de vergüenza, sin embargo, no pudo permitirse, rechazar aquel gesto amable.

—Te lo devolveré todo —dijo en voz baja y le dio otro abrazo a Lotte.

—Es un placer —dijo Lotte, luego inspiró hondo—. Casi se me olvidaba… —Volvió a rebuscar en el bolso, sacó el móvil—. Es un cacharro viejo, pero funciona. Tendrás que comprar tarjetas de prepago. Así podrás llamar y dar señales de vida de vez en cuando, ¿vale?

Hannah cogió el aparato, lo guardó. Luego miró emocionada a Lotte.

—Gracias a ti ahora tengo todo lo que necesito.

Lotte rechazó el agradecimiento con un gesto.

—Si estuviera en mis manos, haría más, pero no tengo ni idea de cómo poder ayudarte.

Hannah bajó la mirada, suspiró. Al alzarla de nuevo, creyó sentir de nuevo un espíritu luchador en su interior. Miró a Lotte.

—Lo malo es que la única persona que podría ayudarme de verdad parece estar loca como una cabra. —Sonrió, se dio unos golpecitos en la sien. Pero Lotte no entró al trapo.

—Prométeme que vas a andar con cuidado —le pidió su amiga y la miró muy seria—. Que vas a llamar de vez en cuando.

Hannah asintió con la cabeza.

—Si necesitas algo más, más dinero o lo que sea, llama.

Hannah luchó contra las lágrimas que amenazaban con saltársele, le dio un último abrazo a Lotte. Luego la miró, frunció el ceño.

—Pero primero te llevo a casa, ¿vale?

Lotte negó con la cabeza.

—Será mejor que no. Más vale prevenir.

—Te dejo un trozo antes.

—Hannah, cariño, vivo en una urbanización con muchos vecinos. Nos conocemos todos. ¿Qué crees que pasaría si te reconoce alguien y le cuenta a la policía que nos vieron llegar juntas en mi coche y que luego te fuiste en él? Si eso pasa, ¡estás bien jodida!

—Pero ¿cómo vas a volver a tu casa?

Lotte se rio, sacó otro móvil del bolso, lo alzó al aire.

—Ya tiene tarjeta, al contrario que el tuyo, y ahora, venga, antes de que cambie de idea y no vuelva a soltarte nunca más.

CATORCE

NORUEGA/REINE

—¿Se encuentra bien?

La voz penetró en su consciente a través de una cortina de niebla. Gimió, quiso abrir los ojos, pero sus párpados parecían de plomo.

—¿Necesita ayuda? ¿Quiere que avisemos a alguien?

Elara se concentró en la voz desconocida, dejó que la sacara de la oscuridad. Parpadeó con los ojos cerrados, luego reunió todas sus fuerzas, los abrió. Vio el rostro de una señora mayor. A su lado había un hombre de la misma edad. Los dos la observaban preocupados.

—¿Se le ha estropeado el coche o algo?

Elara no entendió de qué estaban hablando, miró alrededor, comprendió que estaba sentada en el coche.

—¿Qué hora es? —consiguió emitir con voz rasposa.

—Las cuatro —contestó el hombre—. ¿Se encuentra bien?

—No… no lo sé —balbuceó Elara, tratando de escuchar su propio cuerpo. No le dolía nada. Excepto el zumbido en la cabeza, físicamente se sentía bastante normal. Pero tenía el corazón disparado y notó una inquietud interna muy fuerte, las piernas le temblaban.

Su cabeza estaba hecha un lío.

¿Qué había pasado?

Recordó que había estado en casa de Helena tomando una copa y que sobre medianoche había cogido el coche para irse a la suya. Pero ¿y luego…?

Se giró hacia el asiento del copiloto, donde tendría que estar su bolso. Había desaparecido. Cerró los ojos, molesta, trató de recordar. ¿Qué había pasado después de salir de la casa de Helena?

Se había sentado en su coche, había arrancado el motor y se había puesto en marcha. Durante el trayecto había repasado la conversación con Helena, pero… ¿y después?

¿Cómo era posible que recobrara la conciencia a las cuatro de la mañana en su coche en una carretera secundaria?

Abrió los ojos, quedó mirando fijamente la pareja que no sabía qué hacer, se asustó al ver una bufanda negra alrededor del cuello del hombre.

Miró el retrovisor y luchó contra la imagen que fue surgiendo en su mente. ¿Una bufanda negra? No, una máscara negra… un pasamontañas.

Un hombre con un pasamontañas en el asiento de atrás de su coche.

Elara jadeó. Recordó que el hombre la había amenazado con un cuchillo. Solo había visto sus ojos… azul acero y gélidos.

Los había reconocido.

Y entonces lo recordó todo.

Cómo la había apretado contra el coche, desnuda, y le había puesto una bolsa en la cabeza…

Elara se estiró, se miró en el espejo retrovisor, buscó lesiones en la garganta y en la cara que evidenciaran un estrangulamiento.

Pero no vio nada.

Se miró. Ya no estaba desnuda, sino completamente vestida, sentada en el asiento del conductor de su coche, llevaba incluso el cinturón abrochado.

Los cuatro intermitentes estaban parpadeando. Sería por eso que había parado aquella pareja, para comprobar si todo iba bien.

¿Se habría imaginado el asalto?

Miró interrogante a la pareja, luchó contra las lágrimas.

—Creo que deberíamos llamar a un médico —propuso el hombre preocupado—. Y de paso también a la policía.

Una descarga eléctrica recorrió el cuerpo de Elara, sacudió alarmada la cabeza.

—¡Nada de policía! —gritó y se obligó a sonreír—. Estoy bien —dijo, con la esperanza de sonar más o menos estable—. Lo único que quiero es irme a mi casa.

Cuando escasos veinte minutos después subía por el sendero de entrada a la casa, se preguntó cómo, en el estado en el que se encontraba, había sido capaz de llegar sin causar accidente alguno. Aparcó el coche, se apeó, fue corriendo hacia la puerta principal, timbró como loca.

Transcurrieron unos minutos antes de oír pasos en el interior. Luego se abrió la puerta y vio a Fin frente a ella, mirándola perplejo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. Ni que hubieras visto un fantasma. ¿Y por qué timbras? ¿No tienes llave?

Elara no respondió, tan solo se tiró a sus brazos, lloró desconsolada.

—¡Por Dios, Elara! ¿Qué ocurre? —volvió a preguntar Fin cuando ella se hubo calmado algo y pudo hablar.

—Me han asaltado —confesó ella. Ya no le quedaban fuerzas para seguir mintiendo.

—¿Qué? —Él se apartó un poco y la miró consternado—. ¿Quién? ¿Qué pasó exactamente?

Resumió en pocas palabras aquello que recordó. Lo único que se calló fue el hecho de creer haber reconocido al atacante.

Fin la agarró de los hombros, la empujó hasta la sala de estar y la obligó a sentarse en el sofá.

—¡Ahora no vas a detenerme ni a impedirme que llame a la policía! —determinó.

Salió de la habitación, regresó a los pocos segundos con el móvil en la mano. Marcó. Cuando descolgaron, resumió su relato, indicó la dirección y dio por finalizada la llamada sin haber apartado en ningún momento los ojos de ella. Luego guardó el móvil en el bolsillo del pantalón, se sentó a su lado, trató de establecer contacto visual.

—Vale, y ahora otra vez con calma. Dime qué te llamó la atención de ese hombre. ¿Crees que era tu ex?

Elara negó.

—No, estoy completamente segura de que no era él.

—Vale —soltó Fin—. ¿Lo conocías? ¿Te sonaba de algo?

Ella negó con la cabeza.

—¿Recuerdas el aspecto que tenía?

—Llevaba un pasamontañas. Solo le pude ver los ojos.

—Vale, pero puedes describir su altura, su voz… ¿Era noruego?

—No lo sé. Me habló en inglés.

—¿Era el mismo hombre del coche blanco del otro día?

—Es posible, pero el conductor del BMW no llevaba máscara. Y solo lo vi de lado y por un breve instante.

—¿Te recordó a tu ex? ¿El tío del coche del otro día?

—Puede que por una milésima de segundo, pero luego me di cuenta de que podía estar equivocada. Al fin y al cabo, estaba bajo presión, asustada. Además, tiene una orden de

alejamiento. No puede acercarse a mí. Si lo vulnera, le puede salir muy caro. No creo que esté dispuesto a correr ese riesgo.

—Pero ¿por qué iba a acosarte en la carretera un desconocido? Y lo de hoy… ¿Quién si no iba a haberla tomado contigo?

Elara lo miró, se encogió de hombros.

—¿Por qué se siguen atacando, violando y asesinando mujeres? ¡Ni idea! ¡Dímelo tú! —le gritó, porque no sabía qué más decirle, ni quería hacerlo tampoco. Se sintió arrinconada, atosigada.

Él se sobresaltó, asintió con la cabeza, completamente abrumado.

Al sonar el timbre de la puerta, se levantó de golpe.

Al poco rato estaban dos mujeres policías ante ella, mirándola preocupadas.

—¿Podemos tomar asiento?

Elara asintió con la cabeza.

Una vez se hubieron sentado las policías, la mayor de ellas carraspeó.

—Por favor, cuéntenos todo lo que recuerde.

Elara miró a Fin, quien la animó con un gesto de la cabeza.

—No es mucho que digamos —dijo ella en voz baja y comenzó a contar.

—¿De qué hablan tanto rato? —le preguntó Elara a Fin mientras miraba por la ventana hacia la calle. Después de su relato de los hechos, las policías le habían hecho un sinfín de preguntas. Luego habían salido al exterior para comprobar el coche. Ya habían transcurrido unos veinte minutos y nada.

—¿No deberían llamar a los de la científica? —preguntó Elara.

—Ni idea, cariño. No sé cómo funcionan estas cosas. Puede que los hayan llamado y que estén esperándolos.

—Es posible —murmuró Elara, cada vez más intranquila.

Al regresar las policías, saltó del sofá. Una de las dos llevaba su bolso en la mano. Elara, asustada, dio un paso atrás. ¿De dónde lo habían sacado?

—¿Este bolso es suyo? —preguntó la mayor.

Ella asintió con un gesto apenas perceptible, miró a Fin, quien a su vez miraba interrogante de ella al bolso.

—Estaba en el maletero —emitió la policía más joven—. Lo hemos comprobado. Parece estar todo: las llaves, la cartera, el móvil.

Elara rompió a sudar.

—No lo entiendo —murmuró—. Puse el bolso en el asiento del copiloto, como siempre.

—¿Está segura?

—Sí, completamente. Vaya a donde vaya, siempre tengo el bolso a mano.

—¿Había bebido? —preguntó la mayor.

Elara se sonrojó.

—Dos Aperol —admitió—. Pero no estoy borracha ni lo estaba. Estoy completamente segura de que llevaba el bolso a mi lado, en el asiento del copiloto.

La policía mayor hizo un gesto de incredulidad.

—Me pregunto por qué su atacante la obligó a desnudarse y por qué luego, estando usted supuestamente inconsciente, volvió a vestirla y a meterla de nuevo en el coche. Es la primera vez que oigo que un violador vuelve a vestir a su víctima.

Elara se quedó mirando a la mujer.

—Nunca he dicho que ese tipo me hubiera violado.

—¿Y cómo sabe que no lo hizo?

Elara se encogió de hombros.

—Digo yo que una mujer nota si… —Se interrumpió.

—Pasaron horas antes de que volvieras en ti —le recordó Fin.

Elara sacudió la cabeza de manera vehemente.

—No creo que me violara. Ese hombre pretendía otra cosa.

—¿Y qué cree usted que era eso?

—Estoy segura de que quería humillar e intimidarme.

—¿Al igual que el hombre del BMW blanco?

Elara asintió con la cabeza.

—¿Y podría explicarnos por qué iba alguien querer hacer eso? En base a lo que nos ha contado, es como si alguien la tuviera entre ceja y ceja.

Elara suspiró.

—No se me ocurre nadie que pudiera querer hacerme algo tan horrible.

Mientras estaba contestando, notó la mirada interrogante de Fin sobre ella. La miraba casi suplicante. Y supo por qué. Él sabía que estaba mintiendo y que mintiera lo consternó.

—Vale —dijo la policía mayor—. Le propongo que venga con nosotras al hospital para hacerle un examen ginecológico, por si acaso. Mandaremos a alguien para que inspeccione el coche a fondo, en busca de ADN u otras pruebas.

Elara asintió, tragó. Luego se fijó en la mirada de irritación que le estaba lanzando la agente más joven.

Se dio cuenta: *No me creen. Hacen que inspeccionen el coche y a mí, solo para que no resulte tan evidente.*

En busca de comprensión y ayuda, miró a Fin, pero su rostro mostraba una expresión pétrea. Con un suspiro alargado, se fue de la habitación.

QUINCE

SYLT/WESTERLAND

Mientras se encaminaba hacia la entrada de la residencia, Hannah estudió su reflejo en la enorme puerta de cristal. Llevaba puesta la ropa que había comprado tras la reunión con Lotte. Una camiseta de Sylt, unos pantalones cortos de correr, una gorra y chanclas. El atuendo típico de los turistas de la isla.

Por un momento se había planteado ir a una peluquería y teñirse el cabello, pero opinó que ya había malgastado más de la cuenta del dinero que le habían dado Niklas y Lotte. De todos modos, tarde o temprano la policía la atraparía. Sin embargo, hasta entonces aprovecharía cada segundo para poner en marcha sus recuerdos.

Entró en el vestíbulo de la residencia en la que estaba su madre. Dejó que aquel olor especial hiciera su efecto, cerró los ojos un instante.

Finalmente se obligó a seguir caminando mientras echaba una mirada rápida a su alrededor, fue aprisa hacia el ascensor ubicado en el otro extremo del vestíbulo. Al entrar en la cabina, miró los botones, decidió ir al segundo piso. Ni siquiera sabía dónde tenían a su madre. En la nota que le había pasado Niklas en el hospital junto con la bata blanca, tan solo figuraban el nombre y la dirección de la residencia.

¿Cómo iba a dar con la habitación sin llamar la atención del personal?

No tenía ni idea, ya se le ocurriría algo.

El ascensor se detuvo, las puertas se abrieron. Salió y vio a una señora mayor que con ayuda de un andador venía hacia ella.

Sonrió, dio un paso atrás, quedó junto a la puerta abierta del ascensor para dejar entrar a la señora.

—Buenos días —le deseó—. ¿Conoce por casualidad a una señora llamada Beata Schwarz? Vive en esta casa y me gustaría hacerle una visita, pero no sé en qué habitación está.

La mujer negó con la cabeza, hizo una mueca, alzó unos ojos vacíos hacia ella.

—¿Podría decirme dónde puedo encontrar a mi marido? Desayunó y se fue. Desde entonces no lo he vuelto a ver.

Hannah negó con la cabeza. Observó a la señora.

—Lo siento, no conozco a su marido.

La mujer sacudió confundida la cabeza, parecía estar a punto de perder los nervios. Hannah estaba a punto de salir y de dejar que la mujer bajara sola, cuando vio a una joven con uniforme blanco venir corriendo hacia el ascensor.

—Por favor, que no se cierre la puerta —le gritó la enfermera, a lo que Hannah volvió a colocarse entre las puertas del ascensor.

En la chapa que llevaba prendida del uniforme vio que la mujer se llamaba Katrin.

—Tiene usted que descansar —le recordó la enfermera Katrin a la señora y le sonrió amablemente. Luego la sacó con suavidad de la cabina, le echó un vistazo a Hannah—. Gracias por haber esperado. La señora Scholz ya se nos ha escapado dos veces esta semana y en las dos ocasiones hemos tenido que llamar a la policía para que nos ayudaran a encontrarla.

No hizo falta que la enfermera Katrin lo pronunciara, Hannah se imaginó lo que le pasaba a la señora. Debía de padecer demencia o Alzheimer, sin embargo, la enfermera sí podría ayudarla.

Sin pensárselo dos veces, la siguió.

—Tengo una pregunta —comenzó—. ¿En qué planta están los pacientes en estado vegetativo?

La enfermera Katrin se detuvo, se giró hacia ella.

—¿Por qué quiere saberlo?

—Mi madre, Beata Schwarz, vive en esta residencia.

La enfermera frunció el ceño, de repente resultó distante.

—Beata Schwarz lleva casi siete años en esta casa. Si es usted su hija, ¿cómo es que no sabe en qué planta se encuentra su habitación?

Hannah soltó un gemido para sus adentros, reflexionó rápidamente. ¿Qué decirle a la enfermera sin despertar más recelo en ella? Al final optó por contarle la verdad.

—Hace muchos años que no vengo —le explicó—. Para serle sincera, he olvidado dónde está mi madre.

—¿Puede identificarse? —Oyó determinación en la voz de la mujer.

Hannah rompió a sudar.

—No he traído el carné —dijo.

El rostro de la enfermera Katrin se volvió de piedra.

—En ese caso, no puedo hacer nada por usted.

—Por favor —balbuceó Hannah, la siguió—. Soy la hija de Beata Schwarz, en serio, y tengo que verla urgentemente.

La enfermera Katrin tan solo negó con un gesto obstinado, la miró de reojo.

—Tengo que pedirle que abandone esta casa, si no me veré obligada a llamar a seguridad.

Hannah se quedó mirando consternada a la enfermera.

—Eso no será necesario, de verdad que no. ¡Beata Schwarz es mi madre! Puedo darle todos sus datos para que lo compruebe, para demostrarle que conozco muy bien a Beata Schwarz.

La enfermera se paró, la miró enfadada.

—Eso no demuestra nada. O bien me enseña su identificación o…

Se calló al ver a una compañera correr hacia ellas.

—¡Ahí está! —gritó la cuidadora, que según su identificación se llamaba Wiebke. Se detuvo ante Katrin y la señora del andador, hizo amagos de coger a la señora del brazo, cuando se fijó en Hannah.

Su cuerpo se tensó.

Hannah se obligó a parecer relajada, le sonrió a la enfermera Wiebke. Si esa mujer la había reconocido, era la única oportunidad que le quedaba para poder ver a su madre.

—¿En serio es usted? —Wiebke se acercó, se quedó a un palmo de ella, estudió su rostro—. La policía la ha estado buscando, ¿lo sabe?

Hannah asintió.

—Ya he hablado con ellos.

La enfermera Wiebke sacudió la cabeza.

—Lleva tanto tiempo desparecida…

—Cinco años para ser exactos —respondió Hannah.

—¿Cómo está? ¿Está bien? —preguntó Wiebke.

Hannah asintió, notó la desconfianza con la que la seguía mirando la compañera de Wiebke.

—¿Conoces a esta mujer? —preguntó Katrin.

Wiebke asintió rápidamente.

—Es la hija de la pobre señora Schwarz, la que lleva tanto tiempo en coma. ¿No sabes? El mes pasado estuvo en dos ocasiones en cuidados intensivos. —En la voz de Wiebke se oyó un deje de reproche mudo.

Pero Hannah decidió hacer como si no lo hubiera oído.

—Tengo que verla —dijo lo más tranquila que pudo, sin apartar los ojos de Wiebke.

—Claro, por supuesto —contestó esta—. ¿Quiere que le pida al médico que venga para que pueda comentar con él el estado actual de su madre? —Se interrumpió, tratando de buscar las palabras adecuadas—. Su madre está de todo menos bien. Ha tenido usted suerte de que… —La enfermera Wiebke volvió a quedarse callada, miró a su compañera, luego a la mujer con el andador—. ¿Puedes arreglártelas sola?

Katrin asintió, no parecía muy convencida, pero Wiebke hizo caso omiso, miró a Hannah.

—La acompaño a la habitación, allí podremos hablar con calma.

Hannah llevaba diez minutos mirando fijamente el cuerpo demacrado de su madre tendida en aquella cama demasiado grande

para ella. Le costó mantener bajo control las lágrimas.

—Esto es horrible —susurró finalmente, miró a la enfermera Wiebke—. No se merece esto... ¡no mi madre!

—Nadie se merece vegetar de esta manera —la corrigió la enfermera con mirada sombría—. Es a esto a lo que me refería… Su madre no está bien. Está con respiración asistida porque sus pulmones producen demasiada flema y su cuerpo ya no es capaz de lidiar con ello. Como ya he dicho antes, en lo que va de mes, estuvo en dos ocasiones en cuidados intensivos, varios días cada vez. Los médicos pudieron recuperarla en ambas ocasiones, pero dudo mucho que su madre lo hubiera querido así. —Se calló, la miró muy seria—. La verdad es que no debería contarle esto, es cosa del médico, pero…

—Gracias por hacerlo de todos modos —consiguió decir Hannah con voz entrecortada.

—Lo hago por ella… —Le acarició las venas azuladas que atravesaban la mano blanca de la enferma, esforzándose por dar con las palabras correctas—. Antes de su desaparición, usted y yo hablábamos mucho. También hablamos sobre este tema. Los médicos ya le habían pedido que reflexionara sobre lo de ponerle fin al sufrimiento de su madre, pero usted se negaba en redondo. Un día me atreví a preguntarle por qué se aferraba de manera tan desesperada a la vida de su madre cuando no había posibilidad alguna de volver a llevar jamás una vida normal. Su respuesta fue que necesitaba certeza. Y que hasta no la hubiera obtenido, no la dejaría ir.

—¿Certeza sobre qué?

La enfermera Wiebke frunció el ceño.

—Eso no me lo comentó, pero supongo que se trataba del accidente. Fue lo que le dije a la policía después de su desaparición. Los meses antes, se comportó usted de una manera muy extraña. Pero eso lo sabe usted mejor que nadie.

Hannah miró a la enfermera, luego negó lentamente con la cabeza.

—Me temo que no, Wiebke. Puedo llamarla así, ¿no?

La enfermera asintió con la cabeza, la miró perpleja.

—¿A qué se refiere con que teme que no?

Hannah suspiró, apartó la mirada de su madre y la miró a ella. Resumió lo máximo posible la situación, aunque sin mencionar que se había fugado del hospital y que cabía la posibilidad de que la estuvieran buscando.

—¡Eso es horrible! —respondió Wiebke, la miró como si primero tuviera que decidir si creerla o no. Luego suspiró—. ¿Qué quiere saber exactamente?

—Todo —fue la respuesta rápida de Hannah—. ¿Recuerda el día en el que establecí el régimen de visitas?

Wiebke negó con la cabeza.

—Ese día yo tenía libre. Cuando me enteré al día siguiente, la esperé en el cambio de turno. Quería saber a quién exactamente se le prohibía la entrada, pero usted se puso como una furia, me gritó que qué había que entender. Ese día se portó usted muy mal conmigo, pero enseguida me di cuenta de que sus intenciones no eran malas. Era solo que estaba hecha un lío, muy nerviosa, no sé cómo describirlo.

—Por favor, inténtelo.

—Rebobinando diría que parecía usted agobiada y amedrentada. La dejé irse y me propuse volver a comentárselo al día siguiente.

—¿Cosa que hizo? —Hannah miró nerviosa a Wiebke.

Esta asintió lentamente con la cabeza.

—Aunque transcurrió más de una semana. Yo iba a limpiar la zona de acceso de la sonda de su madre cuando me la encontré llorando en su habitación. Había traído usted a su hija pequeña, la tenía fuertemente abrazada, la apretaba contra su pecho. Quise irme para no molestar, pero usted me pidió que me quedara. —Wiebke miró a Hannah con la esperanza de que su relato pusiera todos sus recuerdos en marcha, pero, al ver que no decía nada, carraspeó—. Se disculpó usted por haber perdido los nervios el otro día y haberse desquitado conmigo, que el régimen de visitas solo era para usted, a todos los demás les quedaba prohibido venir a ver a su madre.

—¿No dije nada más?

—Sí… —Wiebke asintió, dio la impresión de que le costaba decidirse.

—Por favor, tengo que saberlo todo.

—Le pregunté por qué había tomado esa decisión, pero usted no me contestó. Cuando hice amagos de irme, añadió que esa prohibición era sobre todo para una persona concreta.

Hannah inspiró hondo, animó a Wiebke con la mirada.

—Por favor, dígamelo. ¡Tengo que oírlo!

La enfermera tragó, se le notaba que en aquellos momentos deseaba estar en cualquier sitio menos en aquel.

—Para su marido Rubén —soltó por fin—. Dijo que bajo ningún concepto debía acercarse a la madre de usted. Y cuando lo dijo parecía tenerle mucho miedo a Rubén.

Cuando Wiebke hubo por fin pronunciado las palabras, a Hannah le entró por un instante la sensación de encontrarse en mitad de un vacío. Le costó respirar y centrarse en la otra mujer.

—¿Dije algo más?

La enfermera negó con la cabeza.

—Tuve la sensación de que no se fiaba usted ya de nadie. Solía venir a menudo, casi siempre con la pequeña, se pasaba horas sentada junto a la cama de su madre, mirándola. Casi nunca hablaba con nosotras las enfermeras, y también a los médicos los bloqueó. Creo que imaginaba que le pedirían que valorara la idea de rechazar el soporte vital para cuando su madre estuviera incluso peor.

—¿No recuerda nada más?

Wiebke echó la cabeza hacia atrás, pareció reflexionar.

—Había un bolso en el armario de su madre… una bolsa de viaje grande y azul. Ni yo ni mis compañeras miramos lo que había dentro, por supuesto. Sin embargo, la última vez que la vi con su madre, usted llevaba esa bolsa consigo al salir de la residencia.

Hannah quedó en *shock*.

—¿Y eso también se lo contó a la policía?

La enfermera esquivó la mirada, finalmente negó con la cabeza.

—¿Por qué no?

Wiebke se encogió de hombros.

—Para ser sincera, no lo sé. Después de que hubieron desparecido usted y su familia, la isla perdió la cabeza. Muchos

conocían a su famoso padre y también la conocían a usted. Cuando se la dio por desaparecida y cuando luego encontraron el coche…

—¿Qué? ¿Qué pasó entonces? ¡Dígamelo!

—Es por la sangre en el maletero.

—¿Sí?

—No fue la policía quien me lo contó, sino que me enteré por los rumores que circulaban entre la gente. No sabía si era verdad o no, pero, de repente, para mí todo cobró sentido. —Se calló por un instante, se pasó una mano nerviosa por la cara, sacudió la cabeza —. Su comportamiento extraño, el hecho de que de repente siempre trajera a su hija pequeña a la residencia, el régimen de visitas y luego la bolsa de viaje… No quería causarle problemas.

—Pero le contó a la policía lo del régimen de visitas, dejó entrever que ya no me fiaba de mi familia, sobre todo de mi marido.

Wiebke asintió, de repente pareció desesperada.

—Eso fue mucho antes. La policía vino al desaparecer usted, hizo un montón de preguntas raras sobre usted y su familia. Yo estaba preocupada por usted porque la última vez que la vi la noté desesperada y con miedo. Solo quería ayudar, ¿entiende?

Hannah asintió rápidamente.

—No era mi intención reprocharle nada.

Wiebke pareció tranquilizarse, cogió aire.

—Semanas más tarde volvió a venir la policía. Me acribillaron a preguntas, siempre las mismas, no dejaban de insistir. Por un momento me planteé mencionarles el bolso.

—¿Lo hizo?

Wiebke negó con la cabeza.

—No fui capaz.

—¿Qué la detuvo?

—De repente vi su rostro ante mí. Recordé la última vez que había estado aquí, su expresión desesperada, agobiada. Casi parecía estar padeciendo dolor físico. Retrospectivamente, supongo que se estaba usted despidiendo de su madre. Aún recuerdo que me sorprendió que ese día no estuviera su hija – por primera vez en mucho tiempo. Pero antes de poder hablarle, ya había desaparecido.

Tras cerrar la puerta tras de sí, Hannah se sintió completamente abatida. La visita a su madre la había afectado muchísimo, al igual que la conversación con la enfermera Wiebke.

A continuación había ido a una tienda de descuentos para comprar una tarjeta de prepago. Luego había cogido una habitación en una pensión pequeña e insignificante en Morsum, creyendo que allí no resultaría fácil localizarla.

Y aquí estaba.

Sentada en la cama, cogió el móvil de Lotte e intentó meter la tarjeta. Le temblaban las manos tanto que le llevó un buen rato conseguirlo.

Luego encendió el aparato deseando que tuviera carga suficiente. Respiró aliviada al ver dos rayitas arriba a la derecha.

Lotte se había olvidado de traerle también el cargador. Tendría que volver a salir y conseguir uno. Pero de momento, la carga debería de llegar para un par de llamadas urgentes. Buscó en los contactos, encontró, efectivamente, el número de Lotte y lo marcó.

Mientras estaba sonando, Hannah se tiró sobre la cama para descansar un poco. Le pesaban las extremidades, que parecían de plomo, y en la cabeza notaba un martilleo. Pero el tiempo apremiaba y tenía que pensar, idear la manera de acceder a la información que podría poner en marcha sus recuerdos.

Miriam… su suegra.

Volvió a incorporarse, a punto de dar por finalizada la llamada a Lotte, cuando su amiga respondió por fin.

—¿Dónde estás? —preguntó Lotte sofocada, como si le faltara el aliento.

—He alquilado una habitación para pasar la noche —contestó—. ¿Y tú? ¿Has salido a correr?

—Casi —respondió la amiga—. Estoy en la cinta de correr. ¿En qué hotel estás?

Hannah titubeó, la voz de su amiga sonaba extrañamente comprimida.

A punto de contarle la verdad, algo la detuvo.

—En un hotelito en Rantum —mintió—. Necesitaba urgentemente una ducha y una cama cómoda antes de desfallecer.

—Te entiendo. ¿Qué planes tienes ahora?

—Encontrar respuestas.

—Si puedo ayudar en algo…

—Pues mira, puede que sí. Si te pido de corazón que seas completamente sincera conmigo, ¿me harías ese favor?

Por un momento, al otro lado de la línea reinó el silencio, luego oyó una respiración fuerte.

—¿Por qué me lo preguntas de esa forma? ¿Qué pasa, Hannah? ¿Es que no confías en mí? ¡Deberías saber que yo jamás te mentiría!

Hannah guardó silencio, dejó que las palabras de su amiga surtieran efecto. Luego preparó mentalmente lo que diría a continuación.

—He estado con mi madre —explicó—. Allí he mantenido una conversación con una de las enfermeras… —Se interrumpió al notar un nudo en la garganta, luchó contra él—. Lo que dijeron esos policías es cierto. Todo, cada palabra.

—¿A qué te refieres exactamente? —preguntó Lotte y Hannah tuvo de nuevo la sensación de que su amiga parecía expectante, al acecho.

—Que no me fiaba de Rubén, que por eso no quería que fuese a ver a mi madre. Ese régimen de visitas del que habló la policía es verdad que lo impuse yo y que iba sobre todo dirigido a mi marido, ¿entiendes? Esta enfermera me ha contado que, aparentemente, por no se sabe qué motivo, yo parecía tenerle mucho miedo a Rubén**.**

—Vale, pero ¿qué quieres que te diga? Has mencionado antes que sea completamente sincera contigo.

—Sí, espera. Me he enterado de más cosas todavía. —Se calló, hizo una breve pausa para calmarse—. Tras mi desaparición la policía descubrió que había sacado una cantidad muy grande de dinero del banco, un dinero que no volvió a aparecer por ninguna parte. Ahora ya sé dónde pudo haber estado.

—¿Ah sí?

—Lo había escondido en una bolsa de viaje que dejé en la residencia de mi madre. Y esta enfermera me vio marcharme con esa bolsa poco antes de mi desaparición, lo que significa que la policía también lleva razón en ese punto.

—O sea, ¿que tu huida fue premeditada?

—Eso es —soltó Hannah—. Y ahora lo que quiero saber de ti es: ¿lo sabías? ¿Te comenté algo? Tanto sobre mis dudas con respecto a Rubén como sobre mi plan de huida.

Lotte suspiró precavida.

—Sí, cari, y siento mucho no haberte dicho nada esta mañana. No quería agobiarte más. Temí que te volvieras loca si te contaba que todas las conjeturas de la policía son ciertas. ¡Estaba muy preocupada por ti!

—Vale, vale, pero dímelo ahora, por favor. ¿Qué te dije exactamente antes de largarme?

—Cambiaste muchísimo en muy poco tiempo —comenzó Lotte con voz baja—. Al principio pensé que se debía a que nuestras vidas eran muy diferentes, que te alejabas de mí porque no tengo hijos, no tengo familia. Pero en un momento dado me di cuenta de que no era por mí, sino por ti y por todo lo que te estaba pasando.

—¿Qué te hizo pensar eso? ¿Ocurrió algo concreto? ¿Te lo conté?

—Al principio fue tu comportamiento lo que me desconcertó. Parecías desesperada y no parabas, cualquier bobada te hacía perder los nervios, estabas casi paranoica. Cuando te lo comenté, al principio no quisiste hablar de ello, lo que me entristeció mucho. Al fin y al cabo éramos amigas y me dolió que no confiaras en mí. Pero un día, te derrumbaste. No, peor que eso. Te dio un ataque de histeria. —Se interrumpió, carraspeó—. No hacías más que decir cosas sin sentido.

—¿Qué cosas?

—Que lo único que le importaba a Rubén era el dinero, que estaba muy enfadado porque hubieras insistido en hacerle firmar las capitulaciones matrimoniales. Que el accidente de tus padres era una especie de venganza por su parte y que le facilitaría muchas cosas. Al principio no entendí a qué te referías, pero luego lo pillé.

En tu cabeza te habías montado una película que parecías creerte a pies juntillas.

—¿Qué película? Por favor, cuéntamelo. ¿No ves que no recuerdo nada?

—Afirmabas que Rubén nunca te había querido y que lo único que le importaba era tu herencia. Que por eso había provocado de alguna manera el accidente de tus padres. Quería que tus padres murieran para que el dinero fuera a parar a ti. Sin embargo, tu madre había sobrevivido, estaba en coma en esa residencia. Te aterraba la idea de que fuera a visitarla a la residencia para rematar lo que había empezado. Dijiste literalmente que temías que fuera a matarla para llevar a cabo su plan y tú recibir todo lo de ella. Estabas incluso convencida de que después se desharía de ti. Según el contrato matrimonial, él no recibiría nada si te dejaba él a ti o tú a él. Para que él tuviera acceso a tu dinero, tú tenías que estar muerta.

—Pero ¿de dónde saqué todo eso? ¿Cómo pude llegar a pensar que Rubén había tenido algo que ver con el accidente de mis padres? Esto no tiene ningún sentido. Él y yo, éramos muy felices.

—Por aquel entonces ya no —contestó Lotte—. Me contaste que te solía tratar como un pedazo de mierda, que te humillaba constantemente y que, en una ocasión, incluso llegó a pegarte.

Dijiste que estaba tratando de volverte loca. Te culpaba a ti de que vuestro matrimonio pendiera de un hilo.

—¿Te conté qué motivos daba para justificar eso?

—Sí. Supuestamente habías empezado a beber y por eso tenías a Zoe abandonada.

—Yo jamás…

—Eso también me lo aseguraste entonces y estabas convencida de que de alguna manera te estaba drogando para que no fueras consciente y no pudieras cumplir con tus obligaciones de madre. ¿En serio que no lo recuerdas?

—No, no recuerdo nada de todo eso.

—Pues fue así. Te pasabas el día durmiendo mientras que Zoe berreaba como loca. En una ocasión, vuestros vecinos tuvieron que

llamar incluso a la policía porque estaban muy preocupados porque el bebé no paraba de llorar.

—De verdad que no recuerdo nada. Es que ni siquiera puedo imaginármelo —suspiró Hannah—. ¿Me creías todo lo que te contaba de Rubén?

—Para serte sincera, me costaba hacerlo —admitió Lotte—. Porque habíais sido tan felices, porque siempre hablabas maravillas de él, de lo bien que te trataba. Ese cambio fue tan repentino que no me resultaba nada fácil dar crédito a tus palabras, pero… —Se interrumpió avergonzada.

—¿Pero qué?

—Tu comportamiento, tus ojos cuando hablabas de él y de lo que te hacía… Llegados a un punto me di cuenta de que era verdad.

—¿Por qué? ¿Qué más pasó?

—Le tenías miedo, estabas aterrada incluso y eso… eso no se puede fingir, a no ser que se sea un psicópata o un actor jodidamente bueno.

La cabeza de Hannah iba a mil, luego se armó de valor.

—¿Me ves capaz de haber matado a Rubén?

Silencio.

Largo.

Muy largo.

Luego un gemido.

—Lotte, por favor, ¡tienes que decírmelo!

—Sí porque pienso que en la situación en la que te encontrabas y dado lo desesperada que estabas, creías que no te quedaba otra.

DIECISÉIS

NORUEGA/REINE

—Gracias por traerme —le dijo al joven policía, cerró la puerta del coche y respiró aliviada.

Las últimas seis horas las había pasado en un hospital y en comisaría – un tiempo que podría haberse ahorrado. Tal como había supuesto, el examen ginecológico no había revelado nada, al igual que la entrevista subsiguiente en comisaría.

Al acercarse a la puerta de casa, notó un nudo en el estómago. Se había ido con Fin muy enfadado. Supuso que ese enfado aún no se le habría pasado. Ya tenía el dedo en el timbre cuando, de golpe, se abrió la puerta. Un vistazo a la cara de Fin confirmó sus sospechas.

¡Ahora no! resonó un grito en su interior.

Sin decir ni una palabra, pasó a su lado, entró y se dirigió directamente a la cocina. Necesitaba una taza de café y después, una ducha, entonces se sentiría lista para enfrentarse a Fin. Tras dejar la taza bajo el chorro de la máquina de café, dos brazos la abrazaron desde atrás.

Se giró hacia Fin, lo miró a los ojos.

Entonces comprendió lo mucho que se había equivocado con él. No estaba enfadado, más bien desesperado. Tenía los ojos hinchados y rojos.

Tragó, trató de evitar su mirada.

—¿En el hospital qué? ¿Qué han encontrado? —preguntó con voz ronca.

—Sin lesiones en la pared vaginal, sin huellas de esperma reciente. La médica incluso examinó mi recto – ahí también todo correcto. Ese hombre no me tocó.

Fin resopló aliviado.

—¿Y la policía? —preguntó—. ¿Qué tienen pensado hacer ahora?

Elara se liberó del abrazo, seguía sin poder mirarle a los ojos preocupados.

—Supongo que no me creen. Pero eso ya lo sabías, ¿verdad?

—Mientras estabas fuera, vino gente de la científica. Examinaron tu coche. Los agentes han prometido avisar si encuentran restos de piel o cabellos que no sean tuyos.

—No van a encontrar nada —replicó Elara, resignada, por fin lo miró—. El tío ese es real. Llevaba un pasamontañas en la cabeza, por eso no van a encontrar cabello y estoy bastante segura de que también llevaba guantes.

Fin asintió, ahora parecía mucho más cansado que antes.

—Liva se ha enterado de algo. Quiero que lo sepas. Se despertó cuando vino la policía y me preguntó qué había pasado.

Inspiró asustada, notó que el cuerpo empezaba a temblarle.

—¿Se lo has dicho?

Él negó con la cabeza.

—No te preocupes. Le he dicho que te pararon para hacerte una prueba de alcoholemia, que resultó positiva, y que por eso vino la poli.

—Gracias —murmuró.

—No me las des. La verdad me parece una carga demasiado pesada para ella. Pero en serio, Elara, odio mentirle a la gente que quiero, ¿lo entiendes?

Ella asintió con la cabeza.

—Pero para Liva es mejor así. Contarle la verdad, la asustaría.

—Ya está asustada. Igual que yo. Estamos los dos muy preocupados por ti.

Elara se apartó un poco de él.

—¿Me estás diciendo que tú tampoco me crees?

La miró con ojos sombríos.

—Sí, que te han asaltado lo creo, pero sospecho que me estás ocultando una parte muy importante de tu pasado. Seguramente sea esa la razón de por qué le has mentido a la policía.

—No he mentido, Fin. Todo lo que les he contado acerca del asalto de esta noche pasó tal cual. Tan solo que no mencioné que posiblemente sea mi ex el que esté detrás de todo – y lo hice por una buena razón.

—¡La policía podría protegeros a ti y a Liva, Elara! ¡Pero solo si les cuentas por fin la verdad!

Ella negó lentamente con la cabeza.

—Tú no lo entiendes.

—¡Pues explícamelo de una vez! —gritó Fin en un *ex abrupto* salido de la nada, para, acto seguido, volver a desplomarse indefenso.

Se apartó de él hasta dar con la cadera contra la encimera del otro lado de la cocina americana.

Por un momento se le pasó por la cabeza contarle el mismo cuento que le había contado a Helena, pero se lo pensó mejor.

—Es un hombre muy peligroso —dijo finalmente—. En Oslo la policía no pudo ayudarme. Por eso me marché con Liva y fuimos a dar aquí.

Fin la miró consternado.

—¿Y ahora qué vas a hacer? ¿Quieres volver a recoger tus bártulos y largarte como hiciste en Oslo?

Elara bajó los ojos al darse cuenta de que él temía precisamente aquello que ella acababa de plantearse mentalmente.

Por un momento reinó el silencio en la cocina, luego Fin soltó una maldición no apta para menores.

—Tengo que salir de aquí —le espetó tras lo que pareció una sentida eternidad y se fue hecho una furia.

Elara se lo quedó mirando, se frotó los ojos, desesperada. Como en trance, cogió su café, se sentó a la mesa, cerró los párpados.

No supo cuánto tiempo había permanecido así sentada, pero al volver a abrir los ojos, vio a Fin de pie ante ella, con una mirada que no supo interpretar.

—¿Has vuelto?

Fin asintió, resopló antes de coger una silla y sentarse frente a ella.

—Hay algo más…

Ella tan solo lo miró, esperó.

—Poco antes de que llegaras llamó la policía. Dicen que van a mirar si averiguan algo acerca del BMW blanco que te persiguió, pero en cuanto a lo del SUV, no creen que vayan a descubrir nada porque en base a tu declaración suena a que se trata de un coche de alquiler. Dicen que estés localizable en caso de que surja algo. Les he dado tu número de móvil. —Se interrumpió, cogió

aire—. Por cierto, he llevado a Liva a casa de Suvi. La traerán por la tarde. Pensé que tras lo de anoche, necesitarías algo de tiempo para ti o lo que sea…

—¿Qué tienes pensado hacer ahora? —preguntó ella en voz baja.

Él se encogió de hombros, parecía a punto de romper a llorar.

—Tengo que alejarme, ¿vale? Pensar… Puede que todavía sigáis aquí a mi vuelta.

—Fin está muy cabreado contigo —comentó Liva mientras estaban lavando los platos y miró a Elara con suspicacia.

En cuanto Helena la hubo traído como habían acordado, se había retirado a su habitación y durante la cena apenas había abierto la boca.

—Está preocupado —respondió Elara—. Me pasé con la bebida y pude haber causado un accidente. La policía me ha puesto una buena multa y me ha amenazado con retirarme el carné si se repite.

—¿Y por qué bebiste tanto?

—Me lo estaba pasando bien con Helena —contestó Elara—. Charlamos y nos reímos. Me olvidé de que había llevado el coche y

perdí la noción del tiempo. De hecho, cuando arranqué, me sentía bien, pero, según la policía, iba haciendo eses. Por eso me pararon y me hicieron el test de alcoholemia.

Liva hizo una mueca.

—¿Vas a tener que ir a juicio por eso?

Elara frunció el ceño, miró a su hija.

—¿De dónde sacas eso?

—Suvi me contó que un primo suyo causó un accidente porque iba conduciendo borracho y casi lo meten en la cárcel.

—Pero yo no tuve ningún accidente, Liva.

—¿No?

—No, no pasó nada, cariño. ¿A qué viene esta pregunta tan rara?

—Los padres de Suvi estuvieron cuchicheando hoy. Hablaban de ti.

El corazón de Elara se le aceleró.

—¿Oíste algo? —preguntó con algo de precipitación de más.

Liva parpadeó brevemente, luego negó con la cabeza.

—Nada. Suvi y yo pasamos por delante del salón y oí tu nombre. Nada más.

Elara alzó los hombros aliviada.

—Supongo que Fin les habrá contado que la policía me echó un rapapolvo. Seguro que estaban comentando eso.

Liva la miró, no muy convencida, se encogió de hombros.

—Me voy para cama.

—¿Ya? —Elara le echó un vistazo al reloj colgado en la pared.

Ni siquiera eran las ocho y su hija solía luchar por cada minuto extra para no tener que ir para cama tan pronto.

—¿Estás enfadada conmigo? —quiso saber.

Liva negó con la cabeza, pero no resultó muy convincente.

—Fin y tú estáis muy raros últimamente. Eso me da miedo. —Calló, hizo una mueca como si fuera a llorar—. Quiero mucho a Fin, mamá. No quiero que se vaya.

Elara le dio un abrazo fuerte.

—No va a hacerlo, tesoro, te lo prometo. Es solo que está un poco enfadado conmigo y por eso se fue a casa de su colega. Los hombres suelen hacer esas cosas. Cuando se les hace cuesta arriba,

se van y luego vuelven cuando ya están más tranquilos. Ya verás, mañana cuando te despiertes, ya habrá vuelto.

Pasaban de las once de la noche y Fin todavía no había regresado. Elara cogió el móvil, buscó su número, pulsó por vigésima vez la tecla de llamada. Pero, al igual que las veces anteriores, él rechazó la llamada. Tampoco reaccionaba a los mensajes que le mandaba, y eso que los leía todos.

Por un momento sopesó si escribirle lo que había dicho Liva, pero luego descartó la idea. No sería justo hacerle reaccionar en base a eso. Era culpa suya, y solo suya, que él se hubiera visto tan sobrepasado como para marcharse de casa.

Lo único que le escribió fue que estaba muy preocupada por él, dio al botón de enviar.

Al cabo de dos segundos aparecieron los dos tics azules que atestiguaban que había leído el mensaje.

Quedó observando, esperando a que al menos le respondiera con un par de palabras. Pero nada.

A punto de guardar el móvil, vio que por fin estaba escribiendo algo. Cerró los ojos, esperó, el tono agudo de aviso la sobresaltó. Contó mentalmente hasta cinco, abrió los ojos.

Ahora ya sabes lo que se siente.

Elara cerró los ojos, volvió a abrirlos al instante al oír de nuevo el aviso del móvil.

Esta noche me quedo en casa de Henry y Tommy.

Elara se quedó mirando la pantalla, tratando de no llorar. Se le revolvió el estómago al pensar cómo reaccionaría Liva cuando a la mañana siguiente despertara y descubriera que Fin no había vuelto, tal como le había prometido.

Tenía la boca seca como un estropajo, vio que él estaba escribiendo algo más, que paraba una y otra vez, parecía estar sopesando las palabras.

El móvil fuertemente agarrado, no apartó los ojos de la pantalla y esperó sin respirar.

Por fin entró el mensaje:

Volveré antes de que se despierte Liva.
¡Y espero de corazón que todavía sigáis ahí!

Soltó un sollozo, cerró los ojos.

—Gracias —dijo con voz entrecortada. Releyó las palabras de Fin una y otra vez, apretó el móvil contra el pecho antes de encaminarse hacia el dormitorio.

Estaba mareada y con muchas ganas de vomitar cuando despertó sobresaltada de un estado de duermevela. Abrió la boca, trató de respirar, pero el tórax le pesaba tanto que era como si alguien hubiera depositado un saco de cemento en su torso.

Estaba tiritando, pero al mismo tiempo creyó estar derritiéndose por dentro. Pero eso no era lo peor.

Por mucho que lo intentaba, no conseguía mover ni un solo dedo, por no mencionar levantar el brazo entero.

Se le habían dormido las extremidades, su cuerpo entero parecía estar rebelándose. No tenía fuerza en los músculos e incluso abrir la

boca resultaba una hazaña de titanes.

Cuando por fin logró abrir los párpados, se enfrentó a un cansancio soporífero y se quedó mirando fijamente la oscuridad. Indefensa.

¿Por qué no soy capaz de moverme? se le pasó por la cabeza, pero no dio con ninguna explicación.

Desesperada, volvió a intentar alzar los brazos, pero nada… Era como si no fuera más que una carcasa de goma y pensamientos confusos.

¿Qué estaba pasando aquí?

Al menos el corazón parecía funcionarle con normalidad, latía con tanta fuerza contra las costillas que le hacía daño. Y entonces, de repente, lo notó… la presencia de un cuerpo.

¡Había alguien más en la cama!

En el lado de Fin.

Percibió un olor pesado en el ambiente.

Almizcle, sándalo, pimienta roja…

¡El perfume de él!

Entonces el colchón se movió, a su lado se alzó una sombra. Una mano le tapó la boca. Pegada a su oreja izquierda sonó una risa perversa.

—¿En serio pensabas que una cerradura nueva y un irrisorio sistema de alarma iban a detenerme? —susurró una voz malvada.

La mano sobre su boca apretaba con tanta fuerza que con los dientes incisivos se estaba cortando su propio labio.

—He de admitir que has cazado un tío muy majo. —Otra risa malvada. Luego un jadeo fuerte—. ¿Sabe lo que hiciste? Lo dudo…

La respiración se hizo más fuerte, luego la mano bajó de la boca hasta la garganta, apretó. Elara quiso gritar, pero no consiguió emitir ni un solo sonido. Luego la mano alrededor de la garganta aflojó. Cogió aire, ansiosa, se atragantó, tosió.

La habitación se llenó con aquella risa malvada.

—Puedes largarte las veces que quieras, te encontraré vayas donde vayas, puta.

Un tirón, luego la mano deslizándose debajo de la camiseta, agarrándole el pecho con tanta fuerza que se le nubló la vista.

—Nadie de tu entorno está a salvo de mí, ¿me oyes?
Ella asintió con la cabeza, notó que se mareaba.
A partir de ahí, no sintió nada más.

DIECISIETE

SYLT/WESTERLAND

Desde la conversación con Lotte, Hannah estaba como en trance. Y eso que ya había contado con que su amiga le confirmaría sus peores temores.

Pero aun así, no había perdido la esperanza de que Lotte le presentara otra explicación para todo y que no le confirmara que, efectivamente, en el pasado había planeado el asesinato de su marido.

Pero ¿qué significaba eso ahora?

Seguía sin saber con certeza absoluta qué había ocurrido realmente. ¿De verdad había matado a Rubén para largarse luego con Zoe? Y si así fuera, ¿dónde había pasado estos últimos años? Se dejó caer en la almohada, cerró los ojos, los abrió acto seguido.

Si había matado a su marido, ¿por qué no habían encontrado todavía su cuerpo?

¿Es que seguiría vivo?

¿Estaría involucrado en el hecho de que ella no recordara nada de estos últimos años?

Zoe, ¿estaría con él?

Volvió a incorporarse, trató de concentrarse, a pesar de la niebla en su cabeza. ¿A quién podía acudir en busca de respuestas?

Solo se le ocurrió una persona, pero esta llamaría al instante a la policía o la estrangularía con sus propias manos…

Pero ¡algo tenía que hacer!

De repente se le ocurrió una idea.

Una idea arriesgada y seguramente cara, pero tal vez la única opción que le quedaba.

—Cien pavos —dijo el tío, recalcando sus palabras frotando el dedo índice contra el pulgar.

Hannah frunció el ceño.

—Que solo es una llamada.

—Ya, pero a mí me suena a gato encerrado, me da que no es muy legal lo que pretende. Al fin y al cabo, me está diciendo que llame a la mujer para sacarla de su casa y que me haga pasar por poli. ¿Y si luego me denuncia? ¡En ese caso estoy jodido!

Hannah suspiró.

—Oculte su número de móvil. Puede hacerse. Así no sabrá quién la llama.

—¿Y si no pica el anzuelo? ¿Y si cree que es una broma pesada?

—Correré el riesgo. Si así fuera, usted va a cobrar igual.

—¿Cien pavos?

Hannah suspiró.

—Vale, está bien.

—¿Y cuándo quiere que llame?

—Tan pronto hayamos llegado cerca de la casa.

—O sea, ¿que tengo que ir con usted? —El joven la miró no muy convencido—. ¿Y si resulta usted ser una pervertida?

—Escuche —dijo Hannah, tratando de controlarse y no sonar demasiada dura—. Esto no es una broma, ¿vale? Le estoy pidiendo que me haga un favor y le voy a pagar cien euros por una sola

llamada. Luego no volverá a saber de mí en su vida y tampoco tendrá problemas por esto. Dígame si lo va a hacer o no y punto. ¿Qué? ¿Se decide? ¡No tengo todo el tiempo del mundo!

Hannah miró expectante al hombre.

Lo había escogido precisamente a él porque estaba solo, con una mochila y un saco de dormir a cuestas, o sea, no dispondría de muchos ingresos económicos y estaría solo de paso.

—Vale —aceptó por fin—. ¿Y a dónde tenemos que ir?

—Son solo diez minutos en coche.

Él se quitó la mochila, fue hacia el maletero, la metió dentro, se sentó en el asiento del copiloto.

Durante el viaje, Hannah lo instruyó acerca de la llamada, con la esperanza de haber hecho una buena elección con este mochilero.

Se detuvo en una bocacalle delante de la casa de su suegra, le hizo un gesto de ánimo al joven.

—¡Esto va a ser pan comido!

Él la miró sin decir nada, ahora ya no se lo veía tan relajado.

Por fin cogió el móvil, ocultó el número, marcó.

Cuando, efectivamente, pareció surgir alguien al otro lado de la línea, soltó como un profesional el discurso que ella le había repetido una y otra vez durante el viaje.

Al cabo de un rato finalizó la llamada, le sonrió.

—Debería hacerme actor, ¿no le parece? ¡La vieja se ha tragado cada jodida palabra que le he soltado!

Una vez se hubo apeado el mochilero y marchado con cien euros más en el bolsillo, Hannah ocupó un puesto de vigilancia que había escogido cerca de la casa de Miriam.

Estaba bastante segura de que su suegra no la vería. Tras el espectáculo furibundo en el hospital ni siquiera contaría con que apareciera por aquí. Además, era el coche de Lotte, o sea, completamente libre de sospecha.

Se armó de paciencia y esperó sentada en el coche a que Miriam saliera de la casa. Cuando, poco después, su suegra, efectivamente, salía en coche del garaje y se acercaba al suyo, Hannah reclinó el asiento y permaneció allí tumbada hasta que su suegra hubo pasado.

Para asegurarse, siguió un poco más en aquella postura antes de volver a incorporar el asiento y salir del coche para llevar a cabo su plan.

Se dirigió de manera relajada a la casa de Miriam, un par de metros antes de llegar, se metió en un callejón para, sin que los vecinos la vieran – ojalá – meterse en el jardín de su suegra. Durante todo el trayecto no dejó de pensar en lo arriesgado que era su plan.

Al fin y al cabo, cabía la posibilidad de que Miriam ya no estuviera sola, que hubiera incluso vuelto a casarse.

Una vez llegada a la valla, se deshizo de todas sus dudas. Si así fuera, el nuevo hombre en la vida de Miriam la hubiera acompañado al hospital. Su suegra la había atacado estando alterada e histérica. Una pareja seguramente habría intentado tranquilizarla o al menos no la habría dejado ir sola.

Volvió a comprobar si había alguien observando, saltó por encima de la valla. Al aterrizar sobre el césped al otro lado, respiró aliviada, luego fue corriendo hacia la terraza, tiró de la puerta del jardín de invierno.

—¡Mierda! —maldijo.

Cómo había podido ser tan ingenua como para suponer que Miriam dejaría abierta esta puerta. Con pocas expectativas de éxito, bajó las escaleras para probar suerte en la puerta del sótano.

Esta puerta tampoco cedió.

Luego recordó que Rubén había discutido en más de una ocasión con su madre por ser tan imprudente y dejar una llave de reserva escondida en el jardín. Pero ella había insistido que era necesario por si se les olvidaban las llaves dentro.

Miriam seguro que seguiría con esa manía ya que ni el propio Rubén había sido capaz de convencerla de que no era una buena idea.

Hannah volvió a subir las escaleras a toda prisa, echó un vistazo al jardín.

—¿Dónde la has escondido? —murmuró, saltando de maceta en maceta, levantándola para al final mirar debajo del felpudo de la puerta. Pero no dio con ninguna llave escondida.

Se fijó en la pequeña cabaña de madera en la que se guardaban el cortacésped y los utensilios de jardinería.

Hannah fue corriendo hacia allí, abrió el pestillo, entró, empezó a buscar.

Finalmente encontró el llavero en una regadera vacía debajo de las estanterías de la pared, soltó un suspiro de alivio. Pero la búsqueda había llevado demasiado tiempo. Un valioso cuarto de hora, como le confirmó un vistazo a la pantalla del móvil.

Entró en la casa a través del sótano.

A los cinco minutos había rebuscado todas las cajas y cartones almacenados en una de las habitaciones del sótano hasta dar con algo. En una de las cajas habían guardado ropa de bebé y ropa de niña.

¡Zoe!

Sin poder dar crédito, cogió una prenda tras otra, la apretó contra el pecho, la olió, antes de que las emociones la apabullaran y las piernas le cedieran. Cayó de rodillas, siguió rebuscando en la caja a la vez que se hacía un sinfín de preguntas.

¿Por qué guardaba Miriam la ropa de su hija en el sótano?

Entonces se percató de que seguramente no había podido llevarse todo en su huida.

Miriam habría recogido el resto de la ropa de Zoe por no poder desprenderse de ella. Eso la hizo evocar imágenes antiguas. Con el corazón encogido recordó lo contenta que estaba Miriam cuando había cogido por primera vez a Zoe en brazos. Aquella abuela rebosaba orgullo.

Hannah trató de no llorar, cerró la caja, siguió buscando. En otras cajas dio con los juguetes de Zoe, con la ropa de un hombre adulto, con álbumes de fotos.

Cogió uno, lo hojeó, se detuvo en una foto en la que se veía a Rubén con una niña rubia de unos dos añitos.

¡Zoe!

Quedó mirando fijamente la cara de su hija, trató de poner en marcha sus propios recuerdos, pero nada…

En su cabeza tan solo existían imágenes de Zoe de bebé.

Siguió hojeando el álbum, encontró una foto en la que estaban los tres. En aquella foto Zoe debía de tener alrededor de tres añitos. La peque y Rubén tenían ambos una sonrisa de oreja a oreja, ella, sin embargo, transmitía una sensación de fingimiento y extraño artificio.

Hannah decidió llevarse el álbum, lo apartó. Luego inspeccionó la siguiente caja, en la que encontró un sinfín de archivadores. Sacó uno, vio que en él se guardaban antiguas declaraciones de la renta al nombre de Rubén.

Los archivadores siguientes contenían extractos de cuentas antiguos y documentación variada. Hannah reflexionó una milésima de segundo, tomó una decisión. ¡Tenía que llevarse la caja!

Tras echarle un vistazo al reloj, decidió que ya era hora de largarse con sus hallazgos, antes de que volviera Miriam. Al fin y al cabo, tenía que darle tiempo de salir y llegar hasta su coche sin que la viera.

A velocidad de crucero volvió a ordenar y apilar las cajas, cogió el álbum, lo colocó encima de la caja de cartón que quería llevarse y se fue.

Cuando media hora más tarde entraba por fin en su habitación del hotel, seguía como un flan. Pero lo había conseguido. Soltó aire aliviada, dejó el botín sobre la cama.

Cogió uno de los archivadores de las declaraciones fiscales, repasó cada papel, pero fue el nombre de Rubén el que llamó su atención.

¡Rubén Schwarz!

¡El nombre de él, pero el apellido de ella!

Recordó que, al casarse, él había aceptado cambiar su apellido por el de ella. Rubén Fendt se había convertido por matrimonio en Rubén Schwarz…

Y de golpe le volvieron más recuerdos.

Y todavía más: le pareció oír la voz de Rubén.

Estaba furioso con ella, la insultaba con una batería de maldiciones barriobajeros, le echaba en cara que se había sacrificado por ella, que incluso había firmado las malditas capitulaciones matrimoniales…

Necesitó mucho tiempo para ubicar aquella escena recordada y volver a respirar con normalidad.

¿En serio había ocurrido así?

¿Lo habían discutido?

Sí… reconoció.

La discusión había surgido por un tema legal, por algo que había hecho que Rubén estallara de aquella forma tan desmesurada.

Pero ¿el qué?

Cerró los ojos, contuvo la respiración.

¡La autorización bancaria!

La había querido convencer para que le firmara una, pero ella no había querido.

Pero ¿por qué no?

Rubén era su marido y como tal, en caso de necesidad, debería poder tener acceso a su patrimonio. ¿Por qué arriesgarse entonces a tener una pelea por eso?

Y entonces también lo recordó:

Tenía que ver con sus padres, mejor dicho, con su madre. Esta le había insistido en que esperara un poco más, a llevar más tiempo casada con Rubén, a conocerlo mejor y poder valorar si realmente era de fiar.

Pero ¿por qué había desconfiado su madre de Rubén?

¿Tenía que ver con lo del contrato matrimonial?

Volvió a recordar la escena. Vio a Rubén, mirándola consternado, con la carpeta en la mano.

Se masajeó las sienes, trató de establecer la línea temporal de los retazos que le venían a la mente. Tuvo que haber sido poco antes de la boda.

Que le hubiera pedido que firmara estas capitulaciones, había ofendido a Rubén. Tras comentarlo con sus padres, ella había comprendido que tras solo un año de relación no podía

saber con certeza quién era Rubén en realidad, a raíz de lo cual había hecho redactar las susodichas capitulaciones.

Más tarde le había contado a su madre la discusión que había surgido a causa del contrato y esto la había hecho desconfiar… desconfiar de su futuro yerno.

Hannah gimió.

También había sido su madre la que le había recomendado insistir en el tema de cuentas separadas, cosa que también había hecho saltar a Rubén. Sin embargo, al final había acabado cediendo.

Volvió a recordar cómo la había abrazado, le había susurrado al oído que la amaba sobre todas las cosas y que solo por eso firmaría lo que fuera si ella así se lo pedía.

Aquellas palabras de amor empalagosas ¿habían sido puro teatro?

¡Pero Lotte le había contado algo muy parecido!

Con gesto pensativo cerró el archivador, sacó otro, lo abrió. Contenía extractos bancarios. Hannah los hojeó, pero no dio con nada que le llamara la atención. Sacó otro archivador con más extractos bancarios, siguió hojeando. Hasta dar con unos extractos de tarjeta que la hicieron detenerse, perpleja.

¿*La Platería*?

Se había topado con aquel nombre un par de veces ya, pero no tenía ni la menor idea de por qué Rubén había gastado varios cientos de euros precisamente en aquella tienda.

La Platería…

Cogió el móvil, deslizó el dedo por la pantalla, abrió internet, introdujo el nombre en el buscador.

Se trataba del taller de una artista que creaba joyas de plata de gran calidad. En su mayoría, piezas únicas que se vendían a un precio muy elevado.

Dejó el móvil, se puso a pensar.

¿Por qué había hecho Rubén tantas compras en ese sitio?

Y sobre todo, ¿para quién?

A ella no le gustaban las joyas, no llevaba ni pendientes ni cadena, a Rubén le había costado convencerla para que se pusiera al

menos la alianza de diseño tan inusual. Y Miriam, la madre de él, tan solo usaba joyas de oro.

¿Para quién, entonces, le había comprado su marido todas aquellas cosas tan caras?

Cuando comprendió lo que significaba, la boca se le llenó de bilis. ¡Rubén había tenido una aventura con otra mujer! ¡La había estado engañando!

¿O habría algo más?

Según las palabras de Lotte, le tenía miedo a Rubén porque la maltrataba y controlaba e incluso la amenazaba.

Dejó el archivador a un lado, sacó otro de la caja, lo abrió. Los extractos bancarios que contenía este se correspondían con el año en el que habían tenido el accidente sus padres.

Estudió cada uno de los extractos con detenimiento, hasta que le llamaron la atención unas cuantas retiradas concretas de dinero en efectivo. Durante varios días seguidos, Rubén había retirado cada vez varios cientos de euros, haciendo un total de cuatro mil euros.

¿Para qué había necesitado tanto dinero en tan poco tiempo?

Se fijó en las fechas. A las pocas semanas del accidente de sus padres.

Al formarse en su cabeza una imagen, se le escapó un jadeo.

Sus padres en el asiento del piloto y del acompañante, ella, de niña, en el asiento de atrás. Su padre era un conductor seguro, siendo ella niña y ya adulta, su padre jamás le había hecho el más mínimo arañazo a ninguno de los innumerables coches que había tenido.

¿Y luego un accidente mortal?

Hannah sacudió la cabeza.

Eso no tenía ningún sentido.

Rubén…

¡Rubén, una y otra vez!

Eran sus propias palabras las que había resumido Lotte al teléfono. ¡Y no eran bobadas de una histérica! ¡Todo llevaba a él!

A Hannah se le paró el corazón.

Rubén se había deshecho de sus padres no solo por el dinero, sino, sobre todo, ¡para dominarla a ella! La idea de Rubén habría

sido debilitarla con la muerte de sus padres y hacerla más vulnerable para así poder presionarla y manipularla con más facilidad.

¿Qué era lo que había dicho Lotte sobre ella?

¿Que había empezado a beber, que había perdido pie y había desatendido a Zoe? Hannah negó con la cabeza. Eso tenía tan poco sentido como lo del accidente mortal de su padre.

Seguramente había descubierto las intenciones malvadas de Rubén, eso al final la había puesto en un peligro mucho mayor.

Por lo tanto, cabía la posibilidad de que lo que le hubiera hecho a su marido, seguramente ni se consideraría asesinato. Más bien defensa propia, pura y dura. Siempre y cuando, estuviera efectivamente muerto, claro.

DIECIOCHO

NORUEGA/REINE

Al abrir los ojos, lo primero que se apoderó de ella fueron las náuseas. Había claridad en la habitación, tanta que por un momento creyó haberse quedado dormida, pero al echarle un vistazo al despertador, vio que apenas pasaba de las siete de la mañana.

Se incorporó, no sin dificultad, preguntándose qué le pasaba. Apartó las mantas a base de patadas, respiró aliviada al notar el aire frío acariciándole la piel y con él llegaron los recuerdos de la noche anterior.

El hombre en su cama…

¿Había sido un sueño? ¿Una pesadilla?

No había sido capaz de moverse, de emitir ni un solo sonido.

Le había dicho algo que la había asustado.

Cerró los ojos, se concentró.

Nadie de tu entorno está a salvo de mí…

Elara tragó para combatir las arcadas. Si efectivamente no había sido más que una simple pesadilla, ¿por qué había resultado tan real la sensación de su mano tapándole la boca? Se había mordido la parte interna de los labios. ¡Si hasta había notado el sabor de su propia sangre!

Y luego el perfume. ¡Reconocería ese olor entre miles!

Se levantó, fue al cuarto de baño, abrió el grifo, se lavó la cara con agua congelada, bebió un buen trago para deshacerse del desagradable sabor que tenía en la boca.

Finalmente, alzó los ojos, se examinó en el espejo.

Las ojeras estaban muy marcadas, estaba tan pálida que el rojo de los labios resaltaba de manera antinatural. Con los dedos tiró del labio inferior hacia abajo, vio las diminutas heridas en el interior.

Sin embargo, ¿no lo hacía desde pequeña, rechinar con los dientes y dañarse las encías y la parte interior de las mejillas?

Era muy probable que se hubiera mordido el labio en sueños.

Se apartó del espejo para quitarse la camiseta cuando vio el rasgón.

Al instante se puso a temblar como un flan, le fallaron las piernas y se dejó caer sobre las baldosas del suelo. La cabeza empezó a darle vueltas, el mareo se apoderó de ella y lo supo, la temible realidad: no había sido una pesadilla, el hombre que la había atacado anoche era real. Había estado aquí, en su casa, ¡en la casa en la que creía estar a salvo!

¿En serio pensabas que una cerradura nueva y un irrisorio sistema de alarma iban a detenerme?

El intruso había susurrado, por lo que no podía afirmar con certeza que, efectivamente, fuera su marido quien se había acostado a su lado y la había atormentado y amenazado.

Pero ¿cómo podía ser?

Tanto el cerrajero como el técnico que había instalado el sistema de alarma eran especialistas y le habían asegurado que ahora ningún extraño podría entrar en la casa.

Pero entonces, ¿cómo lo había hecho él?

¿Y cómo era posible que siguiera con vida?

Rememoró aquel día, se volvió a ver a sí misma confrontada con el peor momento de su vida. El día en el que había quedado sellado su fin.

Recordó la sangre, el cuerpo flácido cuando lo…

¡No! Echó con todas sus fuerzas aquellas imágenes de su mente, cogió una bocanada de aire. Decidió que era muy improbable que hubiera sobrevivido. Pero, pensándolo bien, ¿quedaba completamente descartado?

Se le vino a la mente el ataque en la carretera la otra noche. Los ojos en la rendija del pasamontañas. Aquel no había sido su marido. Para nada. Había sido… *¡No!*

Su cuerpo se negó a aceptarlo. Al mismo tiempo fue consciente de con quién tenía que vérselas y lo que significaba aquello.

Se incorporó, salió tambaleante del cuarto de baño, recorrió el pasillo hasta la habitación de su hija, abrió la puerta de golpe.

¡Estaba vacía!

Cogiendo varios peldaños a la vez, corrió al piso de abajo. Oyó voces y risas en la cocina…

Se paró en seco, respiró aliviada y le costó retener las lágrimas. Lágrimas de alivio.

Liva y Fin estaban en casa.

Estaban bien.

Respiró hondo y se encaminó a la cocina tratando de adoptar un gesto neutral.

—Buenos días —dijo lo más casual que pudo, le dio un beso en la frente a Liva, luego miró a Fin—. ¿Podrías acompañarme un momento arriba?

Él le devolvió la mirada frunciendo el ceño.

—Tenemos que hablar —dijo ella con firmeza—. Creo que te debo una explicación.

Transcurrieron varios minutos durante los cuales no apartó los ojos de Fin, sin decir ni pío.

—¿Lo entiendes? —dijo en voz baja—. Es por esto por lo que no quería hablar. Sabía que me mirarías de otra manera. Igual que Helena.

Él sacudió la cabeza, tan solo la miró consternado, como si le costara creer lo que acababa de oír.

Carraspeó, se armó de valor.

—¿Es cierto? ¿Te he entendido bien? ¿Le contaste a la madre de Suvi que habías atacado a tu marido y que habías secuestrado a vuestra hija?

—Sí. Tenía que contárselo a alguien. Estaba a punto de volverme loca.

—¿Y por qué no me lo contaste a mí?

—Porque sabía que ibas a juzgarme. Tenía miedo, no quería perderte si llegabas a enterarte de quién soy realmente: una mujer que le ha arrebatado la hija a su padre.

—¡No, cariño! Eres una mujer que quiso salvar su propia vida cuando no tenía a nadie más que la ayudara. —Fin soltó una especie de carcajada desesperada—. Has malinterpretado mi reacción. No te estoy juzgando. Es solo que acabo de entender unas cuantas cosas. Ahora entiendo por fin por qué no querías hablar con la policía. ¿Por qué no te sinceraste conmigo antes? Jamás te hubiera presionado de esta manera.

Se interrumpió, ocultó el rostro tras las manos. Un gesto de indefensión que casi le rompió el corazón a Elara porque seguía ocultándole un importante capítulo de la historia.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó ella, solo por decir algo.

Él la miró, hizo una mueca.

—Ya se me ocurrirá algo, cariño. Prometido. Pero antes… —Le apartó el pelo de la cara, nervioso, parecía estar pensando desesperadamente—. Tenemos que irnos de aquí —soltó por fin—. Si el tío ese ya entró en casa una vez, volverá a hacerlo.

—¿Nos vamos a un hotel?

Fin negó con la cabeza.

—Tengo una idea mejor. —La miró compungido—. Nos vamos a trasladar unos días a mi piso. Allí estaremos a salvo. Se ve que ayer estuvo esperando a que quedaras sola. Debió de enterarse de que me largué cabreado y aprovechó la ocasión. Hoy vamos a actuar con cuidado. Es imposible que vigile la casa a todas horas. Eso nos brindará la oportunidad de desaparecer a escondidas.

—¿Aún conservas tu piso? —preguntó Elara sorprendida.

Fin se sonrojó.

—Como no sabía cómo iba a funcionar lo nuestro, quise curarme en salud y tener un sitio al que poder volver en el peor de los casos.

—Te entiendo —dijo ella en voz baja—. En serio.

—Pues venga. Hagamos las maletas para unos cuantos días y larguémonos.

—¿Y si va a recoger a Liva al colegio?

Fin la miró, reflexionó.

—¿Sabes qué? Di que está enferma.

—¿Y cómo le explico eso a Liva?

Fin la miró muy serio.

—Puede que vaya siendo hora de que le cuentes por fin toda la verdad a tu hija.

Entre tanto, ya había llegado y pasado la tarde.

El piso de Fin era minúsculo en comparación con la casa que compartían, y también bastante más caótico, pero aun así, muy acogedor.

Pero ¿realmente estarían tan seguros aquí como creía Fin?

En el edificio vivía, además, una señora mayor que, tras la muerte de su marido, le había alquilado a Fin el ático.

Aunque la señora tenía ochenta y largos, resultaba tranquilizador saber que ella y Liva no estarían solas cuando Fin tuviera que irse varios días.

Al pensar en su hija, a Elara se le formó un nudo en la garganta.

Había aceptado el consejo de Fin y le había contado a Liva lo mismo que a él. Pero ocultarle a su hija parte de la historia había resultado mucho más doloroso de lo esperado. Sobre todo porque Liva no comprendía la gravedad de la situación.

Liva se había quedado de una pieza al enterarse de que su padre biológico era el responsable de todo lo malo que le estaba pasando últimamente a su madre. Al fin y al cabo, Liva conocía la misma versión que también le había contado a Fin tras conocerse. Le costó asimilar que su padre estuviera cerca y que tratara de hacerles daño a su madre y al novio de esta.

Incluso se había ofrecido a hablar con su «papá» para hacerle entrar en razón.

Pero Elara no había sido capaz de hacerle entender a Liva que aquel hombre no era un padre normal que amaba a su hija y que

quería recuperarla. Al contrario, era alguien que no se detendría ante nada con tal de conseguir su objetivo.

Sin embargo, lo que la propia Elara no lograba entender era qué había pasado anoche en su casa. ¿Por qué no la había matado aquel tipo? ¿Por qué no había aprovechado la ocasión?

¡Porque antes quiere torturarte y verte hundida!

De repente regresaron las náuseas. Sin embargo, resultaba obvio, era la única explicación plausible.

Corrió al baño ante las miradas sorprendidas de Liva y Fin, pero ya no podía andarse con más consideraciones. Pudo llegar al baño y levantar la tapa del inodoro justo a tiempo antes de vomitar.

Cuando su estómago se hubo vaciado, se dio cuenta de que no estaba sola en el cuarto de baño.

Se levantó, miró a Fin, agotada.

—No tienes por qué preocuparte, aquí ese gilipollas no nos va a encontrar —trató de tranquilizarla.

Elara asintió, pero no quedó muy convencida.

—Hemos tenido mucho cuidado —comentó Fin—. Sabes que no nos ha seguido nadie.

Ella asintió, dejó que la abrazara.

—Estoy que no puedo con el alma —le dijo, hizo una mueca.

—Normal, después de todo lo que te ha pasado. Venga, acuéstate un rato y descansa.

—¿Y Liva? Todavía no ha cenado y dentro de dos horas le toca meterse en cama. Yo ya me acostaré después.

Fin sacudió la cabeza con decisión.

—Ya nos arreglaremos, cariño. Prometido. Nos vamos a Birdie House y pillamos unas hamburguesas y unos *nuggets* para cenar.

Elara se opuso consternada.

—¡No podéis salir, Fin! ¿Qué pasa si os ve y os sigue?

Fin la miró con indulgencia.

—Estamos a más de treinta kilómetros de Reine. ¿Por qué iba a estar acechándonos aquí? No sabe nada de mí ni conoce la existencia de este piso porque hace siglos que no vengo.

—Aun así —respondió Elara—. No me parece buena idea.

—Lo ha propuesto Liva —admitió finalmente—. Creo que ansía un poco de normalidad después de todo lo que ha descubierto hoy.

Elara reflexionó, miró a Fin.

—Vale, puede que tengas razón. —Se calló, carraspeó—. ¿Tienes un arma por si las moscas?

Con el susto, Fin soltó un jadeo.

—Tengo una escopeta de caza en el sótano, pero te aseguro que no voy a andar por ahí con ella a cuestas. Y mucho menos estando con Liva.

—Pues entonces llévate por lo menos un cuchillo, por favor.

—¿Por qué? Lo dicho, nadie va a dar con nosotros porque nadie sabe que estamos aquí.

—¡Por favor! —La propia Elara distinguió el pánico en su voz, apretó asustada los labios.

—Vale, si así te quedas más tranquila —cedió Fin, pero la observó preocupado—. Pero tú ahora vas a meterte en cama y vas a descansar, ¿me oyes? Puede que después de dormir algo, lo veas todo con otros ojos.

—Venga, hombre, eso no te lo crees ni tú —respondió ella con más fuerza de la intencionada y lo miró furiosa—. ¿Cómo puedes estar tan tranquilo? Ahí fuera anda un demente suelto que sabe Dios lo que tiene en mente y vas tú y te crees que con dormir un poco ya no tengo que volverme loca de miedo.

Fin la miró muy serio.

—Escúchame bien, Elara. El tío será un mierda, pero también es humano. Y con los humanos hasta ahora siempre he sabido lidiar. ¿Por qué iba ser diferente en esta ocasión? —La atrajo hacía sí, la abrazó, la besó, la miró a los ojos—. Confía en mí, cariño. Voy a andar con cuidado y a traerte a tu hija de vuelta sana y salva.

Lo miró, asintió sin decir nada, pero seguía paralizada por culpa del miedo.

Había tantas cosas que quería decirle. Aquello que tal vez debía confesarle por fin.

Por ejemplo, que sus dudas no tenían nada que ver con su falta de confianza hacia él. Que, sin embargo, era una sensación casi

física de que la amenaza seguía omnipresente, que la vida de todos ellos corría peligro tan pronto uno de ellos pusiera un pie en la calle.

Lo peor de todo era la voz en su cabeza.

Un susurro que la avisaba y recomendaba que les diera un abrazo fuerte a sus seres queridos ya que podría ser la última vez que tuviera ocasión de hacerlo.

DIECINUEVE

SYLT/WESTERLAND

Hannah llevaba lo que le pareció una eternidad tendida en la cama del hotel, mirando al techo, reflexionando sobre qué hacer para sacar más recuerdos de las profundidades de su mente.

No sabía muy bien qué hacer con los pocos pedazos que se habían desprendido hasta ahora. Pero una cosa sí que tenía cada vez más clara: no le quedaba mucho tiempo para encontrar a Zoe sana y salva.

Aunque su hija ya casi tuviera nueve años, seguía necesitando desesperadamente a su madre si el padre era efectivamente el perturbado que parecía ser.

Contuvo la respiración, escuchó su interior.

Dejó entrar el peor de los pensamientos al que podría enfrentarse una madre: saber que su hija corría peligro inminente.

Zoe podría morir.

Se le aceleró el corazón, los nervios se le pusieron de punta y lo único que percibió fue la certeza de que Zoe seguía ahí fuera, en algún sitio. Viva. ¡Ahí estaba, ese lazo invisible que une a una madre con sus hijos! Existía, ella sentía con una certeza lacerante que albergaba simultáneamente temor y esperanza.

¡Sí, Zoe estaba viva!

Pero ¿dónde empezar a buscarla?

Si ni sabía cuándo ni cómo ella misma había llegado a la isla, ni si había llegado acompañada de Zoe.

Recordó las cámaras de vigilancia de la estación de tren. La policía había llegado antes que ella, o sea, conocían las grabaciones. Pero si llamaba a los agentes, la localizarían. Y si eso pasaba, ¿cómo iba a poder buscar luego a Zoe?

Por una milésima de segundo, sin embargo, barajó la posibilidad de llamar a jefatura y preguntar si había bajado del tren con Zoe a su lado. La policía podría ayudarla. Pero enseguida desechó esa idea. Aunque no hubiera llegado sola, Sylt era una isla grande y su hija podría estar en cualquier parte.

¿Y Rubén?

¿Qué pasaba con Rubén?

¿Estaba muerto o, contra todo pronóstico, había conseguido sobrevivir?

Pero si siguiera con vida, ¿no habría contactado con su madre? La relación madre-hijo de Rubén y Miriam había sido una relación muy estrecha, al menos durante el período que recordaba. Él jamás la hubiera dejado en la inopia acerca de lo ocurrido.

Y el ataque en el hospital… Miriam había actuado llevada por la desesperación y el odio. Se había comportado como una mujer a la que le habían arrebatado a su único hijo y que sabía que jamás volvería a verlo.

Si ella era capaz de sentir el lazo entre ella y Zoe, entonces Miriam tenía que sentir algo similar entre ella y su hijo.

Pero si realmente había matado a Rubén y si había escondido su cadáver tan bien que la policía a día de hoy todavía no lo había encontrado, todo esto no tenía ningún sentido. ¿Quién si no podría andar detrás de todo y tener a Zoe?

De repente, un frío helador se apoderó de ella.

Sus ojos se dirigieron a la caja que había traído de la casa de Miriam.

¡La joyería! ¡La Platería!

Rubén había hecho muchas compras en ella y para ella no habían sido, eso ya lo sabía. Al igual que tenía bastante claro que Rubén le había puesto los cuernos con alguien.

Esa mujer podría ser la clave, la llave que estaba buscando. Al menos, era la única pista que hasta ahora no había investigado.

Hannah se levantó con determinación, cogió la caja y salió de la habitación del hotel para dirigirse al coche que le habían prestado.

La Platería, un taller de arte, se encontraba en la zona peatonal de Westerland, el lugar donde los turistas estaban más que dispuestos a gastar un montón de dinero en las *boutiques* y tiendas.

Inspiró hondo, abrió la puerta, fue hacia el joven de detrás del mostrador.

—¿Es usted el artista que fabrica todas estas piezas extraordinarias?

El hombre esbozó una sonrisa amplia, negó con la cabeza.

—Soy estudiante, trabajo aquí en las vacaciones. La diseñadora es Paula. Está atrás en el taller, trabajando.

Hannah lo miró, ladeó la cabeza.

—Imaginemos que hay un cliente que viene varias veces al año y gasta varios cientos de euros en cada visita, ¿cabría la posibilidad de que usted o la dueña recuerden qué piezas ha adquirido?

El joven se la quedó mirando, negó con la cabeza.

—Me extrañaría. Aquí entra a diario un montón de gente, muchos vuelven una y otra vez, incluso los turistas. ¿Cómo vamos a poder mantener un control de lo que ha comprado alguien a saber cuándo?

Hannah tragó, perdiendo la esperanza, aun así preguntó:

—Pero ¿y si tuviera el extracto de tarjeta con la fecha de la compra y el importe exacto?

—¿Y cuándo se supone que fue eso?

—Hace más de cinco años.

El vendedor la miró atónito.

—Hace cinco años yo ni trabaja aquí. Y no conozco a mis antecesores.

—Puede que la dueña sepa algo. Al fin y al cabo, es su tienda y ella la artista. Estoy segura de que tiene una clientela fija que le deja mucho dinero y que incluso puede que le pidan piezas por encargo.

—Lo dudo. Ella no viene a la tienda. Se pasa gran parte del día atrás, fabricando las joyas. A veces se acerca hasta aquí si viene un cliente que quiere información específica, pero nada más.

—Aun así, ¿podría hablar con ella un momento?

El joven suspiró.

—Puedo preguntarle, pero no se haga muchas ilusiones. Paula es… bueno, Paula es Paula. No le gusta que la molesten cuando está trabajando.

El chico se giró, regresó al cabo de un rato acompañado de una mujer que pasaba tranquilamente de los cincuenta. Pero por su manera de vestir, su pelo teñido de rojo intenso y su maquillaje exagerado, aparentaba tener quince años menos. No fue hasta que se hubo acercado más y Hannah le hubo visto las arrugas y líneas de expresión que le calculó la edad más probable.

—Perdone que la moleste —se disculpó Hannah sonriendo—. Soy Hannah y tengo una pregunta para usted.

—No hace falta —replicó Paula de manera brusca—. Mi empleado ya me ha contado todo, pero, en serio, no puedo hacer nada por usted. —La mujer la miró con brío, alzó los hombros—. Aunque en base a su extracto y el nombre pudiera recordar lo que el cliente compró, no se lo diría. No puedo hablar así sin más con desconocidos acerca de mis clientes. Y da igual las razones que me presente.

Hannah asintió resignada.

—Bueno, tenía que intentarlo. No me quedaba otra.

—¿Y por qué no le pregunta a él directamente? —preguntó Paula, ahora un poco más amable.

—¿Cómo dice?

—A su marido —respondió la mujer sonriendo—. Porque ha venido porque ha descubierto en el extracto de tarjeta de su marido cargos que no sabe cómo explicar. Me imagino que su marido habrá comprado joyas en mi tienda y que no habrán sido para usted sino para otra persona. Así que, ¿por qué no le pregunta a él directamente?

Hannah miró a la mujer a los ojos, de repente creyó ver un atisbo de esperanza.

—Me gustaría, pero, por desgracia, mi marido ha fallecido.

Paula abrió mucho los ojos, soltó un «oh» sentido.

—Lo siento mucho. Aun así… de verdad que no puedo ayudarla. Me resulta imposible descubrir en base a recibos de hace cinco años qué vendí por aquel entonces. ¿Ha encontrado algún recibo de caja o factura al menos?

—Me temo que no.

—¿Cómo se llamaba su marido?

—Rubén —respondió Hannah, algo rápido de más y conteniendo la respiración, tan excitada estaba—. Rubén Schwarz.

La mujer entrecerró los ojos.

—¿Es posible que su marido fuera rubio y llevara un corte de pelo de los años ochenta?

—Arriba corto y atrás largo —le confirmó Hannah, resopló—. ¿O sea que puede ponerle cara a ese nombre?

—Solía venir con frecuencia, varias veces al año y recuerdo que decía… —Sacudió la cabeza, se calló incómoda.

—¿Qué decía?

Paula la miró con lástima en los ojos.

—Que las joyas eran para su prometida. En una ocasión vino con él… Lo siento si le hago daño contándole esto.

—No se preocupe. Por favor. ¿Quién era ella?

—No sé su nombre, pero era una belleza, tenía el pelo castaño con mechas rubias. Apenas la recuerdo, pero sí recuerdo que se los veía muy compenetrados. Me acuerdo tan bien de Rubén porque un día me contó, rebosante de felicidad, que pronto iba a ser papá.

A Hannah la recorrió un escalofrío.

—¿Recuerda cuándo fue eso exactamente?

—A finales del verano de 2018. Estoy completamente segura. Y por esa razón Rubén quería comprarle algo muy especial a su prometida, para demostrarle lo feliz que lo hacía. Por cierto, fue la última vez que compró algo aquí. Luego no volví a verlo nunca más.

Hannah cerró los ojos, inspiró hondo, notó la ira apoderándose de ella con tanta fuerza que la hizo temblar.

Al volver a abrir los ojos, Paula la estaba mirando, preocupada.

—¿Quiere un vaso de agua?

Hannah asintió, apagada.

Paula miró a su empleado, este se dirigió rápidamente hacia la parte de atrás en busca del refresco solicitado.

—¡Hombres! —soltó la diseñadora, con desprecio en la voz—. A mí me pasó algo muy parecido. El mío me estuvo poniendo los cuernos durante años y por culpa de ese imbécil renuncié a ser madre. Él ya tenía hijos y no quería más. Y yo no podía imaginarme una vida que no fuera envejeciendo a su lado. —Se interrumpió, miró a Hannah—. He aprendido la lección, ahora hago lo que me da la gana y no dejo que nadie me diga lo que tengo que hacer.

—Tome. —El chico le entregó a Hannah un vaso de agua, que ella vació de un solo trago.

—Muchas gracias. —Le devolvió el vaso vacío.

—¿Tiene idea de quién podía ser esa mujer? —quiso saber Paula.

Hannah negó con la cabeza, luego emprendió la retirada. Ya casi había traspasado la puerta cuando de reojo vio un colgante precioso en un caballete negro.

Se acercó a él.

—Este serafín es realmente impresionante. Nunca había visto una representación igual de un ángel —dijo y cogió la pieza.

Paula sonrió.

—Diseñarlo me costó lo suyo. A esos seis pares de alas les debo unas cuantas canas.

—Sin embargo, ¡le ha salido precioso!

Paula volvió a sonreír.

—¿Le gusta?

Hannah asintió.

—¿Cuánto cuesta?

—Para usted, dos cientos cincuenta.

Hannah se paró a pensar. Era mucho dinero, pero sintió la necesidad de comprar aquella pieza, aunque no pudiera permitírsela.

—Es una pena que no tenga tanto dinero —dijo con sincero pesar—. ¿Podría guardármelo?

Paula frunció el ceño, miró a Hannah.

—¿Puede darme un adelanto por lo menos?

Hannah repasó mentalmente cuánto dinero le quedaba, finalmente asintió.

—¿Le parecen bien ciento cincuenta euros? De momento no tengo más.

La artista asintió con la cabeza, se quedó mirando la joya en silencio.

—¿Le gustaría oír la historia que se esconde tras ese colgante?

Hannah asintió y esperó.

—Lo empecé hace apenas seis días, dejándome llevar por un impulso, y me quedé trabajando en él hasta muy entrada la noche. No sé por qué ni cómo se me ocurrió la idea. Es un diseño complicado de verdad. Pero una vez hube empezado, no fui capaz de dejarlo. Tenía que acabarlo sí o sí y desde entonces no he dejado de preguntarme por qué de repente surgió este serafín en mi cabeza y por qué no volvió a salir de ella hasta que lo hube acabado. —Se interrumpió, miró a Hannah, ladeó la cabeza— ¿Cree en las casualidades?

Hannah negó sin decir nada.

—Ve, yo tampoco. —Paula suspiró, cogió la joya del caballete, se la tendió—. Creo que desde el principio estaba destinado para usted.

Hannah se quedó mirando fijamente el ángel, luego miró a la diseñadora.

—Lo dicho, no llevo el importe total encima.

Paula sonrió.

—Deme los ciento cincuenta y lléveselo. Si algún día vuelve a pasar por aquí, ya me dará el resto.

—¿En serio?

Paula sonrió.

—Completamente. Estoy convencida de que nadie en estos momentos lo necesita más que usted.

De vuelta al hotel, Hannah no dejaba de mirar la bolsita con el logotipo de la platería.

No le entraba en la cabeza cómo había podido comprar aquel colgante teniendo un presupuesto tan ajustado y ya tan menguado. Había sido una necesidad interior, la de poseerlo sí o sí.

Pero ¿por qué?

Y luego la historia que le había contado Paula.

Sentía que la mujer había dicho la verdad y que tocarle la vena sentimental no había sido una artimaña de vendedora.

Pero ¿qué significaba aquello?

Respiró hondo, se apartó de la carretera al sentirse mal de repente. Apenas le dio tiempo de desabrochar el cinturón y sacar la cabeza por la ventanilla cuando un chorro de vómito salió disparado.

Las arcadas la hicieron jadear y romper a sudar.

Cuando hubieron pasado, volvió a enderezarse, a abrocharse el cinturón. Inspiró hondo un par de veces. A punto de arrancar el motor, cambió de idea y en vez de eso cogió la bolsa. Sacó la cajita, la abrió y con cuidado sacó el colgante.

Un dolor repentino y muy fuerte le atravesó la cabeza. Luego una cara. No era un rostro atractivo como el de Rubén, sino una cara amable, de niño, con ojos afectuosos de los que quedó prendada.

De repente la cara se transformó en la de un hombre adulto. Los ojos cálidos de hacía un momento ahora tan solo reflejaban vacío, el rostro estaba rígido y pálido… ensangrentado. ¡Sangre por todas partes! En la frente, el pelo, la nariz…

Hannah jadeó, apretó los ojos para luchar contra las imágenes. Era demasiado, el miedo a lo que sus recuerdos pudieran sacar a la luz se elevó al infinito.

Pero ya era imposible detener aquel aluvión de imágenes.

En su cabeza surgió otro rostro más. El de una niña de casi nueve años.

Zoe…

Se le escapó un grito de la garganta.

La imagen perdió fuerza…

A esas alturas su cuerpo temblaba sin control, le dolía la piel y tenía frío y sudaba al mismo tiempo.

Entonces vio una casa.

Pintada de rojo, con ventanas blancas. Un jardín grande desde el que se veía el mar. Oyó la risa de una niña llamando a alguien.

«¡Fin!»…

Hannah tragó tratando de controlar otra arcada.

¡Fin! Conocía aquel nombre, de repente supo que era un sobrenombre cariñoso.

Sus ojos se clavaron en el colgante que tenía en la mano y que de repente ardía como si fuera de fuego.

¡Serafín!

Gimió. Por eso su cerebro había reaccionado con tanta fuerza ante el colgante. Porque su subconsciente había captado la similitud de ambos nombres para finalmente procesarlos y convertirlos en recuerdos.

Hannah notó lágrimas ardientes resbalándole por las mejillas.

Cuando empezó a sonarle el móvil, lo sacó del bolsillo del pantalón, miró la pantalla. Lotte… Rechazó la llamada, tiró el móvil sobre el asiento del copiloto, cogió aire.

—Fin... —susurró desesperada. Amaba tanto a aquel hombre. Y Zoe también lo amaba.

De repente, aparte del deseo de encontrar a su hija, surgió otra razón más para seguir adelante.

Quería… no… tenía que volver a ver a Fin.

Abrazarlo.

Besarlo.

Pero toda aquella sangre…

Algo se le pasó por la cabeza. Algo tan horrible que necesitó de todas sus fuerzas para permitir que se quedara.

Aquel hombre de su recuerdo.

Serafín.

Fin.

¿Seguía vivo?

¿Cabía la posibilidad de que Zoe siguiera con él?

VEINTE

SYLT/WESTERLAND

Cuando Hannah maniobró el coche hacia el *parking* del hotel, las manos seguían temblándole y le costó aparcar el coche. Cuando por fin lo logró, respiró, desabrochó el cinturón y agarró la cajita con el colgante y el bolso antes de apearse del coche prestado.

Con piernas temblorosas se fue a la habitación, cerró la puerta, se tiró agotada en la cama. Se preguntó seriamente cómo había podido llegar sin haber chocado con otro coche o sin acabar tirada en una cuneta.

Se concedió unos minutos de descanso, cerró los ojos y trató de apartar por un instante todo de su cabeza para respirar sin más.

No lo consiguió…

En su cabeza no paraban de aparecer escenas que en cuestión de milésimas de segundo volvían a desvanecerse para dejar sitio a una nueva instantánea. Todas aquellas imágenes no parecían tener ninguna relación entre ellas y le resultó imposible reconocer una estructura.

Desesperada, apretó las manos contra las sienes doloridas, tuvo que controlarse para no gritar de frustración.

A lo largo de los últimos días había rezado una y otra vez con la esperanza de recordar por fin. Sin embargo ahora que lo había conseguido, no se sintió liberada, sino deprimida. Y no solo porque esos recuerdos aparecieran de manera confusa ante su ojo anterior. También resultaba imposible compatibilizar las imágenes invasoras

con su propio pasado. Pero ¿en serio esos retazos de recuerdos eran suyos? Y si así era, ¿a qué período de su vida pertenecían?

Si al menos consiguiera ordenar cronológicamente las imágenes para tapar los innumerables agujeros dentro de sus recuerdos…

Seguía con los ojos fuertemente cerrados, obligándose a sí misma a respirar con calma y a concentrarse. Pero cuanto más lo intentaba, más se tensaba su interior hasta que, en un momento dado, el cansancio mental tomó el control… quedó profundamente dormida.

La despertó un zumbido.

Hannah parpadeó confundida, se dio cuenta de que ya era de noche. El zumbido se detuvo, sin embargo, volvió a sonar poco después.

¡El móvil!

Se incorporó, encendió la lámpara en la mesilla de noche, miró alrededor, encontró el aparato junto a ella en el colchón. Vio que Lotte la había llamado un sinfín de veces. O sea, que tenía que ser urgente. Dio al botón de rellamada mientras que todos los escenarios posibles le pasaban por la cabeza.

¿Habría surgido algo nuevo en la investigación?

¿Habría la policía encontrado a Zoe?

—¿Dónde demonios te habías metido? —sonó la voz de Lotte a través del altavoz—. ¡Estaba muy preocupada, joder!

—¿Ha pasado algo? —preguntó Hannah y oyó el pánico en su propia voz.

—¿Por qué lo preguntas?

—Pues, como has intentado contactar conmigo un montón de veces, he supuesto que tenía que ser algo importante…

—Solo quería saber cómo estás, porque estaba preocupada. ¿Dónde estás ahora?

Hannah estuvo a punto de hablarle a Lotte de su visita a la platería y del colgante, cuando se detuvo porque algo dentro de ella

se estaba cerrando a cal y canto a divulgar todo lo que había descubierto. Al igual que antes, tampoco ahora le reveló la verdad sobre dónde se encontraba en aquel momento.

—Estoy en el coche —mintió.

—¿Y a dónde vas?

—Pues no tengo ni idea. Estoy agotadísima, he aparcado no sé dónde y he dormido un poco —siguió mintiendo.

—Pensaba que estabas en un hotel en Rantum.

—Y lo estaba —respondió Hannah—. Pero por motivos de seguridad me he ido de allí.

—¿Por la policía?

—Supongo que a estas alturas ya me estarán buscando.

—Sí, es posible.

—¿Y tú no te has enterado de nada más? ¿No ha contactado nadie contigo para preguntar por mí?

—No, hasta ahora no —contestó Lotte.

Durante un rato reinó el silencio entre ellas, luego Lotte suspiró.

—¿Qué pasa, Lotte?

—Me siento mal pensando que andas sola por ahí, ¿entiendes? Quiero ayudarte, apoyarte.

—A mí no puede ayudarme nadie —soltó Hannah—. La única persona que puede ayudarme, soy yo misma. Tengo que recordar algo ya.

—¿Sigues sin tener ni idea de lo que pasó?

—En mi cabeza solo hay niebla.

—Tengo que verte —soltó Lotte de repente—. ¿Dónde podemos quedar?

—No sé —respondió Hannah—. No quiero arrastrarte a mi mierda. Al final aun vas a meterte en líos por mi culpa.

—Podemos quedar en un sitio apartado de Sylt, donde nadie se esperaría encontrarte. En Morsum, por ejemplo. Dudo que te estén buscando allí.

A Hannah le dio la impresión de que la voz de Lotte encerraba un tono de exigencia.

Eso no le gustó.

¿Estaría tendiéndole una trampa para entregarla a la policía?

A estas alturas no se fiaba de nadie y se preguntó si Lotte, efectivamente, solo estaba preocupada por ella. ¿Querría quedar para asegurarse de que estaba bien? ¿O había algo más?

De hecho, ¿por qué tenían que verse en persona?

—¿Qué? —insistió Lotte y en esta ocasión Hannah distinguió perfectamente un deje de irritabilidad en su voz.

—Vale —respondió con la esperanza de sonar a persona que se había dejado convencer—. Pero primero deja que me espabile. Ya te llamaré dentro de un rato.

Tras la conversación telefónica mantenida con Lotte, Hannah quedó ensimismada mirando el móvil hasta que se activó su subconsciente y le guio los ojos hacia la caja que estaba en el suelo.

¡Sigue buscando!

¡Estás muy cerca!

Se levantó de golpe, sacó los archivadores, los extendió sobre la cama y empezó a hojearlos.

Al llegar a los recibos de la platería que databan del año de su desaparición, se detuvo perpleja.

Poco a poco creyó reconocer un patrón. Los recibos se concentraban alrededor de fechas concretas. Volvió a repasarlos, reconoció que los pagos efectuados cerca de navidad y a principios de marzo y finales de mayo eran los de los importes más altos.

Recordó lo que le había dicho Paula. Que Rubén y su amante estaban supuestamente prometidos, que ella estaba esperando un hijo suyo.

O sea, que esas fechas podrían ser aniversarios o el cumpleaños de la otra.

Se le aceleró el corazón al recordar que a finales de mayo ella también siempre salía en busca de un regalo. El cumpleaños de Lotte era el 31 de mayo.

Eso no podía ser, titubeó… volvió a repasar los extractos, vio que, efectivamente, tan solo unos días antes Rubén había comprado una

joya muy cara en la tienda. Y no solo en una ocasión…

Tragó, notó que a causa de la tensión la cabeza estaba empezando a dolerle.

¿Su mejor amiga?

La primera en entrar en su vida había sido Lotte, luego, algún tiempo después, Rubén.

Y había sido su amiga la que se lo había presentado.

Eso había acontecido cuando aquel acosador le había hecho la vida imposible.

Lotte le había prometido que un conocido suyo, o sea Rubén, que después de haber sido policía ahora trabajaba de guardaespaldas, le quitaría de encima a aquel chiflado. Cosa que había hecho y ahí había comenzado todo. Había visto en Rubén a su héroe y se había enamorado de él.

Que Hannah le hubiese confesado que ella y Rubén eran pareja, había llenado a Lotte de orgullo. Se había comportado como la diosa del amor que le había traído la felicidad a su amiga. Cuando a los pocos meses le había contado a Lotte que bien podía imaginarse envejecer junto a Rubén, su amiga se había entusiasmado.

También había sido Lotte la que había insistido en que dejara que Rubén se fuera a vivir con ella y que formalizara la relación, que se atara a aquel tío tan genial, a pesar de que ella misma no se veía aún preparada para el matrimonio.

Sin embargo, Hannah se había dejado contagiar del entusiasmo de Lotte y había permitido que esta le comiera la oreja por lo que, encantada, había dicho que sí cuando Rubén le había pedido matrimonio de manera algo precipitada.

Los pensamientos y recuerdos en su cabeza fueron formando una imagen que todavía no estaba dispuesta a aceptar del todo.

Nadie era capaz de urdir un plan tan pérfido. ¿O sí?

Sin embargo, echando la vista atrás, los acontecimientos encajaban y formaban un relato coherente.

Pero ¿y Lotte?

¿Su mejor amiga, en la que había confiado durante tantos años?

Se levantó de golpe, recorrió la habitación de un lado a otro y volvió a dejarse caer en la cama junto a los archivadores

desperdigados.

Todo encajaba.

Primero Lotte, luego el acosador, a continuación Rubén.

De hecho, ¿no había sido Lotte la que le había aconsejado no hacerles caso a sus padres en cuanto a lo del contrato matrimonial?

Sí, Lotte había tratado de convencerla de que un amor tan grande como el suyo no necesitaba de capitulaciones ni contratos. Que eran una muestra de desconfianza que ofenderían mucho a Rubén y que eso le dolería en el alma.

Hannah notó su cuerpo endurecerse, al darse cuenta de lo que significaba aquello y volvió a recordar la discusión con su supuestamente mejor amiga.

¿Acaso las palabras literales de Lotte no habían sido que ofendería mucho a Rubén si lo obligaba a firmar una separación de bienes según la cual en caso de divorcio se iría con las manos vacías? Sí, eso mismo. La expresión abuso de confianza se había mencionado varias veces.

¿Cómo no se había fijado ya entonces en la vehemencia con la que Lotte se había posicionado del lado de Rubén?

El amor es ciego y el amor que sentías por ese hombre te impedía ver lo fundamental, entendió ahora.

Hannah emitió un gemido cuando el hilo de sus pensamientos restantes se fundió para formar un todo.

Lotte, el acosador y Rubén – tres componentes inseparables, eso estaba claro. Su mejor amiga y Rubén habían ido directamente a por ella, el objetivo a desplumar.

Pero ya que – por culpa del contrato matrimonial y las capitulaciones – su plan se había ido al traste, habían tenido que espabilar y presionarla de otra manera.

Si eso era cierto, el accidente de sus padres no había sido tal, sino un asesinato planeado a sangre fría por ambos. Por un lado porque Rubén sabía que ella se convertiría en la heredera y por otro, porque de esa manera Rubén y Lotte podían aislarla por completo. Lo cual, efectivamente, habían conseguido. La muerte de su padre y la grave lesión de su madre que la había dejado en coma de por vida habían bastado para conmocionarla de manera tan profunda que se

lo había puesto en bandeja a Rubén. De manera sistemática la había ido empujando hacia el abismo.

Al igual que el plan de Rubén de denunciarla, de hacerla dudar se sí misma y de volverla loca poco a poco, un plan que casi le había salido bien. Solo había quedado hacer pasar su muerte por un suicidio y se hubiese frotado las manos.

En ese caso Rubén se habría quedado con todo lo suyo – con la casa, con toda su fortuna y, con el tiempo, también con la de sus padres.

Hannah cogió una bocanada de aire al comprender de repente otra cosa más: había tenido que ser Lotte la que había impedido su huida.

Había sido tan ingenua como para confiar ciegamente en su amiga. De manera franca y sincera le había contado su plan de abandonar a Rubén y de desaparecer durante una temporada. Le había confiado que estaba buscando pruebas que demostraran la implicación de Rubén en el accidente de sus padres y con eso había puesto en peligro su propia vida.

¿Por qué en su día no habría acudido directamente a la policía?

Vale, Rubén era expolicía, pero en el momento de los acontecimientos llevaba años fuera del cuerpo. Sin embargo, ella no se había atrevido a pedir ayuda oficial. ¿Por qué? ¿Por qué había optado por planear su propia desaparición?

¡No contaba con pruebas suficientes!

¡Eso era!

Sí, hubiera podido divorciarse, pero sin pruebas de que Rubén era violento con ella y de que había estado implicado en el accidente de sus padres, se hubiese arriesgado a que un tribunal le hubiera concedido a él la custodia compartida de Zoe. Incluso podrían haberle concedido una parte de su fortuna al no tener nada contra él en la mano.

En su cabeza surgió otro retazo de recuerdo.

Había ocurrido varios días tras la celebración del primer cumpleaños de Zoe, la primera vez que Rubén le había levantado la mano – supuestamente porque ella se había pasado el día anterior bebiendo y luego había dejado llorar a Zoe durante toda la mañana.

Desde ese momento no había pasado ni un solo día en el que no hubieran discutido por cualquier tontería. La mayoría de las veces el detonante era el comentario de Rubén de que ella no dejaba de cagarla.

Sacudió la cabeza.

¿Por qué, a pesar de todo, no lo había dejado?

—Porque lo amaba —susurró Hanna.

Pero ¿por qué no lo había amenazado con denunciarlo si seguía maltratándola? Así al menos, en caso de divorcio, hubiera tenido algo en su contra…

¡Porque te daba vergüenza!

Y porque al principio pensabas que era culpa tuya. Pensabas que te merecías que te tratara así…

Hannah tragó. Cada vez era más consciente de lo refinado que era el plan para hundirla y el tiempo que llevaba urdiéndolo.

Antes de dar con Rubén, ella había sido siempre una mujer fuerte e independiente. Cierto, había dado con el tío equivocado y no se había sentido con fuerzas suficientes como para ponerle límites, simplemente no había sido capaz de hacerlo. De modo que de puertas afuera había fingido tener la familia perfecta.

Tras el accidente de sus padres, ni eso había podido seguir haciendo. Había caído en un agujero profundo. No había tenido ni fuerzas ni ánimos para pedir ayudar. No había sido hasta descubrir que Rubén estaba detrás del colapso total de su vida que entendió que la idea final era debilitarla hasta convertirla en la sombra de lo que había sido. Era así como al final le había proporcionado la credibilidad que Rubén necesitaba para su pérfido plan.

Hannah seguía sin recordar cómo había transcurrido exactamente el día previo a la huida, pero supuso que él habría tratado de detenerla empleando violencia pura y dura, a lo que a ella no le habría quedado más remedio que defenderse.

En su desesperación seguramente habría cogido lo primero que había encontrado y lo había abatido, lo que explicaría la sangre en el maletero de su coche.

Pero ¿qué había hecho luego con el cuerpo?

Ver que Rubén estaba muerto tuvo que dejarla en estado de *shock*.

¿Había borrado las huellas y se había deshecho de su cadáver?

Dado que se había encontrado su coche en Baviera, partió de la base de que había enterrado a Rubén en un sitio apartado de la mano de Dios, donde nadie lo encontraría.

Pero ¿y luego? ¿Qué había pasado luego?

¿A dónde exactamente había huido con su hija?

Sus ojos se dirigieron a la bolsita con el colgante.

Fin…

Cuando antes, en su cabeza, había visto su cara, había comprendido al instante que tenía que desempeñar un papel muy importante en su vida.

Luego el dolor tan fuerte al transformarse aquel rostro en una máscara inerte.

¿Había sido ella quien le había causado aquellas lesiones en la cabeza?

¡No! gritó una voz en su interior. *Lo amas, confías en él. Igual que Zoe…*

De su garganta se escapó un quejido lloroso.

Estaba esa casa, nórdica, rodeada de montañas y agua.

Apretó los ojos, notó un mareo porque quería sumergirse en el recuerdo para encontrar respuestas.

Respiró despacio, como si la falta de oxígeno pudiera alargar ese estado entre vigilia y desmayo. Permaneció así hasta que la imagen se esfumó y surgió una imagen nueva.

Vio una señal de madera con un nombre.

Reinebringen…

Hannah tuvo que controlarse para no gritar al percatarse de que ante aquella señal ella y Fin se habían besado por primera vez.

Lo había conocido unos días antes, durante una excursión. Había dejado que la convenciera para – mientras Zoe estaba en el colegio – participar en aquella caminata dura y exigente, pero maravillosa.

¡Noruega!

Hannah abrió los ojos, soltó un sollozo de alivio.

La casa… estaba en Reine, en las islas Lofoten.

¡Y de repente llegó todo!

Ella y Zoe se habían trasladado allí después de que la vida en Oslo, que era donde había vivido antes, se le había vuelto demasiado bulliciosa. Tras todos los golpes bajos del pasado, había optado por un lugar en el que valiese la pena quedarse y había decidido que el archipiélago noruego era el sitio perfecto para ella y Zoe.

Soltó un gemido ahogado al recordar también el resto de la historia.

Tras haberse deshecho de Rubén, había ido al aeropuerto para reservar dos plazas para ella y Zoe en el siguiente vuelo disponible. Había estado muy nerviosa por culpa de los documentos falsos que llevaba, pero al final todo había salido sin problema.

Una vez en Helsinki, había alquilado una autocaravana y se había encargado de conseguir papeles nuevos. Al cabo de un mes se había dirigido hacia Oslo, donde finalmente se habían quedado.

Hannah y Zoe Schwarz se convirtieron en Elara y Liva Jäger. También cambió su aspecto físico y le metió en la cabeza a Liva que no hablara con nadie de su antigua casa. Los primeros meses malvivió con el temor constante a ser descubiertas. Hasta que por fin se atrevió a dar el siguiente paso. Matriculó a su hija en un colegio germano-noruego, ella encontró un trabajo tranquilo y, cuando ya llevaban un tiempo en las Lofoten, comprendió que por fin todo había acabado.

Que habían aterrizado en una vida nueva.

Había sido feliz hasta que un día empezó a seguirla un SUV, hasta que luego se vio acosada por un BMW y la asaltaron.

A partir de ese momento, los acontecimientos se sucedieron con rapidez.

No había sabido cómo contarle a Fin toda la verdad por lo que le había contado una mentira tras otra.

Hasta que alguien había irrumpido varias veces en su casa y tuvo que huir con Zoe y Fin. No fue hasta entonces que se vio capaz de revelarle parte de su verdadero pasado, aunque no todo. Fin no había pillado la gravedad del asunto, se había sobreestimado a sí mismo y al final había perdido la partida y el juego.

Hannah rompió a llorar cuando hubo encajado hasta la última pieza del puzle.

Fin y Zoe habían salido a por algo para cenar.

Ella mientras tanto se había acostado y, agotada, se había quedado dormida.

Seguramente habría dormido toda la noche si no hubiera sido por aquel mensaje.

La había despertado un pitido. En cuestión de segundos había comprendido que estaba sola en el piso de Fin y que este y Liva no habían regresado todavía.

Aún adormilada había abierto el mensaje y había quedado petrificada mirando la foto.

Le había llevado unos segundos entender qué estaba viendo.

Era una foto de Fin.

Su rostro inerte y pálido, los ojos clavados en el vacío. La sangre en el cabello y la frente, la nariz destrozada, el golpe en la sien izquierda…

Recordó que el pánico y el dolor la habían hecho coger la almohada para ahogar con ella un grito. En ese momento había notado la vibración del móvil que seguía sosteniendo. Había entrado otro mensaje. Eran indicaciones: coger el siguiente vuelo a Hamburgo si no quería perder también a su hija.

Así que había tirado de autocontrol y cogido algo de ropa para ponerse en marcha de inmediato.

Recordó haber llegado a Hamburgo, pero después de eso…

Una ola expansiva de furia se apoderó de ella, la puso a hervir, se juntó con desesperación e impotencia.

¡Tienes que tranquilizarte! le dijo la voz en su cabeza. *¡Piensa! Deja que se te ocurra algo y luego… asestas el golpe de gracia cuando menos se lo esperen.*

Hannah exhaló profundamente.

En el fondo daba igual lo que hubiera pasado en Hamburgo. Ahora ya sabía quién se escondía detrás de todo. Podía… no, debía usar ese conocimiento a su favor y luego…

Eso, ¿y luego qué?

Hannah tuvo que admitir que lo que le gustaría hacer de verdad era matar a Lotte con sus propias manos. Le había arrebatado a Fin y secuestrado a su hija y junto con Rubén tenía sobre su conciencia la vida de sus padres.

Hannah estaba convencida de que no le costaría mucho estrangular a Lotte o hacerle lo mismo que le habían hecho ellos a Fin. Tan solo pensarlo la llenaba de una satisfacción inmensa.

Pero entonces se dio cuenta de que no podía hacerlo.

¡Así no!

Y no mientras cupiera la más mínima posibilidad de que Zoe siguiera con vida y de que ella aún pudiera salvarla.

En el caso de Rubén no había tenido otra opción. Al menos eso era lo que le decían las entrañas porque lo que era el recuerdo de eso seguía fallándole. Pero independientemente de lo que le hubiera hecho a su marido, había sido en defensa propia. Ahora, sin embargo, no podía actuar de manera precipitada ni hacer nada imprudente de lo que luego tuviera que responsabilizarse.

De todos modos, desearle la muerte a Lotte sería demasiado benevolente… ¡Que se pudriera en la cárcel!

Hannah asintió decidida con la cabeza.

Eso, la acorralaría hasta que esa maldita zorra se viera obligada a mostrar su verdadera cara. Tan solo tenía que evitar de alguna manera quedar con ella a solas, llegado el momento.

Cogió el móvil, buscó el número de Lotte, dio al botón de llamada y esperó.

VEINTIUNO

SYLT

Siguiendo un impulso, Hannah finalizó la llamada antes incluso de que se estableciera la conexión. La idea había sido hacer salir a Lotte de casa para comprobar si escondía a Zoe en ella, pero una vocecita en su interior le dijo que Lotte era demasiado astuta como para correr ese riesgo. Por no mencionar que ir a un lugar seguramente vigilado por la policía también era un riesgo para Hannah.

No, tenía que ocurrírsele otra cosa, algo que estuviera a la altura de la astucia de Lotte.

Eso la hizo recordar con desprecio al asqueroso que había colaborado con su supuestamente mejor amiga y que la había estado acosando.

Cuando en las Lofoten había pasado por ella a toda velocidad al volante del BMW blanco, tan solo había llegado a ver su perfil y erróneamente había creído que se trataba de Rubén. Seguro que llevaba una peluca imitando el corte y el color de pelo de su marido. También había sido él quien se había colado de noche en su casa para amenazarla. Y se había puesto el perfume de Rubén para confundirla.

A estas alturas Hannah estaba convencida de que también había sido él quien había conducido el SUV negro. Lotte había sido muy hábil al urdir un plan que la hiciera creer que Rubén seguía con vida.

Y le había faltado muy poco para conseguirlo.

Antes de la aparición de aquel hombre, Hannah había vivido con la convicción de que Rubén había muerto cinco años atrás, aunque seguía sorprendiéndola que todavía no hubieran encontrado su cadáver.

No recordaba dónde exactamente lo había enterrado, pero supuso que tenía que ser en un lugar en el que no había tenido que cavar mucho. Además, habría procurado escoger un sitio bastante apartado donde poder mantenerlo oculto el máximo tiempo posible.

Y de sus cavilaciones surgió algo más: si habían encontrado el coche en Baviera, lo más probable era que Rubén tenía que estar enterrado en algún sitio del Bosque bávaro.

Calculó que lo habría enterrado como mucho a medio metro de profundidad y que habría tapado la tumba improvisada con ramas y follaje.

Lo que la hizo volver a Lotte.

Su amiga había actuado de manera muy ladina, para lo cual le había sido de gran utilidad su amistad de hacía muchos años. La conocía bien por lo que podía predecir la manera de pensar de Hannah y sus consiguientes reacciones.

Lotte sabía que ella no era propensa a actos violentos y que le faltaba fuerza física. La supuesta amiga también supondría, por supuesto, que no habría contado con mucho tiempo para deshacerse del cadáver y actuar con mucho cuidado.

Hannah se frotó las sienes para desenterrar más piezas del puzle de entre sus recuerdos. Se vio pasando horas navegando por internet, buscando en vano noticias que se correspondieran con el hallazgo de algún cadáver.

Lotte seguramente también se había aprovechado de eso para sembrar dudas sobre la muerte de Rubén. Sí, Lotte había jugado con ella y con sus sentimientos haciéndola creer que sus peores temores estaban más que justificados.

¿Y lo del asalto de aquella noche al salir de la casa de Helena?

A pesar del asco que le causaba, volvió a evocar una vez más la escena en el coche. Volvió a ver los ojos del hombre. Aquel color tan peculiar que se había grabado en su memoria como un rasgo característico de su acosador. ¿Qué había pretendido Lotte con

aquello? ¿O acaso aquel asqueroso había aparecido por su propia cuenta?

No era muy probable, se dijo Hannah al cabo de un rato.

Entonces, ¿por qué?

¿La idea de Lotte era confundirla aún más, volverla loca literalmente?

Hannah se sacudió, se masajeó las sienes, que estaban empezando a dolerle. ¿Cómo utilizar de manera productiva todos los datos recuperados?

La policía seguiría considerándola la asesina de su marido. ¿Cómo iba a poder probar, aun recordando dónde lo había enterrado, que había sido en defensa propia?

Solo contaba con una única oportunidad.

Convencer a la policía de que el accidente de su padre había sido efectivamente un asesinato premeditado. Que Lotte y Rubén le habían tendido una trampa y que querían matarla para hacerse con su dinero. Solo entonces creerían – quizás – que había matado a Rubén en defensa propia.

Pero ¿podía correr ese riesgo?

Al fin y al cabo también estaba lo de Fin.

A Hannah se le revolvió el estómago de tan solo pensarlo. Lo había querido mucho, amado de verdad, y saber que había tenido que morir por su culpa la llenó de desesperación.

La policía noruega a estas alturas seguramente ya lo habría encontrado y la estarían buscando, lo que significaba que ahora la buscaban por doble asesinato. La cuestión era cuánto tardaría la policía noruega en descubrir que no existía nadie con el nombre de Elara Jäger. Que sus papeles eran falsos, que en realidad era Hannah Schwarz, buscada desde hacía mucho en Alemania.

Lotte y su cómplice seguramente habrían destruido ya el móvil donde guardaba fotos con Fin, junto con cualquier indicio que pudiera sugerir un ataque desde fuera.

Sí, Lotte y su compinche habían urdido todo jodidamente bien, pensado en cada maldito detalle.

La policía interrogaría a los amigos de Fin y a los suyos. Estos comentarían su comportamiento extraño de los últimos días.

Encontrarían el expediente del asalto, que de todos modos no se habían creído. Los investigadores sacarían una conclusión clara que Lotte corroboraría con sus declaraciones.

Acabarían acusándola a ella, a Hannah, de dos asesinatos.

Pero ¿cómo evitarlo?

Hannah suspiró cuando se dio cuenta de que tan solo había una única posibilidad. Tenía que dar con el acosador. Un hombre cuyo nombre ya no recordaba.

Estaba claro que no había apoyado el plan de Lotte y Rubén por amor al arte. Seguramente le habían pagado mucho dinero por intimidar a una mujer que – en el peor de los casos – podría acudir a la policía en busca de ayuda. Como así había sido. Dos veces incluso, aunque en vano…

¿No debería haber quedado constancia de eso también en el expediente? Titubeó. ¿Sería ese el punto de partida, el hilo del que tirar?

No tenía nada que poder usar contra el acosador, ninguna prueba de que hubiera estado en Noruega, solo o con Lotte, de que estuviera aterrorizándola a ella y tampoco de que hubiera matado a Fin.

Pero algo le decía que ese hombre era la clave de todo, que tenía que dar con él y presionarlo para que al menos confesara eso.

Con gesto decidido cogió el móvil, buscó en internet el código con el que ocultar su número de teléfono. Tras introducirlo respiró aliviada.

Luego buscó el número de jefatura y lo marcó.

Cuando poco después oyó la voz amable de la recepcionista, trató de presentar su petición de la manera más relajada que pudo.

—¿Podría pasarme con Peter Witt, por favor? —preguntó.

—¿De parte de quién?

—Soy su hermana. Tengo que hablar urgentemente con él y no me coge el móvil.

Exhaló profundamente al notar que empezaba a sudar por cada poro de su piel. Peter había sido un compañero de trabajo y un buen amigo de Rubén al que recordaba del pasado. No sabía qué opinión

tendría ahora de ella tras todo lo que tenían en su contra, pero valía la pena intentarlo.

—Un momento —pidió la telefonista—. Voy a ver si consigo contactar con él, pero no puedo prometerle nada. No sé si está de guardia hoy.

Sonó un clic, varios minutos de silencio, hasta que volvió a sonar otro clic.

—¿Sí? —La voz de Peter sonó arisca, lo que seguramente significaba que sospechaba que no era su hermana la que llamaba, siempre y cuando tuviera una.

—Soy yo —dijo Hannah con voz entrecortada por los nervios.

—¿Em?

—Hannah —aclaró.

Silencio.

Luego una respiración acelerada que se convirtió en carraspeo.

—¿En serio?… ¿Hannah Schwarz? —preguntó él como si no pudiera dar crédito. Luego resopló—. Ya me enteré de que has vuelto, he seguido un poco el teatro que has montado. Los tienes cuadrados, ¿lo sabes?

—¡Peter! —lo interrumpió ella tratando de mantener la calma—. Voy a entregarme, prometido, pero antes tengo que encontrar a Zoe.

—¿Por qué te largaste del hospital?

—Pues por Zoe… ¿Qué harías tú si fuera tú hija la que hubiera desaparecido? ¿Acaso no harías lo que fuera para encontrarla?

Silencio.

Hannah comprendió que había dado con el punto débil de Peter porque él y su mujer Imke habían perdido, poco después del nacimiento de Zoe, a su hija de tres años a causa de una enfermedad cardíaca.

—¿Qué quieres? —preguntó por fin con un hilo de voz.

—Recuperar la memoria —dijo ella—. He conseguido recordar cosas sueltas, pero es demasiado poco como para avanzar de verdad. Necesito más datos. Puede que me ayuden a desencadenar algo.

—¿Y qué puedo hacer yo?

Hannah cogió aire.

—Poco antes de conocer a Rubén, me acosaba un tío. Era muy insistente. Me traía por la calle de la amargura hasta que Rubén se hizo cargo. Ya no trabajaba con vosotros sino en esa empresa de seguridad. Pero yo antes de eso, ya había acudido a la policía para que me ayudarais. Os llamé unas cuantas veces, pero como el acosador no se acercaba, sino que solo me perseguía, no podías hacer nada. El caso es que… he olvidado cómo se llamaba y mi mente sigue sin poder recordarlo. Solo necesito su nombre para poner mi cabeza en marcha.

—Vale… —Peter sonó confuso, resopló—. ¿Qué es lo que recuerdas?

—Pues mi boda con Rubén, por ejemplo, el nacimiento de Zoe, el accidente de mis padres – eventos claves. Que ese psicópata acosador también tuvo que jugar un papel importante, es comprensible, creo yo.

—Podría ser —murmuró Peter, hizo ruido con papeles. Hannah temió que estuviera anotando su nombre y que se lo estuviera pasando a un compañero y eso la puso nerviosa.

Si ese era el caso, no le quedaba mucho tiempo.

—¿No puedes pasarme tan solo su nombre, por favor? Quizás recuerde así dónde he estado todos estos años y, sobre todo, ¡dónde podría estar Zoe!

Peter suspiró.

—He encontrado el expediente en intranet. El tío se llama Jens Wuttke. ¿Contenta?

Hannah tragó, ojalá no la oyera Peter.

—No me suena, la verdad, pero a veces a la mente le cuesta lo suyo ponerse en marcha. Ojalá no se me cruce en el camino. ¿Y si no lo reconozco?

—Pues entonces entrégate ya y así reduces el riesgo.

—Sabes que no puedo hacerlo. No sin antes haber recuperado a Zoe.

Durante un rato reinó el silencio, luego un carraspeo por parte de Peter.

—En ese caso será mejor que te mantengas lejos de Tinnum. No sé si sigue viviendo allí, pero cuando te estuvo acosando vivía allí, en la casa de su madre.

Tras finalizar la llamada, Hannah se metió en internet, introdujo el nombre del hombre y del lugar y dio a buscar.

El apellido apareció un par de veces, pero por desgracia no en combinación con el nombre de pila, o sea, nada que pudiera serle de ayuda a Hannah.

Quedó pensativa mirando la entrada que había sobre una tal Gisela Wuttke, dueña durante muchos años de una peluquería que había quebrado hacía unos siete años. O sea, después de lo del acosador y después de la boda con Rubén.

Siguió buscando hasta que dio con la esquela de Gisela Wuttke. En la necrología se añadía que durante muchos años había hecho feliz a un sinfín de clientes, hasta que a causa de un golpe del destino había perdido su negocio.

¿Sería eso?

¿Había dado con la pista correcta?

Un hormigueo en la piel pareció confirmarlo.

Gisela Wuttke tenía que ser la madre bajo cuyo techo había vivido Jens. Tal vez el negocio llevaba mucho tiempo sobreviviendo a duras a penas, de ahí que el retoño descarriado hubiera participado en el complot de Lotte y Rubén.

¿Y después?

Siendo un perdedor, seguramente aún no había hecho nada útil con su vida y seguiría sin blanca, de ahí que a Lotte le hubiera resultado fácil embarcarlo en el plan Noruega.

¿Y la casa en la que había vivido Jens con su madre?

¡Eso era!

Hannah dio con la palma de la mano un golpe en la mesa. La habría heredado. Una casa en Tinnum que no aparecía en el radar de la policía…

Se levantó excitada, cogió la llave del coche junto con el móvil y el colgante y salió corriendo.

VEINTIDÓS

SYLT

Antes de abrocharse el cinturón de seguridad, Hannah trató de averiguar con la ayuda de Google la ubicación exacta de la casa de Gisela Wuttke. Pero no obtuvo resultado alguno. Tan solo encontró la dirección de la antigua peluquería, que de poco le servía.

Sin embargo, arrancó de todos modos. El viaje a Tinnum le llevó tan solo unos minutos en los que se propuso dar una vuelta por el lugar y pedirle ayuda a la primera persona que encontrara. En Tinnum seguro que conocían a la familia.

Ya se había hecho bastante tarde lo que minimizó las posibilidades de toparse con alguien en la calle. Al pasar por un bar que desde fuera más bien parecía una tasca, se fijó en unos cuantos hombres que estaban fumando con la botella de cerveza en la mano delante de la puerta.

Se dirigió al grupo, bajó la ventanilla, puso cara de pocos amigos.

—Cincuenta pavos para quien pueda decirme dónde encontrar al malnacido de Jens Wuttke.

Uno de los hombres soltó una sonrisa malévola.

—¿Te ha dejado preñada y tirada?

Hannah soltó un gruñido despectivo.

—¡De ese gilipollas no me dejo preñar, eso seguro! Nos conocimos el otro día en Westerland, lo pasamos bien y luego va y me da un número de teléfono falso. Al menos sabía que era de Tinnum. Así que, aquí estoy.

—¿Y para qué? —quiso saber uno de los hombres.

—¿Pues para qué va a ser? El tío se cachondeó de mí, me dijo no sé qué de amor y luego va y se pira con un número falso. Eso conmigo no cuela. Ese se va a enterar de quién soy yo.

Ahora también se rieron los demás.

—Vale —se compadeció el menos borracho del grupo—. Te voy a dar la dirección, guapa. Pero pobre de ti si le dices que he sido yo.

Ella le guiñó un ojo para sellar la conspiración, se quedó esperando.

—No está ni a dos minutos de aquí —le explicó el hombre—. Sigue recto, luego gira a la izquierda. Después solo tienes que seguir de frente hasta que se acabe la carretera. Vive en la casa más apartada de la calle, no tiene pérdida.

—Voy a dar con ella.

—¡Seguro! Es la única casa con desconchados y en el jardín parece que haya caído una bomba. Ah, por cierto, puede que tengas mala suerte y no esté en casa. Me enteré hace poco que tenía que irse al extranjero, por negocios. Yo ni sabía que tenía curro, pero, bueno, puede que esté equivocado.

Hannah sacó un billete del bolsillo del pantalón, se lo entregó.

—Gracias —dijo sonriendo—. Puede que haga un vídeo mostrando cómo le meto un palo por el culo y que lo cuelgue en internet como aviso. ¡Para que no se le ocurra volver a hacer algo así!

Con las carcajadas de los hombres todavía en los oídos, dio un buen acelerón y se fue.

Hannah había dejado conscientemente el coche de Lotte a unas cuantas calles de la casa y había seguido a pie, pero al llegar vio que todo estaba a oscuras.

Tampoco había ningún coche en la entrada. O sea, que o bien estaba buscándola a ella o bien había quedado con Lotte para planear el siguiente paso.

Tras haberle cortado antes de aquella manera a Lotte, esta tenía que sospechar que la había desenmascarado.

Hannah respiró hondo y se recordó a sí misma que no le quedaba otra que triunfar con aquello que se había propuesto, porque si no era así, solo había dos opciones posibles: la cárcel o morir.

Lotte y Jens juntos no iban a andarse con contemplaciones. Pero todavía contaba con una posibilidad para salir bien parada de la situación si al tío lo interceptaba estando solo y pillándolo por sorpresa.

Sin dejar de mirar por encima del hombro, rodeó la casa a hurtadillas hasta dar con un hueco en la valla destartalada por el que poder colarse.

Luego se dirigió a la puerta de atrás.

Tal como había supuesto, Wuttke no era de los que cerraban todas las puertas, por lo que accedió al sótano sin problema alguno y de allí, a la casa. Con la linterna del móvil inspeccionó primero el sótano.

En tres de las cuatro estancias no había nada raro. Encontró un montón de trastos viejos.

La última estancia, sin embargo, estaba cerrada con llave.

Pero lo que realmente agitó a Hannah fue el hecho de que la puerta no era de madera putrefacta como las demás, sino de acero y, además, tenía una cerradura imposible de hacer saltar.

En la cabeza de Hannah todo le daba vueltas. Apretó la oreja contra la puerta, pero al otro lado solo había silencio.

¿Cabía la posibilidad de que Zoe estuviera encerrada aquí dentro?

Estuvo a punto de llamar a la puerta, pero se detuvo, reflexionó. Si Zoe estaba efectivamente encerrada en aquella habitación, estaría seguramente muy desesperada y asustada. Lo primero que haría al oírla sería echar la casa abajo a base de gritos.

No podía correr ese riesgo porque al fin y al cabo aún no sabía a ciencia cierta si Jens Wuttke se encontraba en la casa o no.

Apesadumbrada, Hannah volvió a las otras estancias del sótano, buscó herramientas apropiadas con las que poder defenderse en caso de necesidad.

En una de las estanterías encontró una lámpara de mesa contundente y la cogió. Tan solo retiró la pantalla y siguió buscando algo con lo que poder maniatar a Jens, llegado el caso.

Recordó el banco de carpintero que había visto en la habitación de al lado, fue corriendo a rebuscar en los cajones. Tuvo suerte, dio con un manojo de bridas largas.

Al percatarse de que Wuttke las habría comprado seguramente con el mismo propósito para el que las quería ella, hizo una mueca feroz.

¡Ya verás!

Toda ella estaba en modo ataque al subir las escaleras y detenerse a cada paso para escuchar atentamente. Pero en la casa reinaba un silencio absoluto.

Aun así, tenía que andar con mucho cuidado, bajo ningún concepto podía tropezar con algo y hacer ruido. Usar la linterna del móvil también resultaba demasiado arriesgado mientras no estuviera segura al cien por cien de que Wuttke no aparecería a la vuelta de la siguiente esquina.

Una vez su hubieron acostumbrado sus ojos a la oscuridad, metió las bridas en la cinturilla del pantalón, alzó la lámpara a modo de defensa, salió corriendo a inspeccionar cada una de las tres habitaciones de la planta baja. Primero la cocina que olía a rancio, luego la sala de estar y por último el aseo diminuto.

O bien Wuttke ya dormía o efectivamente estaba de viaje.

Sin hacer ruido subió a la primera planta, también allí echó un vistazo a cada una de las habitaciones. Al asegurarse de que en efecto no había nadie más en la casa, respiró aliviada. Luego pensó cuál sería el mejor escondite para acechar a Wuttke.

Optó por el dormitorio, se escondió debajo de la cama.

VEINTITRÉS

SYLT/TINNUM

La despertó un traqueteo.

Parpadeó atontada, notó que sostenía algo y recordó que era la lámpara. La agarró con más fuerza, inspiró, esperó.

Durante un rato no pasó nada, luego oyó un ruido como de platos que parecía proceder de abajo.

O sea, Wuttke había vuelto. Daba la impresión de estar preparando algo de comer.

¡Había llegado la hora! No pudo impedir un temblor que la recorrió de pies a cabeza.

Tienes que mantener la calma se dijo, atenta a su respiración que iba demasiado rápido. Se obligó a calmarse, imaginándose todo lo que podría pasar y salir mal. ¿Y si la oía respirar o si la olía al subir y meterse en cama?

El pulso se le aceleró, trató de relajarse.

Wuttke tendría que disponer de un sentido del olfato muy desarrollado para olerla. Un picor en la nariz la alarmó.

¡Ahora no!

Ahora no podía ni estornudar ni toser.

Se obligó a pensar en otra cosa, repasó una vez más cada punto del plan que había urdido.

Un chirrido interrumpió sus pensamientos.

Pasos en las escaleras.

Se preparó, contuvo la respiración.

Cuando oyó un chorro y poco después una cisterna en acción cerró los ojos.

De nuevo el ruido de pasos, luego otro chirrido.

Wuttke había entrado en la habitación.

A los pocos segundos cedieron los muelles encima de ella, se acercaron.

Por fin se había acostado…

Hannah abrió los ojos, notó agua saliéndole por los poros. Por un instante creyó que se maceraría en su propio sudor, luego oyó un zumbido.

Seguido de un quejido.

—¿Qué quieres? ¿No habíamos acordado que solo hablaríamos si surgía una urgencia?

Luego un silencio tenso, a continuación un bufido.

—¡Y yo qué sé! Insiste y cuando por fin te lo coja, invéntate algo, dile que tienes que verla urgentemente.

Así que estaba hablando con Lotte y estaban hablando de ella, constató Hannah.

Esa malnacida seguramente estaba que se subía por las paredes después de haber pasado horas intentando contactar con ella. En vano, claro, porque Hannah había activado el modo avión.

Hannah esbozó una sonrisa malévola.

De repente un chirrido sonoro encima de ella, luego un quejido de indignación.

—Por culpa de tus mierdas llevo días estresado y sin dormir. ¡Estoy hasta los huevos! Ahora voy a sobar unas cuantas horas y, si tienes suerte, cuando despierte, estaré de mejor humor y habré olvidado lo que acabas de echarme en cara. ¡Y ahora deja de tocarme las pelotas!

Hannah oyó un golpe, como si Wuttke hubiera dejado el móvil en la mesilla de noche con algo más de fuerza que la necesaria.

El colchón se movió, luego se hizo el silencio.

A estas alturas ya estaba tan inquiera que le costaba permanecer debajo de la cama. Pero tenía que aguantar hasta que el otro estuviera profundamente dormido.

No sabía cuánto tiempo había transcurrido cuando oyó los ronquidos.

¡Había llegado la hora!

Se obligó a esperar un poco más antes de salir con cuidado de debajo de la cama e incorporarse.

Wuttke estaba acostado boca arriba roncando por todo lo alto con la boca abierta.

Sin hacer ruido se posicionó junto al cabecero, alzó la lámpara.

De repente se dio cuenta de que esta era la parte más difícil del plan. Tenía que darle con la fuerza suficiente como para dejarlo inconsciente, pero no tan fuerte como para que no despertara más.

¡Esta es tu única oportunidad!

Hannah inspiró hondo, expulsó el aire de inmediato y asestó el golpe.

—¡Hey, hijo de puta!

Durante varios segundos Hannah no apartó los ojos de la cara maltrecha de Wuttke.

Sin reacción.

Le había dado duro, seguramente le había roto la nariz y sacado unos cuantos dientes. Pero seguía respirando.

Eso sí, seguía inconsciente, por lo que estaba empezando a perder la paciencia.

Lo había atado con las bridas e iba siendo hora de que despertara y hablara.

—¡Vamos! —murmuró y lo observó fijamente. Al ver que seguía sin moverse, le dio un toque en el hombro con la lámpara—. ¡Despierta!

Se oyó un gemido, luego un borboteo.

Wuttke alzó la cabeza, parpadeó confundido, sin embargo, no fue capaz de mantener los ojos abiertos.

Parecía tener mucho dolor.

Cuando registró por fin que estaba atado de pies y manos, trató de incorporarse y de deshacerse desesperadamente de las bridas.

Luego alzó los ojos.

—¡Puta! —soltó con voz pastosa—. ¿Qué me has hecho?

—¿Qué iba a ser? —contestó ella con voz de pocos amigos.

Se la quedó mirando durante un rato, sin poder dar crédito, luego volvió a intentar aflojar las bridas hasta darse por vencido.

—Tenía que haberlo sabido — dijo finalmente.

—¿El qué? ¿Que Lotte te engañaría? ¿Que yo te desenmascararía?

Wuttke blasfemó fuerte.

Se acercó a él, lo estudió con calma.

—Sí, sí, la buena de Lotte. Yo que tú no contaría con ella, ahora que he dado yo contigo. Porque ya que estoy aquí, vamos a cambiar un poco las reglas del juego. —Hizo una pausa significativa, lo miró fijamente—. Primero voy a hacerte un par de preguntas y luego una propuesta, aunque he de reconocer que aún no tengo muy claro si te la mereces. Ya veremos, ¿te parece?

Wuttke la miró perplejo, sin embargo, asintió con la cabeza.

Hannah se sentó en la postura del loto junto a la cama, dejó la lámpara sobre sus piernas, miró al hombre directamente a los ojos.

—Mi hija, Zoe, está en tu sótano, detrás de la puerta de acero, ¿verdad?

Wuttke asintió.

—La niña está bien, ¿vale? Hace un rato le he llevado algo de comer y beber.

Hannah cerró los ojos aliviada, luego volvió a abrirlos de golpe, lo miró.

—¿Quién te contrató para que me acosaras?

—Si ya lo sabes —replicó Wuttke.

—Quiero oírtelo decir. —La voz de Hannah salió helada.

—Fueron Rubén y la zorra esa. Me dieron un montón de pasta solo por meterte algo de miedo en el cuerpo y porque los maderos podrían joderme por eso.

—¿Y el accidente de mis padres? —Para pronunciar aquellas palabras Hannah tiró de todas sus fuerzas, pero tenía que saberlo.

—Yo solo me encargué de conseguir el coche —soltó él.

—¿Quién de los dos te dijo que lo hicieras?

—¡Rubén! Quería que lo hiciera yo, pero ¡no soy un jodido asesino! Le dije que del trabajo sucio que se encargara él.

—Pero ¿lo del coche fue cosa tuya?

—Sí, tuve que prometerle deshacerme luego de él.

—O sea, Rubén provocó el accidente de mis padres.

—Los siguió a lo largo de unos cuantos kilómetros y empezó a presionarlos, a meterles miedo, hasta que tuvieron el accidente. No sé más.

—¿Y en Noruega? ¿Qué pasó? ¿Fuiste tú el que me persiguió en un SUV oscuro?

Él asintió suspirando.

—¿Y el BMW blanco? Querías que creyera que eras Rubén, ¿por qué?

—Fue idea de Lotte. Ella sabía que lo habías matado y que habías tenido que deshacerte del cuerpo a prisa y corriendo. Supongo que quería confundirte. Hacerte creer que Rubén podría seguir vivo, como en todos estos años no encontraron su cadáver…

—¿Y el ataque contra mí?

—También fue cosa de Lotte.

—¿Para qué?

—Primero, para restarte credibilidad ante la policía y, segundo, porque necesitaba las llaves nuevas para hacer una copia. Lotte había dado con alguien que nos podía echar una mano. Por eso lo del código del sistema de seguridad tampoco fue mayor problema.

—Te metiste en mi cama, ¿verdad?

—Lotte quería que creyeras que Rubén seguía con vida. Quería meterte tanto miedo que te volvieras paranoica, que te volvieras completamente loca…

—¿Por qué?

—Para que tu suicidio escenificado resulte creíble cuando ella haya acabado contigo.

—¿Quería matarme?

—Ese era el plan, sí.

—¿Y Fin? ¿Qué habéis hecho con él? ¿Cómo disteis con su piso?

—Te puse un localizador en el móvil cuando te pillé en el coche. —Wuttke hizo una mueca—. Pero lo del chorbo tuyo fue cosa de Lotte. Yo no tengo nada que ver con eso. Lo mató ella… repito, ¡yo no soy ningún asesino! Traté de impedírselo, pero ella estaba como loca de lo furiosa que estaba. Debías sufrir igual que ella tras la desaparición de Rubén.

—Entonces, ¿es verdad que está muerto? —La voz de Hannah no fue más que un débil susurro.

Wuttke asintió reticente, pero no dijo nada.

—El móvil que me dio Lotte, ¿por qué no le puso también un rastreador? Así sabría en todo momento dónde estoy. Os hubiera facilitado bastante las cosas.

Wuttke resopló.

—Yo le pregunté lo mismo. Supongo que es demasiado lela para eso.

—¿Por qué la has ayudado con todo esto?

Wuttke hizo una mueca, se encogió de dolor.

—Al principio por la pasta.

—¿Y después?

—Bueno… la idea era asustarte solamente, no acercarme demasiado, o sea, nada malo. Y me pareció bien.

—Y lo del accidente de mis padres, ¿también te pareció bien? —preguntó Hannah con voz cortante.

—Oye, que yo no sabía que Rubén y Lotte tenían planeado que muriera gente. Tras morir tu padre y quedar tu madre en coma, me juré no volver a hacer nunca más negocios con esos dos…

—¿Entonces por qué volviste a hacerlos?

—Las cosas se nos fueron de las manos. De repente habíais desaparecido Rubén, la niña y tú. Lotte se volvió loca, me amenazó con hacerme cargar con todo si me negaba a ayudarla, a encontrarte y a acabar contigo.

—¿Con qué te chantajeaba?

—Tenía varias cosas contra mí en la mano. Por culpa del acoso, la policía ya me tenía en el radar. Luego lo del coche… Lotte dijo que le contaría a la policía que el accidente de tus padres estaba relacionado con mi obsesión por ti. ¿Cómo demonios iba a salir de

esta? Nadie me hubiera creído que Rubén y Lotte me habían contratado para acosarte. Habrían usado todo en mi contra.

—¿Te pagó para que acabaras conmigo en Noruega?

Wuttke no dijo nada, avergonzado.

—O sea, en realidad no fue un chantaje.

Wuttke se encogió de hombros.

—¿Qué podía hacer? Me tenía cogido por los huevos.

—¿Cuánto te pagó?

—Diez mil —respondió él en voz baja.

Hannah se lo quedó mirando enfurecida.

—¿Y cómo me encontrasteis?

—Cuando Lotte tuvo claro que habías matado a Rubén, estaba como obsesionada con hacerte pasar por lo mismo. Estaba embarazada de tu marido, después de su desaparición perdió el bebé y te culpó a ti de ello. ¡Esa mujer actuaba llevada por una rabia descarnada! Primero contrató a un detective privado que os estuvo buscando – en balde. Y el año pasado tuvo la idea de centrarse en Zoe. Tiene una foto de tu hija, de poco antes de vuestra desaparición, y contrató a un especialista en reconstrucción facial. El tipo ese tenía que sacar imágenes de su aspecto actual. Llevábamos meses pasándolas por internet hasta que por fin Lotte encontró una coincidencia en las redes sociales de Zoe.

Hannah suspiró para sus adentros.

—¿Y ahora, qué planes tiene esa zorra?

Wuttke frunció el ceño, inseguro, de repente parecía no ser capaz de mirarla a los ojos.

—Sigue con el plan original, sigue queriendo matarte —le confesó—. Pero no así sin más… Primero quiere que todos piensen que se te ha ido la pinza por completo. Quiere que parezca que lo hiciste tú solita, llevada por la desesperación. Mató a Fin, secuestró a Zoe, te mandó las amenazas en las que te obligaba regresar a Alemania.

El hombre calló, eludió su mirada.

—¿Qué más? —quiso saber Hannah—. ¡Habla!

—La idea de Lotte era acabar contigo nada más hubieses llegado. Como no tenías ni la menor idea de que todo era cosa suya, pensó

que lo primero que harías sería llamarla. Pero luego se enteró de que habías perdido la memoria. Decidió esperar un poco y supongo que se lo pasó en grande al ver lo desesperada que estabas y que no recordabas nada de nada.

—O sea, ¿pretende echarme a mí la culpa de todo?

Wuttke asintió.

—Los asesinatos de Rubén y Fin sí desde luego… Puede que también lo que tiene planeado con Zoe.

Hannah se sobresaltó.

—¿Quiere matar a Zoe?

—Nunca lo ha admitido, pero ya sé cómo regula la loca esa. Seguro que quiere arrebatarte a tu hija, como, según ella, perdió su bebé por tu culpa…

—Si ni siquiera sabía que estaba embarazada —se defendió Hannah sin poder creérselo.

—Lo perdió cuando comprendió que Rubén tenía que estar muerto… No lo superó.

—¿Qué exactamente tiene pensado hacerle a mi hija?

—Ni idea. —Wuttke parecía no saberlo de verdad.

—¿Qué habéis acordado?

—Solo sé que pasó días pensando en cómo arreglárselas sin que la policía llegue a sospechar. Es que tiene que parecer que ha sido todo cosa tuya.

—Vale —dijo Hannah tras haberse calmado. Miró a Wuttke, pensativa ladeó la cabeza—. Vale, centrémonos ahora en ti y en mí.

—¿Qué vas a hacer? ¡Oye, que te lo he contado todo!

—Lo has hecho, sí. Y por eso te voy a dejar escoger entre dos opciones. O bien nos vamos los tres a la cárcel o bien la palma solo uno. Tú decides.

Wuttke la miró sin entender nada.

—¿Quién va a ir a la cárcel? No entiendo.

—Espera. —Hannah sacó el móvil, pulsó un botón en la pantalla, a lo cual una voz llenó la habitación. Sonaba un poco metálica, pero se la entendía perfectamente. Cada palabra que había pronunciado a lo largo de los últimos minutos.

—¿Lo has grabado? —soltó él.

—Por supuesto. —Ella sonrió—. ¿Es que me tienes por tonta?

—Eres más lista que tu amiga, eso desde luego.

Hannah negó con la cabeza.

—Esa carroña no es amiga mía.

—Era un sarcasmo —se defendió Wuttke.

Ella hizo caso omiso de la bromita, apagó la grabación.

—Has admitido haber colaborado en el asesinato de mi padre y Serafín. Además, has declarado que estabas presente cuando Lotte planeó el secuestro de mi hija. Sabías que quería hacerle algo horrible, aun así participaste. Con esta grabación te has ganado tranquilamente unos cuantos años en chirona. Espero que esto te haya quedado claro. Lo único que tengo que hacer es mostrarle esta grabación a la policía. A continuación encontrarán a Zoe en tu sótano y tú y Lotte estaréis acabados. Lo malo es que en este caso yo también tendría que ir a la cárcel porque, después de tantos años, va a resultar difícil demostrar que golpeé a Rubén con su propio bate de béisbol en defensa propia.

Él la miraba perplejo.

—¿Así que es verdad que lo has recordado todo?

—Mientras te estaba esperando escondida debajo de tu cama, encajé las últimas piezas del puzle. Incluso recordé dónde escondí el cuerpo de Rubén.

—Y la opción número dos, ¿cuál es?

Hannah sonrió.

—Estaba deseando que me hicieras esa pregunta. —Hizo una pausa significativa—. Mientras te cuento lo que tengo pensado, quiero que te estés calladito y que me escuches atentamente. Verás que en esta opción tampoco vas a quedar impune, pero si haces lo que te digo, al contrario que la opción uno, en esta te librarás con tan solo un par de meses en prisión, que incluso podrían convertirse en libertad condicional. ¿Entendido?

Wuttke se la quedó mirando, no parecía muy convencido.

—La cuenta es muy fácil —le explicó Hannah—. O diez años si las cosas salen mal paradas o un par de meses. ¿Qué prefieres?

—Opción número dos parece aceptable —dijo Wuttke—. Pero opción dos más veinte mil euros suena mucho mejor. Es el precio

por mi lealtad de aquí en adelante. Considéralo una indemnización por haberme destrozado la cara.

Hannah lo miró, tentada de lanzarle su rabia u otra cosa en aquel morro ya destrozado, cuando se dio cuenta de lo mucho que dependía de tenerlo al cien por cien de su lado. Al final asintió.

—Pues ya está todo arreglado… —Le sonrió—. Y cuando hayamos acabado y, si quedo satisfecha, subo un par de miles más.

—¿Satisfecha? ¿A qué te refieres?

—La policía no debe de tener ni la más mínima duda de que estás diciendo la verdad.

Wuttke asintió.

—Venga, dispara. Cuanto antes empecemos, antes podremos volver a nuestras antiguas vidas.

VEINTICUATRO

SYLT/TINNUM

—Pero ¿qué demonios te ha pasado? —Hannah oyó la voz de Lotte llegándole desde abajo.

Después de que Wuttke la hubiera llamado para decirle que fuera a su casa, no habían transcurrido ni quince minutos y ella seguía al acecho arriba, en el dormitorio de Wuttke.

—Pelea de bar —comentó él—. Tendrías que ver el careto del otro cabrón.

—¿Dónde está? —Lotte cambió de tema, impaciente.

—Arriba —replicó él—. En el dormitorio. La he encerrado.

—¿Ha dicho algo?

—Timbró, al abrirle, me atacó, así que la agarré y la metí dentro de casa. Me da que ya lo recuerda todo.

—¿Cómo sabía tu nombre?

—Ni idea. De antes, supongo.

—¿A qué vino?

—Se habrá dado cuenta de que su hija no está contigo, sino aquí.

—¿Se lo has dicho?

—Aún no. Pensé que querrías encargarte tú. Al fin y al cabo, todo esto ha salido de tu cabecita.

Hannah oyó la risa de Lotte, se mordió el labio inferior con tanta fuerza que notó el sabor de la sangre.

Al oír pasos, se sentó en la cama de Wuttke, escondió las manos detrás de la espalda para que Lotte tuviera la impresión de que

estaba maniatada.

Al abrirse la puerta y entrar Lotte, Hannah se sobresaltó y no fue un sobresalto fingido. Aunque tenía claro que ya no corría ningún peligro, resultaba intimidante – ahora que lo sabía todo – estar frente a la examiga.

En el rostro de Lotte vio reflejado odio en estado puro, resultaba casi insoportable.

Aun así, se obligó a no apartar los ojos.

—¿Por qué? —preguntó con voz lacrimosa, ni siquiera tuvo que falsearla. Le dolía de verdad encontrarse en estas circunstancias con la que había sido su mejor amiga. Siempre le había tenido mucho cariño a Lotte, la había apreciado y confiado ciegamente en ella.

—¿En serio me preguntas eso? —fue la respuesta de Lotte.

—Sí, dímelo, por favor —pidió Hannah.

—Porque te he despreciado desde el primer día. —Lotte la miró asqueada—. Lo tenías todo, dinero, éxito en el trabajo, fama y, aun así, llorabas a la primera de cambio por cualquier tontería, igual que una niña pequeña. Nada más conocernos supe el tipo de persona que eras. Mirabas por encima del hombro a todo el mundo y esperabas que todo girara en torno a ti. Cuando le hablé a Rubén de ti, hizo averiguaciones. Descubrió quién era tu padre, quién eras tú. Por cierto, desplumarte fue idea suya. Solo por si te queda la duda de si te amó alguna vez. ¡No, no lo hizo! Y también fue él quien contrató a tu acosador.

Hannah notó que el estómago empezaba a revelársele, tragó para controlar las arcadas. En el fondo había mantenido la esperanza de oírle decir a Lotte que había tenido que convencer a Rubén, pero también con eso parecía haberse equivocado.

—Debiste hacerme caso y olvidarte del contrato prematrimonial —prosiguió Lotte—. En ese caso, Rubén te hubiera aguantado unos cuantos meses más tras la boda para pedirte el divorcio. Hubiera recibido un montón de pasta y la mitad de la casa, pero tú no quisiste hacerme caso, preferiste hacer lo que te recomendaban tus padres. Rubén se cabreó tanto que en ese momento le entraron ganas de estrangularlos con sus propias manos. Y entonces se me ocurrió a mí lo del accidente.

—¿Eso fue cosa tuya? —Hannah miró a Lotte sin poder creérselo.

La otra asintió con una sonrisa diabólica.

—Con la idea de Rubén se hubiera inmiscuido la policía y se habría descubierto todo. Un accidente, sin embargo, era infalible. Si te lo montas bien, no resulta tan fácil descubrir que se trata de un asesinato planificado.

Hannah negó con la cabeza.

—Ni mis padres ni yo os hicimos nada. ¿Por qué querías matarnos?

Lotte se encogió de hombros.

—Lo dicho, no tenía por qué haber llegado tan lejos. Si no hubieras insistido en lo de las capitulaciones.

—¿Así que solo era cuestión de dinero? ¿Todo el tiempo?

Lotte se la quedó mirando como si estuviera frente a una niña pequeña.

—Si siempre es así, ¿o no? A no ser, claro, que se viva en las altas esferas como tú…

—Pero ¿por qué Fin? —preguntó finalmente Hannah—. ¿Por qué Zoe? ¿Qué te hicieron ellos?

—Quiero verte sufrir como sufrí yo cuando me arrebataste a Rubén y a mi bebé.

Ahora o nunca, pensó Hannah.

Se preparó para soltar su versión de la historia.

—¿Rubén? ¿El bebé? ¿Qué significa eso? —preguntó—. ¡Yo no te arrebaté a nadie! Fue cosa suya.

Lotte la miró, sacudió confundida la cabeza.

—Me arrebataste a Rubén y por eso tuve un aborto. Estaba de cuatro meses. Ya nunca podré ser madre, ¿entiendes? Ni marido al que amar, ni hijos, ni familia. Para mí no había nadie más en el mundo que Rubén… Nos conocíamos desde niños.

—Yo no te lo arrebaté —repitió Hannah, pronunciando despacio y con claridad, ahora era su turno.

—Claro que sí —escupió Lotte, viniendo furiosa hacia ella.

Hannah negó con vehemencia.

—Al principio Rubén aún estaba dispuesto a seguir con vuestro plan y a deshacerse de mí igual que de mis padres. Lo malo fue que

lo descubrí y hui con Zoe. Al desaparecer debió de darse cuenta de que a pesar de todo me quería, a mí y a nuestra pequeña familia, y que no era capaz de matarme. Puede que al final me tratara como una mierda solo para tratar de convencerse a él y a ti. Pero cuando me hube ido y se tuvo que enfrentar a la verdad, se dio cuenta de que sus sentimientos habían cambiado. Decidió buscarnos y traernos de vuelta a casa. Puede incluso que te lo haya dicho, Lotte. Y tú, llevada por la ira, lo mataste haciendo que pareciera que había sido yo. Obligaste a tu cómplice a que te ayudara a deshacerte del cadáver. Me lo dijo el propio Wuttke, que lo chantajeaste y que le amenazaste con contarle a la policía que había estado involucrado en el accidente de mis padres. Y en Noruega volviste a chantajearlo y a amenazarlo con descargar sobre él si te descubrían a ti.

Lotte la miró, soltó una sonora carcajada.

—Pero ¿qué mierda estás contando? Amaba a Rubén más que a mi propia vida, ¡jamás le tocaría un pelo!

—Puede —replicó Hannah—. Al menos hasta que te diste cuenta de que a mí me amaba un poco más que a ti, que incluso estaba dispuesto a echarte a ti la culpa del accidente de mis padres.

La mirada de Lotte era amenazadora, luego hizo una mueca y la miró llena de rabia.

—Dime, ¿cuál es tu plan exactamente?

Hannah le dedicó una sonrisa malévola, luego puso cara de pena fingida.

—No hay, Lotte. Si solo quiero que lo admitas. Que primero mataste a mi marido y luego a Fin. Y a continuación, nos tocaba a…

Antes de acabar la frase, Lotte saltó sobre ella, la agarró del cuello y apretó.

—¡Para! ¡Ahora mismo! —Wuttke había aparecido de la nada, se puso detrás de Lotte, tiró de ella, la lanzó contra la pared izquierda junto a la cama.

—Pero ¿qué te has creído? —le espetó Lotte, escupiendo de rabia.

Wuttke la miró, se encogió de hombros.

—Creo que ya está bien. Me has estado presionando demasiado tiempo para que hiciera tus encargos de loca, pero, en serio, ¿la

niña? ¿El tío en Noruega? ¿Y ahora lo que tenías pensado con Hannah? No puedo seguir permitiéndolo, ¿entiendes? Está claro que estás chiflada, que después de lo de Rubén se te ha ido la olla por completo.

Lotte se lo quedó mirando.

—¿Después de lo de Rubén? ¿Qué significa eso?

Hannah observó que Wuttke no apartaba los ojos de Lotte.

—Me acuerdo de todo, Lotte. Lo golpeaste y le partiste la crisma. Luego me llamaste, en pánico. A mí se me ocurrió sacarlo de la isla, enterrar el cuerpo en la Pampa. Pero tú sugeriste llevarlo a un sitio más lejos en el coche de Hannah. Querías que la policía encontrara la sangre en el maletero y que sospecharan de ella, de haber matado a su marido – en venganza por habértelo quitado. Estabas convencida de que tu plan funcionaría, querías confesarle a la policía tu relación con Rubén para crear un motivo. Así que nos fuimos a Baviera, enterramos a Rubén no sé dónde en el bosque y lo tapamos con ramas y follaje. Decías que no querías que los animales pudieran olerlo y desenterrarlo. ¿En serio que no lo recuerdas?

Lotte estaba blanca como la cera, miraba de Wuttke a Hannah, luego soltó una risa falta de alegría.

—¡Ahora lo entiendo! —Se apartó de la pared, sacó un objeto alargado del bolsillo de los vaqueros, lo abrió, saltó sobre Wuttke—. ¡Voy a matarte, traidor de mierda!

A punto de clavarle la navaja en el vientre, un hombre uniformado tomó por asalto la habitación.

—¡Policía! ¡Suelte el cuchillo! ¡Ya!

Obviamente, Lotte no dejó de atacar a Wuttke, por lo que Peter y sus compañeros se las vieron y desearon para detenerla e impedir que también matara a su compinche.

Cuando se llevaron a Lotte esposada, esta le dedicó una mirada llena de odio a Hannah.

—¡No vas a salirte con la tuya, puta! Voy a quedar libre y entonces recuperaré el tiempo perdido y haré lo que tenía que haber hecho hace mucho tiempo. Y te juro que va a doler, y mucho. Desearás no haberme conocido.

Hannah le mantuvo la mirada, negó afligida con la cabeza.

—Lo siento mucho, en serio, Lotte. Pero todo esto no es culpa mía sino de Rubén. Todo esto es responsabilidad suya, no nuestra.

Peter le echó una mirada compasiva, luego tiró de Lotte para sacarla al exterior.

Al pasar Wuttke junto a Hannah, la mirada fue punzante.

Ella le hizo un gesto con la cabeza apenas perceptible lo que lo hizo sonreír.

Sí, ella cumpliría con su parte del trato, por mucho que le doliera. Wuttke era un cerdo y había hecho cosas muy malas, pero había algo que desde luego no era: no era un asesino. Le había contado todo lo que ella había querido saber, motu proprio, y, por mucho que despreciara a aquel tipo, le había creído cada palabra.

Tuvo que admitir, además, que le estaba un poco agradecida, por raro y estúpido que sonara. Sin su falso testimonio, hubiera sido ella la que se vería ante un tribunal acusada del asesinato de Rubén, puede incluso que la condenaran por ello.

A Zoe le partiría el corazón, perderla también a ella, después de haber perdido ya a Fin. Y luego estaba su propia madre en la residencia. ¿Cómo iba a poder ayudarla desde la cárcel?

Vio a Wuttke alejarse, ya casi fuera, este se volvió para mirarla una vez más…

Era como si notara lo que ella estaba pensando en aquel momento.

—Qué raro, ¿no? —soltó—. Conmigo empezó todo en su día y conmigo va a acabar.

Ella tragó, asintió al entender que había dado en el clavo.

Rubén lo había contratado para acabar con ella, pero ahora se había invertido la situación. Rubén había recibido su merecido y Lotte lo recibiría pronto: un final que ninguno de los dos se había imaginado para nada así.

Hannah tuvo que controlarse para no sonreír al pensar que Rubén se estaría revolviendo en su tumba.

Se levantó, miró al único policía no ocupado en esos momentos en sacar a un criminal a rastras de la casa.

—¿Dónde está mi niña?

—A salvo. —El joven sonrió—. Está con una compañera nuestra y por lo que parece no le han tocado ni un solo pelo. Le ha contado a mi compañera que el hombre que la había encerrado se pasaba de vez en cuando y que en el fondo era bastante amable.

Hannah suspiró.

—¿A dónde la han llevado?

—Está en nuestra furgoneta un par de calles más abajo.

—¿Puedo verla?

El policía asintió con empatía.

—Será un placer llevarla junto a ella.

EPÍLOGO

UN MES DESPUÉS...

—Pero ¿qué hace usted aquí? —Niklas la miró sorprendido, aunque no parecía ni estar molesto ni receloso. Seguramente habría leído en el periódico que el caso Rubén y Hannah Schwarz había dado un giro de ciento ochenta grados.

Hannah sonrió.

—He venido a pagar mis deudas. Con intereses, claro está. —Cogió la cartera del fondo del bolso, sacó unos billetes, se los entregó.

El médico los cogió, guardó el dinero – sin contarlo – en el bolsillo del pantalón.

—¿Está… quiero decir, se encuentra…? —Se calló, incómodo.

—Estoy bien —contestó Hannah, asintiendo con la cabeza para confirmarlo. Luego lo miró fijamente—. Al menos en lo concerniente a mis recuerdos. Lo demás llevará su tiempo.

El médico ladeó la cabeza. Se le veía que se moría por saber más, pero no se atrevía a preguntar.

—Echando la vista atrás, ojalá no hubiera recuperado toda la memoria —le confesó Hannah.

—Entiendo —comentó él—. ¿Tan mal?

—He perdido a mi pareja —dijo Hannah triste—. Era una persona muy, muy buena y no se merecía morir tan joven, y todo por mi

culpa.

Niklas permaneció en silencio.

—Seguiría vivo si yo no me hubiera largado. Su único error fue quererme y querer estar a mi lado. Eso le costó la vida.

—¿Fue usted quien se la quitó?

—Por supuesto que no —contestó Hannah, aunque Niklas ya parecía saberlo.

—Pues entonces no fue culpa suya.

—Pero resulta tan doloroso —dijo en voz baja Hannah—. No sé cómo seguir adelante sin él.

—La entiendo muy bien.

—¿De verdad?

Él asintió.

—Mi esposa… En su caso fue el cáncer… Pero yo también me sentía culpable. Al fin y al cabo, soy médico, internista incluso, o sea, tenía que haberme dado cuenta, me decía. Eso casi me destruye. Por favor, no cometa el mismo error que yo…

Hannah lo miró, asintió triste.

—Lo de su mujer, ¿cuánto hace de eso?

—Falleció una semana después del nacimiento de nuestro hijo.

—Lo siento muchísimo.

—Y yo siento la pérdida suya. —Niklas la miró con ojos penetrantes—. Hay un grupo de apoyo para las personas que han perdido a un ser querido, así que, si le apetece y quiere hablar, llámeme que la llevaré.

Hannah hizo un gesto de inseguridad con los hombros.

—Me lo pensaré.

Niklas asintió con la cabeza.

—¿Cómo se las va a arreglar? ¿Va a estar bien?

Hannah reflexionó, luego resopló.

—Supongo que ya se verá. Pero de momento me conformo con que los responsables paguen por lo que hicieron.

—¿Ya hay fecha para el juicio?

—Será el año que viene. Pero mi abogado me ha dicho que las cosas no pintan bien para la acusada principal. Que cuente con

cadena perpetua después de haber sido acusada de tres asesinatos y agresión con agravante y toda una retahíla de más delitos.

—¿Y el tío que la ayudó?

—No agredió a nadie físicamente, no era más que su cómplice. El chico de los recados, por así decirlo. Como había cobrado por los dos primeros encargos, lo estuvo chantajeando con eso. Le caerán un par de meses, pero habrá que esperar al juicio para saberlo a ciencia cierta.

—¿Usted va a ir a declarar?

Hannah asintió con vehemencia.

—¡Como si es lo último que haga en esta vida!

Hannah aún no tenía la mano en la puerta, cuando esta se abrió desde dentro. Zoe se plantó ante ella y le recriminó:

—¡Estaba preocupada!

Hannah le sonrió a su hija, se encogió de hombros.

—Ya te dije que iba a devolverle su dinero al hombre que me había ayudado y que después iba a pasarme por la residencia a visitar a la abuela. Por cierto, ¿dónde está Miriam?

—En la cocina. Está haciendo galletas para niños pequeños, llena de colores, ya sabes. —Zoe hizo una mueca—. No hace más que leerme cuentos para bebés o jugar a bobadas pasadas de moda. Qué corte.

Hannah sonrió.

—Hace cinco años que no te ve, cariño. Dale un poco de tiempo para hacerse a la idea. —Hannah se calló, miró con gesto serio a su hija—. Y agradece que al menos aún la tengas a ella.

Zoe asintió, avergonzada.

—¿Qué tal está tu mamá?

Hannah suspiró.

—Tan solo queda rezar para que deje de sufrir pronto.

Zoe asintió, triste, luego cogió aire.

—No quiero que me llamen Zoe.

—¿Entonces cómo?

—Liva me gusta mucho más. Si ni siquiera recuerdo que alguien me llamara Zoe alguna vez.

Hannah le dedicó una mirada llena de amor a su hija.

—¿No te gustaría contarme la verdadera razón?

La niña bajó la mirada, negó con terquedad.

—¿Es por Fin? —volvió a intentarlo Hannah con cuidado—. ¿Sabes?, yo también lo echo mucho de menos.

Zoe alzó titubeante la vista y Hannah vio el brillo delatador en sus ojos.

—Él me llamaba Liva y sigo oyendo su voz llamándome. Si sigo llamándome Liva, no me olvidaré de él jamás, ¿entiendes?

Hannah asintió. Entendía perfectamente el razonamiento de su hija. Aun así no iba a poder cumplirle ese deseo porque era el duelo el que hablaba. Había pasado tan solo una semana desde el entierro de Fin y ambas iban a necesitar mucho tiempo para superar aquel golpe del destino, eso era evidente.

Y por eso también había optado por dejar volver a entrar a Miriam en sus vidas.

Una vez quedó establecido que Lotte era la verdadera asesina de su hijo y salir a la luz lo que había hecho Rubén, su suegra le había pedido perdón de todo corazón.

A Hannah le costó, pero había comprendido que Rubén se lo había buscado él solito. Los padres no tenían la culpa de que los hijos resultaran ser malas personas. Algunos nacían ya siendo demonios…

Además, en estos momentos, Zoe necesitaba a una abuela a su lado. Y por muy mal que Miriam se hubiera comportado con Hannah, a Zoe la llevaba en palmitas y le cumplía todos los caprichos.

—¿Oye? Tierra llamando a Marte. —dijo Zoe en noruego, se calló de repente. Seguía sin acostumbrarse a hablar en alemán—. ¿Qué te parece lo de quedarme para siempre con Liva como nombre?

Nada, pensó Hannah para sus adentros, sin embargo, le dedicó una sonrisa a Zoe.

—Lo del nombre va a ser necesario —le explicó.

Su hija frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque, de todos modos, no vas a olvidarte nunca de Fin, te lo prometo. —Cogió la mano de su hija y la puso sobre su barriga—. Porque una parte suya siempre estará con nosotras. ¿Entiendes a lo que me refiero?

La mano de Zoe bajo la suya empezó a temblar.

—¿Estás embarazada? —susurró. Luego la miró con lágrimas en los ojos—. ¿Sí?

Hannah asintió.

—Me he enterado hace muy poco. Pensaba que este malestar y los vómitos constantes eran por culpa de los nervios, pero… —Se detuvo al fijarse en el cielo colorido, cogió a Zoe por los hombros, la empujó hacia la puerta de la terraza—. ¡Mira!

Al ver Zoe también el enorme arco iris, se quedó boquiabierta mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—Estoy convencida de que fue él quien nos envió este milagro.

—¿A qué te refieres? —balbuceó Zoe—. ¿Al bebé o al arco iris?

—A ambos —respondió Hannah y abrazó con fuerza a su hija.

FIN

AGRADECIMIENTOS

A mi grandísima diseñadora de portada Kristin Pang por la hermosa portada.

A mi editora Inca Vogt y a mi correctora Ilka Bredemeier. Una vez más habéis hecho un gran trabajo. Gracias por este maravilloso trabajo en equipo.

A Inca Vogt por el precioso diseño interior que les da a mis libros.

A mi traductora Eva Trillo Caramés por el gran trabajo de traducción y la corrección que ha hecho para la versión española. ¡Espero seguir por mucho tiempo más con esta fructífera colaboración!

A todos los lectores y compañeros que me ayudaron a escoger una portada y que me apoyaron con esos problemillas que siempre surgen.

A vosotros los blogueros por todo lo que hacéis por nosotros los escritores. Valoro muchísimo vuestro trabajo y vuestros esfuerzos: ¡Muchas gracias!

A mis compañeros que están siempre dispuestos a escuchar y a tenderme una mano cuando se trata de preparar la contraportada, una labor que no me entusiasma demasiado.

Quiero dedicarle otro gracias especial a Inca Vogt, la cual no se encarga solo de la maquetación, sino que también repasa con ojo avizor el texto al completo, descubriendo siempre algún que otro descuido.

A mi hijo, que, aunque no lee mis libros, comprende que me encierre durante días en el despacho y que esté insoportable como… (no se me ocurre ningún símil de lo insoportable que me pongo a veces).

Y finalmente, aunque no menos importantes, mis agradecimientos a mis amigos que me levantan la moral cuando la

tengo por los suelos.

Cualquier error cometido a la hora de investigar a mis protagonistas es única y exclusivamente responsabilidad mía o producto de mi fantasía desbocada. Por lo demás, en esta novela también me he tomado algunas licencias artísticas, como siempre – y que, por supuesto, no pienso revelar.

Podéis mandarme vuestras sugerencias o comentarios a:

autorin@daniela-arnold.com